EL VIOLENTO SIGLO AMERICANO

Guerras e intervenciones desde el fin de la segunda guerra mundial

JOHN W. DOWER

CRÍTICA

Índice

Sinopsis

John W. Dower hace balance de la violencia que el mundo ha sufrido desde el fin de la segunda guerra mundial. Primero fue una mal llamada guerra fría –donde el general Le May se jactaba de haber matado a más de un millón de civiles coreanos con sus bombarderos- después la «guerra contra el terror», sin olvidar las guerras sucias de América Latina o las «operaciones especiales». Un panorama que Obama reavivó con su campaña de modernización nuclear y que Trump mantiene vivo. De ahí que este «poderoso libro», en palabras de Andrew Bacevich, sea, como dice Ariel Dorfman, «de lectura obligada y necesaria».

JOHN W. DOWER

EL VIOLENTO SIGLO AMERICANO

Guerras e intervenciones desde el fin de la segunda guerra mundial

Traducción castellana de Carme Castells

CRÍTICA

BARCELONA



Para Yasuko

Prólogo

En 2015, la editorial japonesa Iwanami Shoten lanzó el primero de una serie de volúmenes de ensayos sobre temas de actualidad, al cual contribuí con un artículo titulado «War and Terror Since World War Two». Dicho texto es el germen de este breve libro.

El tema es el mismo, pero aquí se desarrolla en el contexto de la famosa frase «el siglo americano» acuñada en 1941 por el editor Henry Luce, a la que aquí hemos añadido el inquietante adjetivo «violento». Esta expresión de Luce hizo fortuna por razones obvias. De hecho, Estados Unidos salió de la guerra como la nación más próspera, poderosa e influyente del mundo, como lo sigue siendo hoy. Sea como fuere, esta afirmación requiere varias puntualizaciones.

Pese a la abundante retórica sobre la Pax Americana popularizada durante las décadas de la posguerra, Estados Unidos nunca ejerció nada parecido a la hegemonía global. La guerra fría, desde 1945 hasta 1991, presenció una alarmante confrontación entre las potencias estadounidense y soviética —o, en términos generales, entre dos «campos» o «bloques», el capitalista y el comunista—, e incluso esta clasificación bipolar era una gran simplificación de un mundo fracturado y turbulento.

Aparte de ello, pese a la disolución de la Unión Soviética en 1991 y la consiguiente aparición de Estados Unidos como la «única superpotencia» mundial, el siglo XXI ha sido testigo de innumerables razones para

desestimar la hipótesis de un siglo americano. Cierto es que para ese país el fin de la guerra supuso un triunfo trascendente, y la práctica destrucción simultánea de las fuerzas iraquíes por parte de los estadounidenses en la corta guerra del Golfo en 1991, parecieron confirmar el indiscutible poderío de esa nación en una nueva era de guerra digital y armas de precisión. Sin embargo, esta doble victoria resultó ser engañosa.

Durante la guerra fría, Estados Unidos, pese a su apabullante poder, ya había experimentado el estancamiento y la derrota en Corea y Vietnam. Solo una década después de 1991 el fracaso militar se cerniría de nuevo sobre el país, cuando Washington inició una «guerra global contra el terror» como respuesta a los ataques perpetrados por Al Qaeda al World Trade Center y al Pentágono el 11 de septiembre de 2001, desencadenando un caos y una inestabilidad aparentemente interminables en el gran Oriente Medio. Para enorme disgusto y frustración de Washington, la apabullante superioridad tecnológica del Pentágono se vio obstaculizada por una agregación casi anárquica de actores no estatales y nacionales implicados en una guerra irregular y de baja intensidad.

Así pues, nos enfrentamos a una imagen contradictoria de Estados Unidos como una nación rica y espectacularmente armada con una gran retórica, un enorme poder, una soberbia abrumadora, una paranoia profunda y arraigados defectos y patologías. Pese a todo, la acuñación del término «siglo americano» sigue pareciéndome útil. Para bien o para mal, Estados Unidos domina el globo y sin tener una verdadera competencia. Su economía no tiene rival. Su prosperidad y los ideales que profesa siguen siendo una inspiración para muchos. Al margen de cómo valoremos su éxito en sus actividades bélicas (o en el mantenimiento de la paz), su magnitud sigue siendo impresionante. El mundo nunca ha albergado un Estado con tantas bases militares en tantos países remotos: más de ochocientas en la segunda década del siglo XXI, guarnecidas por ciento cincuenta mil soldados en unas setenta naciones. El gasto militar anual estadounidense supera el total del gasto de gran parte del resto del mundo. Y en cuanto al constante mantenimiento y actualización de los instrumentos de destrucción más sofisticados que podamos imaginar —incitando de ese modo a aliados y

potenciales antagonistas a intentar mantener la paz— Estados Unidos, sin duda, no tiene rival.

Esta superioridad militar, con todos sus fallos e incidencias, es un aspecto fundamental del siglo americano iniciado tras la segunda guerra mundial. Junto a ella (lo que corresponde a la otra parte del título de este libro), está la violencia que ha actuado como un bajo continuo a lo largo de estas largas décadas de la posguerra. Así pues, un simple aunque fundamental objetivo de este libro ha sido ensamblar una concisa panorámica del alcance, la magnitud y la diversidad de los conflictos globales y de la muerte, el sufrimiento y los traumas causados por la guerra desde 1945. Todo ello incluye genocidios, politicidios, guerras civiles y conflictos localizados en los que Estados Unidos puede no haber desempeñado ningún papel o, si acaso, un papel periférico. Al propio tiempo, EE. UU. ha participado en la violencia fuera de sus fronteras mucho más a menudo de lo que la mayoría de estadounidenses piensa o le interesa saber, a veces en despliegues explícitos, otras junto con las Naciones Unidas o la Organización del Tratado del Atlántico Norte, pero habitualmente en operaciones en solitario, clandestinas y «encubiertas». Tanto durante como después de la guerra fría, Estados Unidos, al igual que la Unión Soviética y su sucesora, Rusia, instigaron la violencia mediante guerras vicarias, ventas de armas, y apoyo a regímenes totalitarios, acciones invariablemente emprendidas, en el caso de EE. UU., en nombre de la paz, la libertad y la democracia. Una buena parte de este intervencionismo alimentó, y sigue alimentando, las represalias contra los estadounidenses.

Poniendo de manifiesto la violencia relacionada con la guerra, me sitúo en contra de la moda actual en los estudios académicos que pone el acento en el carácter pacífico de las décadas de la posguerra, incluso hasta el punto de avalar un vertiginoso declive de la violencia global desde 1945. En estas páginas no debatiré directamente con los apóstoles de este descenso que se dedican a recalcar interesantes tendencias cuantitativas, pero yo observo el mundo desde una perspectiva distinta —tal vez más trágica— y he intentado demostrar por qué investigando la violencia militarizada desde diversos ángulos. Uno de los elementos centrales de este análisis lo

constituyen las décadas que abarcan desde 1945 hasta el desmoronamiento de la Unión Soviética en 1991, una época en la que el panorama global de muerte y devastación hacen que la expresión «guerra fría» se convierta en una broma burda y cruel.

Ya desde el segundo año del siglo XXI hemos vivido en una era profundamente preocupada por el «terror» y el «terrorismo». Pero este tipo de atrocidades no son nada nuevo. La enorme magnitud del terror de Estado practicado por naciones comunistas como la Unión Soviética y China bajo las dictaduras de Iósif Stalin y Mao Zedong, dirigido básicamente contra los que se consideraban enemigos internos, ha dejado unas manchas indelebles en las reputaciones de esos países. Sin embargo, desde el 11 de septiembre, el terror se ha instalado en la conciencia de los estadounidenses, y de los occidentales en general, debido a las atrocidades perpetradas en gran medida por actores no estatales como Al Qaeda, EIIL (Estado Islámico de Irak y el Levante), y otros grupos de esta índole. En cualquier caso, la atención se centra en el terrorismo practicado por otros países.

Estos actos de violencia terrorista se abordan en las páginas siguientes. No obstante, también se presta especial atención al asunto, por lo general tabú, del terror de Estado practicado por Estados Unidos y sus aliados. Ello incluye el bombardeo estratégico a Corea desde la segunda guerra mundial, en la década de 1950, y el del sudeste asiático en las de 1960 y 1970, en los que ciudades y pueblos densamente poblados se consideraron explícitamente como blancos para destruir, entre otras cosas, la moral del enemigo. Un capítulo sobre la guerra fría aborda lo que los estrategas estadounidenses denominaban «el delicado equilibrio del terror» de la carrera armamentística nuclear, y las secciones que concluyen este texto se ocupan de la reactivación de esta locura intimidatoria presente en los planes actuales para la «modernización nuclear». Otro capítulo, sobre la década de 1980, presenta un estudio de caso sobre la ayuda estadounidense a los regímenes derechistas latinoamericanos y a los grupos insurgentes, implicados en el terrorismo «anticomunista», entre cuyas actividades se contaba la tortura.

Cuando la administración de George W. Bush respondió al 11 de septiembre declarando una «guerra global contra el terror» y poniendo en marcha las desastrosas invasiones de Afganistán e Irak, en realidad no se desviaba, como tantos han sostenido, de las directrices de la política existente. La respuesta excesiva a la atrocidad perpetrada por los diecinueve terroristas de Al Qaeda —inaugurada, en el caso de la invasión de Irak, en 2003, con el bombardeo masivo encaminado a sembrar la «conmoción y el pavor» en el enemigo—, supuso esencialmente el desencadenamiento de una máquina de guerra ya fogueada y experimentada en intervenciones en el extranjero, incluyendo bombardeos intensivos, operaciones encubiertas y prácticas en el «lado oscuro» como la tortura.

Las largas notas finales que acompañan a este breve texto pueden considerarse, en gran medida, como una reflexión derivada de mi interés en la incesante evolución de la tecnología militar en el siglo americano y del lenguaje interno que la acompaña. En la terminología militar, como en todas las jergas, el lenguaje en el que se especifican las políticas se convierte casi literalmente en un formulario (y, en el caso del léxico militar, plagado de una avalancha de acrónimos). Esto se convierte en pensamiento de grupo, pero el grupo es lo bastante flexible como para repensar estrategias a medida que las circunstancias y los imperativos tecnológicos —como el simultáneo fin de la guerra fría y el auge de la guerra computarizada lo exigen—. Muchas de las anotaciones ponen el acento en fuentes internas en las que el lenguaje, la tecnología y la estrategia forman parte de una intersección: documentos de planificación desclasificados, instrucciones para misiones no confidenciales, «manuales de tortura» básicos, estudios de laboratorios de ideas, pronunciamientos políticos de alto nivel, y recopilaciones de antiguos estrategas y operativos de la CIA que analizan retrospectivamente lo que vieron e hicieron en el vientre de la bestia con reflexiones críticas e incluso mordaces.

Las notas finales también revelan mi deuda con muchos periodistas de investigación que han escrito con gran agudeza sobre las muchas caras trágicas de la violencia en nuestro mundo después de la segunda guerra mundial. A estas deudas debo añadir el apoyo prestado a la publicación de

este volumen por Tom Engelhardt y Nick Ture, que han puesto el listón muy alto al periodismo crítico con sus incisivos escritos, así como a la inestimable página web www.tomdispatch.com. Tom, amigo de siempre desde los estudios de licenciatura a finales de la década de 1960, editó mi manuscrito final con generosidad y ocasional severidad, y Dao X. Tran, en su calidad de corrector, contribuyó minuciosamente a limar las asperezas del texto. Por supuesto, el responsable de todo el contenido y de las carencias del texto soy yo.

30 de septienmbre de 2016

1

La magnitud de la violencia

Vivimos en una época de una violencia desconcertante. En 2013, el presidente del Estado Mayor Conjunto declaró ante un comité del Senado que el mundo «es más peligroso que nunca».[1] Sin embargo, los estadísticos cuentan una historia diferente: la de que la guerra y los conflictos letales han disminuido de manera constante e incluso vertiginosa desde la segunda guerra mundial.

Actualmente, muchos académicos de la corriente principal respaldan esta opinión. En su influyente libro publicado en 2011, *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*, el psicólogo de Harvard Steven Pinker adoptó las expresiones «la larga paz» para designar las más de cuatro décadas de la guerra fría (1945-1991), y «la nueva paz» para los años posteriores a la guerra fría hasta nuestros días. En dicho libro, así como en artículos, textos breves y entrevistas posteriores a la publicación, Pinker se dedicó a reprender a los fatalistas. En su opinión, las estadísticas indican que «podemos estar viviendo en la era más pacífica de la existencia de nuestra especie».[2]

Está claro que el sentido común debe buscar un término medio, admitiendo que, de hecho, el número y la letalidad de los conflictos

globales han disminuido desde la segunda guerra mundial, sin embarcarse en terminologías extravagantes sobre la «paz». Esta denominada paz de la posguerra estuvo, y sigue estando, impregnada de sangre y atormentada por el sufrimiento.

Es razonable argumentar que, durante esas décadas de la guerra fría, el número total de bajas fue inferior al de los seis años de la segunda guerra mundial (1939-1945), y ciertamente mucho menor que el de la suma de víctimas de las dos guerras mundiales del siglo XX. También es innegable que el número total de bajas ha disminuido más desde entonces. Los cinco conflictos intraestatales o interestatales más devastadores de las décadas de la posguerra —en China, Corea, Vietnam, Afganistán, y entre Irán e Irak— tuvieron lugar durante la guerra fría. Es también el caso de la mayoría de los politicidios, o asesinatos políticos de masas y de los genocidios más letales —en la Unión Soviética, China (de nuevo), Yugoslavia, Corea del Norte, Vietnam del Norte, Sudán, Nigeria, Indonesia, Pakistán/Bangladesh, Etiopía, Angola, Mozambique y Camboya, entre otros países—. Ciertamente el fin de la guerra fría no acabó con tales atrocidades (como las que ocurrieron en Ruanda, el Congo, y con la implosión de Siria). No obstante, como sucedió con las grandes guerras, la trayectoria es descendente.[3]

No sorprende que el argumento reduccionista considere que la guerra fría fue menos violenta que los conflictos globales que la precedieron, y que las décadas posteriores a ella han sido estadísticamente menos violentas que la guerra fría. Pero ¿qué motiva la imagen aséptica de estos años, que ahora alcanzan los tres cuartos de siglo, para calificarlos como «años de paz»? La respuesta reside esencialmente en que dicha imagen se centra en las grandes potencias. Los principales antagonistas de la guerra fría, Estados Unidos y la Unión Soviética, con sus rebosantes arsenales nucleares, nunca llegaron a las manos. De hecho, las guerras entre las grandes potencias o entre los estados desarrollados se han convertido (según Pinker) en algo «prácticamente obsoleto». No ha habido una tercera guerra mundial, ni es probable que la haya.[4]

Esta cuantificación optimista invita a diversas formas de complacencia. (¡Qué virtuosos hemos llegado a ser, comparativamente, los mortales!) En Estados Unidos, donde el sentimiento de «haber ganado la guerra fría» sigue estando arraigado, el relativo declive de la violencia global después de 1945 se atribuye, en general, a la sabiduría, virtud y capacidad armamentística del «mantenimiento de la paz» estadounidense. En los círculos militaristas más agresivos, la disuasión nuclear (la doctrina de la MAD —destrucción mutuamente asegurada— de la guerra fría que al principio se describía como un «delicado equilibrio del terror»), sigue siendo glorificada como una política ilustrada que impidió un conflicto global catastrófico.

Describir la larga era de la posguerra como una época de paz relativa es deshonesto, y no solo porque desvía la atención de la muerte y la agonía que en realidad se produjeron y siguen produciéndose, sino que también oculta la medida en que Estados Unidos es responsable de contribuir, más que de impedir, la militarización y el caos después de 1945. Las incesantes transformaciones de los instrumentos de destrucción masiva encabezadas por EE. UU. —y el provocativo impacto global de esta obsesión tecnológica— son en gran medida ignoradas. La continuidad de ciertos elementos estratégicos en la manera de librar la guerra al estilo estadounidense (una expresión popular en el Pentágono), supeditada en gran medida a las fuerzas aéreas y otras formas de fuerza bruta, pasa desapercibida, al igual que la ayuda a regímenes extranjeros represivos y el impacto desestabilizador de las intervenciones abiertas o encubiertas llevadas a cabo en el extranjero. La dimensión más sutil e insidiosa de la militarización estadounidense en la posguerra —es decir, la violencia ejercida sobre la sociedad civil destinando recursos a un estado de seguridad nacional colosal, intrusivo y siempre en expansión—, no suele formar parte de los argumentos que se centran en la disminución numérica de la violencia desde la segunda guerra mundial.

Por otra parte, el intento de cuantificar la guerra, el conflicto y la devastación plantea unos retos metodológicos enormes. Los datos que se manejan para apoyar el argumento del declive de la violencia son densos y

a menudo convincentes, y proceden de diversas fuentes respetables. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la cuantificación exacta de las muertes y la violencia resultan prácticamente imposibles. Cuando una fuente ofrece estimaciones bastante exactas de algo como el «exceso de mortalidad debido a la guerra», nos encontramos, por lo general, ante unos investigadores que carecen de humildad e imaginación.

Tomemos como ejemplo la segunda guerra mundial, sobre la cual se han escrito incontables estudios. Las estimaciones sobre el total de muertes «relacionadas con la guerra» oscilan entre aproximadamente cincuenta millones y más de ochenta millones. (Cualquier persona familiarizada con las normalmente bien documentadas entradas de la Wikipedia, la enciclopedia en línea, verá cuán a menudo se producen discrepancias en las estimaciones de bajas al alza o a la baja.) Una explicación de estas diferencias es el caos absoluto que produce la violencia armada. Otra es que las personas que hacen el recuento deben decidir qué cuentan y cómo lo cuentan. Las muertes en combate de los soldados uniformados son más fáciles de contar, sobre todo las del bando vencedor. Se puede confiar en que los burócratas militares llevan unos registros precisos de sus propios muertos en acción, pero no, por supuesto, de los enemigos a los que han matado. Pero las bajas civiles debidas a la guerra son más difíciles de contar, aunque, como sucedió en la segunda guerra mundial, por lo general son mucho más numerosas que los muertos en combate.

Estas fuentes de datos ¿van más allá de los denominados «daños colaterales» del combate, como las muertes causadas por la hambruna y las enfermedades? ¿Tienen en cuenta los fallecimientos que pueden haberse producido mucho después de acabado el conflicto (como las muertes causadas por la radiación después de Hiroshima y Nagasaki, o por el uso del agente naranja por parte de Estados Unidos en la guerra de Vietnam)? La dificultad de calcular las bajas de los conflictos civiles, tribales, étnicos y religiosos con cierta exactitud es obvia. Lo mismo puede decirse de los politicidios, que abarcan desde el asesinato de millones de personas causado por las políticas gubernamentales, deliberadas o no, hasta las decenas de miles de asesinatos políticos más selectivos cometidos por los regímenes

autoritarios. Los regímenes comunistas son responsables de un gran porcentaje de estas atrocidades en el siglo XX, pero el historial estadounidense de ayuda a gobiernos autoritarios brutales en Latinoamérica, África, Asia y Oriente Medio es considerable, sórdido y, según las normas que el propio país profesa, en gran medida criminal.

Concentrarse en las muertes y en su presunta trayectoria descendente también desvía la atención de las catástrofes humanitarias en sentido amplio. A mediados de 2015, por ejemplo, la Oficina del Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas informó de que el número de personas «desplazadas por la fuerza en todo el mundo como resultado de la persecución, el conflicto, la violencia generalizada o las violaciones de los derechos humanos» había superado la cifra de sesenta millones, lo que suponía el nivel más alto registrado desde la segunda guerra mundial y su posguerra inmediata. Aproximadamente dos tercios de estos hombres, mujeres y niños fueron desplazados dentro de sus propios países. El resto eran refugiados, y más de la mitad de dichos refugiados eran niños.

Así pues, nos encontramos ante una tendencia íntimamente relacionada con la violencia global que no va a la baja. En 1996, las Naciones Unidas estimaban que en el mundo había 37,3 millones de individuos desplazados por la fuerza. Veinte años después, a finales de 2015, esta cifra había alcanzado los 65,3 millones, un 75 % de incremento respecto de las dos décadas posteriores a la segunda guerra mundial a las que la bibliografía que defiende el descenso de la violencia se refiere como la «nueva paz». En el informe de Naciones Unidas en el que se recoge todo el año 2015, se indica que «la población global de personas desplazadas por la fuerza actualmente es mayor que la del Reino Unido».[5]

Otros desastres infligidos a los civiles son menos visibles que las poblaciones desarraigadas. Las duras sanciones relacionadas con los conflictos, que a menudo paralizan los sistemas de higiene y de salud y pueden precipitar un incremento agudo de la mortalidad infantil, por lo general no figuran en la indexación de los epígrafes relacionados con la violencia militar. Las sanciones impuestas a Irak por iniciativa de Estados Unidos a principios de 1990, que se prolongaron durante trece años, junto a

la primera guerra del Golfo, son un duro ejemplo de ello. Un reportaje publicado en el *New York Times Magazine* en julio de 2003 mencionaba a los partidarios y a los críticos de las sanciones, pero aceptaba el hecho de que «al menos varios centenares de miles de niños que, en circunstancias normales, hubieran podido vivir, murieron antes de su primer cumpleaños».[6] Y después de todos estos conflictos generalizados, ¿quién cuenta a los mutilados, o a los huérfanos o viudas, o aquellos a quienes los japoneses, en la estela de la segunda guerra mundial, denominaron los «ancianos huérfanos», los padres que habían perdido a sus hijos?

Por si fuera poco, las cifras y las tablas solo pueden insinuar la violencia psicológica y social sufrida por combatientes y civiles. Por ejemplo, se ha sugerido que una de cada seis personas que habitan en zonas asoladas por la guerra puede sufrir un trastorno mental (en contraposición a una de cada diez en épocas normales).[7] Aun cuando el personal estadounidense se viese afectado, la atención a los traumas no despertó gran preocupación hasta 1980, siete años después de la retirada de EE. UU. de Vietnam, cuando se reconoció oficialmente que el trastorno por estrés postraumático (TEP) era una cuestión de salud mental. En 2008, un estudio a gran escala de 1.640.000 soldados desplegados en Afganistán e Irak entre octubre de 2001 y octubre de 2007 llegó a la conclusión «de que aproximadamente 300.000 individuos sufren actualmente un TEP o una depresión profunda y que, probablemente, otros 320.000 padecieron una LCT [lesión cerebral traumática] durante el despliegue». Naturalmente, las cifras aumentaron a medida que estas guerras se prolongaban.[8] Humanizar estos datos inquietantes o ampliar sus ramificaciones a círculos familiares o comunitarios más amplios —o bien a las poblaciones traumatizadas por la violencia en todo el mundo— desafía la cuantificación estadística.

También es inconmensurable otro registro de la violencia; es decir, los daños que la guerra, el conflicto, la militarización y el miedo puramente existencial infligen a la sociedad civil y a la práctica democrática. Esto sucede en todas partes, pero es más patente en Estados Unidos desde que Washington emprendió su «guerra global contra el terror» como respuesta a

los ataques de Al Qaeda al World Trade Center y al Pentágono el 11 de septiembre de 2001.

Aquí las cifras resultan perversamente provocativas, puesto que las vidas que se han cobrado los atentados terroristas en el siglo XXI pueden interpretarse como una confirmación del argumento que defiende el declive de la violencia. Desde 2000 hasta 2014, según el sumamente citado Global Terrorism Index, «se han registrado más de 61.000 actos terroristas que han causado más de 140.000 muertes». Aun contando el 11 de septiembre, los países occidentales han experimentado menos del 5 % de estos incidentes y del 3 % de las víctimas. Otra tabla minuciosamente detallada, que combina las informaciones de los medios de comunicación globales en diversas lenguas, sitúa el número de bombardeos suicidas desde 2000 hasta 2015 en 4.787 ataques cometidos en más de cuarenta países, con un saldo de 47.274 muertes.[9]

No cabe duda de que estas atrocidades son espantosas y alarmantes. Sin embargo, por espeluznantes que sean, las cifras en sí son *comparativamente* más bajas que las de conflictos anteriores. Para los especialistas en la segunda guerra mundial, la cantidad de «140.000 muertos» evoca un símbolo estremecedor, puesto que esta es la cifra aproximada normalmente aceptada del número de víctimas mortales de un simple acto de bombardeo terrorista: la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima. El total también es bajo si lo comparamos con las bajas contemporáneas causadas por otras causas. Por ejemplo, globalmente perecen cada año más de cuatrocientas mil personas. En Estados Unidos, el riesgo de morir por la caída de objetos o de un rayo es al menos tan grande como la amenaza de los militantes islamistas.[10]

Esto nos plantea una pregunta desconcertante: si la incidencia total de la violencia, contando el terrorismo del siglo XXI, es relativamente baja si la comparamos con amenazas y conflictos globales anteriores, ¿por qué Estados Unidos reacciona convirtiéndose en un «Estado de seguridad nacional» cada vez más militarizado, hermético, irresponsable e intervencionista? ¿Es realmente posible que un mosaico de adversarios no estatales que no tienen una gran capacidad armamentística ni siguen las

reglas de combate tradicionales —como en 2013 declaró el presidente del Estado Mayor Conjunto— haya hecho que el mundo sea más amenazador que nunca?

Para quienes no crean que este sea el caso, las posibles explicaciones de la aceleración de la militarización en Estados Unidos proceden de varias direcciones. La paranoia puede estar inscrita en el ADN de los estadounidenses o en el de la especie humana. O quizá simplemente la histeria anticomunista de la guerra fría ha experimentado una metástasis, convirtiéndose en un miedo patológico al terrorismo después del 11 de septiembre. (Los estrategas del ejército y los «intelectuales de la defensa», desconcertados por el caos multipolar del mundo posterior a la segunda guerra mundial, a menudo hablan casi con nostalgia de los claros desafíos de un mundo en el que el juego se llamaba «bipolaridad».) Ciertamente entra en escena el alarmismo maquiaveliano, auspiciado por los funcionarios civiles y los militares conservadores y neoconservadores del estado de seguridad nacional, junto a los consabidos políticos oportunistas y a los beneficiarios de la guerra. Previsiblemente, los críticos culturales también apuntarán a la adicción al sensacionalismo y las catástrofes de los medios de comunicación de masas, ahora intensificada por la proliferación de los medios sociales digitales.

A todo ello cabe añadir la peculiar carga psicológica de ser una «superpotencia» y, desde la década de 1990 en adelante, la «única superpotencia» del planeta; una situación en la cual la «credibilidad» se mide básicamente en términos de un poder militar avanzado y abrumador. Se puede argumentar que esta visión del mundo ayudó a «frenar el comunismo» durante la guerra fría y ofrece una sensación de seguridad a los aliados de EE. UU. Lo que esta no ha conseguido es asegurar la victoria en la guerra real, pero no por falta de ganas de intentarlo. Con algunas excepciones (Granada, Panamá, la breve guerra del Golfo en 1991 y los Balcanes), el ejército estadounidense no ha saboreado la victoria desde la segunda guerra mundial, siendo Corea, Vietnam y los recientes y actuales conflictos en el gran Oriente Medio unos ejemplos notables de su fracaso. Sin embargo, estas derrotas no han hecho mella en la soberbia inherente al

estatus de superpotencia. La fuerza bruta sigue siendo el elemento principal por el que se mide la credibilidad.

La concepción bélica tradicional estadounidense ha tendido a centrarse en las «tres D» (derrotar, destruir, devastar). Desde 1996, la misión declarada del Pentágono es mantener un «dominio de espectro completo» en todos los ámbitos (tierra, mar, aire, espacio e información), y, en la práctica, en todas las partes del mundo accesibles. El Mando de Ataque Global de la Fuerza Aérea, activado en 2009 y responsable de gestionar dos tercios del arsenal nuclear estadounidense, suele hacer pública su disposición para el «ataque global... a cualquier blanco, en cualquier momento». En 2015, el departamento de Defensa admitió disponer de 4.855 «ubicaciones» —que comprenden bases de distinta importancia, desde inmensas comunidades autosuficientes hasta pequeñas instalaciones—, 587 de las cuales están situadas en ultramar, en cuarenta y dos países extranjeros. Según otro recuento no oficial, el número de bases e instalaciones que el Pentágono mantiene en el extranjero rondaba las ochocientas, situadas hasta en ochenta países. Por citar otro ejemplo de la aplastante naturaleza de la presencia estadounidense en el mundo, durante 2015 las fuerzas de operaciones especiales de élite fueron desplegadas en unos ciento cincuenta países, y Washington proporcionó armamento y fuerzas de seguridad a un número de países aún mayor.[11]

Las bases estadounidenses en ultramar reflejan, en parte, una persistente herencia de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea. La mayoría de estas instalaciones están situadas en Alemania (181), Japón (122) y Corea del Sur (83), y fueron conservadas aun después de que su misión inicial de frenar el comunismo desapareciese con el final de la guerra fría. El despliegue de las fuerzas de operaciones especiales (y las operaciones encubiertas de la CIA) también es un legado de la guerra fría que no hizo más que aumentar tras el desmoronamiento de la Unión Soviética. No obstante, la expansión de una presencia en ultramar que abarca tres cuartos de los países del mundo, ha sido en gran medida un producto de la guerra contra el terror del siglo XXI.

Muchas de estas empresas que se llevan a cabo actualmente exigen el mantenimiento en el extranjero de instalaciones denominadas «nenúfares», unas instalaciones pequeñas, temporales y subrepticias. Y, además, muchas de ellas forman parte de las «operaciones encubiertas» de la CIA. La lucha contra el terror implica practicar el terror, lo cual, desde 2002, ha supuesto la expansión de una campaña de asesinatos selectivos con aeronaves no tripuladas. Por ahora, este último método para asesinar sigue estando dominado por la CIA y el ejército estadounidense (con el Reino Unido e Israel siguiéndoles a cierta distancia).[12]

El «delicado equilibrio del terror» que caracterizó la estrategia nuclear durante la guerra fría no ha desaparecido, sino que más bien se ha reconfigurado. La Unión Soviética y sus arsenales, que llegaron al colmo de la locura en la década de 1980, han quedado reducidos a unos dos tercios, aproximadamente, un logro encomiable, pero que aún dejaba al mundo con unas 15.400 armas nucleares en enero de 2016, el 93 % de las cuales estaban en manos de Estados Unidos y Rusia. Cerca de dos mil de ellas en cada bando siguen estando desplegadas activamente en misiles o en bases con fuerzas operativas.[13]

En otras palabras, la reducción del número de armas nucleares no ha eliminado los medios para destruir la Tierra, tal como la conocemos, varias veces. Tal destrucción puede producirse de manera indirecta o directa, incluso con un relativamente «modesto» intercambio nuclear entre, por ejemplo, India y Pakistán, lo que desencadenaría el cataclismo de un cambio climático —un «invierno nuclear»— que podría acabar en hambruna y muerte a nivel global. Tampoco el hecho de que actualmente otras naciones posean armas nucleares (y que además de ellas se considere que otros cuarenta países tienen «capacidad armamentística nuclear»), significa que se haya reforzado la «disuasión». El uso futuro de armas nucleares, bien sea fruto de una decisión deliberada o de un accidente, sigue siendo una posibilidad espeluznante. Esta amenaza se ve intensificada por la posibilidad de que, de alguna manera, terroristas no estatales puedan obtener y emplear dispositivos nucleares.[14]

No ganaremos mucho intentando atribuir responsabilidades por el fracaso en restringir la proliferación nuclear después de Hiroshima y Nagasaki o en eliminar estas armas supremas de destrucción masiva tras el derrumbe de la Unión Soviética. Lo asombroso, en este momento de la historia, es que la paranoia, formulada como realismo estratégico, siga guiando la política nuclear estadounidense, y que, siguiendo el liderazgo americano, otras potencias nucleares se sumen a ella. Tal como anunció la administración Obama en 2014, es preciso «modernizar» el potencial de la violencia nuclear. En términos concretos, esto se traduce en un proyecto de treinta años que, aproximadamente, costará a Estados Unidos un billón de dólares (sin contar los futuros incrementos de los costes de producción de tales armas), para perfeccionar un nuevo arsenal de armas nucleares «inteligentes» y más pequeñas y reacondicionar a fondo la actual «tríada» compuesta por bombarderos tripulados de largo alcance, submarinos nucleares, y misiles balísticos intercontinentales terrestres con cargas nucleares.[15]

Por supuesto, la modernización nuclear solo es una pequeña parte del espectro total del poder estadounidense; una máquina militar tan enorme que inspiró al presidente Barack Obama, en su discurso sobre el estado de la Unión pronunciado en enero de 2016, a declarar, con una vehemencia poco habitual, que «Estados Unidos de América es la nación más poderosa de la Tierra». «Punto. Punto. Nadie se le acerca. Nadie se le acerca. Gastamos más en nuestro ejército que las ocho naciones que nos siguen juntas.»[16]

Los gastos presupuestarios y las proyecciones oficiales nos dan una instantánea de esta enorme máquina militar, aunque aquí las cifras pueden llevarnos a unas conclusiones erróneas. Así, el «presupuesto base» de defensa anunciado en 2016 para el año fiscal 2017 asciende aproximadamente a los 600.000 millones de dólares, pero esta cifra está muy lejos de lo que será el desembolso real. Cuando se tengan en cuenta todos los demás costes discrecionales militares y de defensa, como el mantenimiento y la modernización nuclear, el «presupuesto de guerra» que costeará las denominadas «operaciones contingentes» en el extranjero,

como las intervenciones militares en el gran Oriente Medio, los «fondos secretos» que financian las operaciones de inteligencia llevadas a cabo por la CIA y la Agencia de Seguridad Nacional, las asignaciones para actividades secretas de alta tecnología, los costes de la «atención a los veteranos» (entre los que se cuentan los pagos por discapacidad), la ayuda militar a otros países, los enormes costes de los intereses del gasto militar que inciden en la deuda nacional, entre otras partidas, el total del gasto anual real se acerca al billón de dólares.[17]

Estas cifras estratosféricas desafían la comprensión, pero no hace falta aprender estadística para entenderlas mejor. Basta con la simple aritmética. La previsión de costes solo para la agenda de modernización nuclear a treinta años vista supera los 90 millones de dólares diarios, o aproximadamente 4 millones a la hora. La cifra de 1 billón de dólares estipulada para mantener el estatus de la nación como «la nación más poderosa de la Tierra» durante un solo año asciende aproximadamente a los 2.740 millones por día, lo que supone más de 114 millones de dólares por hora.

Crear una capacidad de violencia mayor de la que el mundo ha visto jamás es costoso (y remunerativo).

El 17 de febrero de 1941, casi diez meses antes del ataque japonés a Pearl Harbor, la revista *Life* publicó un extenso ensayo de su editor (Henry Luce), titulado «El siglo americano». El artículo denunciaba la postura «ambigua» de Estados Unidos respecto a la guerra que se libraba en Europa; una postura que combinaba el aumento de la ayuda a Inglaterra con el mantenimiento de relaciones diplomáticas con Alemania. Hijo de misioneros presbiterianos, nacido en China en 1898 y criado en ese país hasta los quince años, Luce, esencialmente, traspuso la certeza del dogma religioso a la certeza de una misión nacionalista formulada en nombre del internacionalismo.[18]

Luce admitía que los aislacionistas que se oponían a que EE. UU. se implicase en la guerra tenían varios argumentos válidos, incluyendo el temor de que ello pudiera acelerar «la tendencia hacia el colectivismo» ya en marcha en el país, y que «terminase en un socialismo nacional tan

absoluto que cualquier parecido, por ligero que fuese, con nuestra democracia constitucional americana sería totalmente irreconocible». Pese a este temor, insistía, el aislacionismo era moral y políticamente desastroso, un «virus» que subvertía el destino de Estados Unidos como faro del «idealismo democrático» y de la «libertad sometida a la ley». Asimismo, Luce reconocía que Estados Unidos no podía actuar como policía del mundo ni intentar imponer las instituciones democráticas a toda la humanidad. Con todo, «el mundo del siglo XX, si quiere nacer con cierta nobleza de salud y vigor, debe ser en gran medida un Siglo Americano». El ensayo instaba a todos los estadounidenses a «aceptar incondicionalmente nuestro deber y nuestra oportunidad de ser la nación más poderosa y vital del mundo y, en consecuencia, ejercer en el mundo todo el impacto de nuestra influencia, con todos los objetivos que creamos apropiados y con todas las medidas que consideremos oportunas».

El ataque japonés a Pearl Harbor impulsó sin remedio a Estados Unidos hacia el escenario internacional que, según Luce, estaba destinado a dominar, y el rimbombante titular de este ferviente alegato se convirtió en la materia prima de la retórica de la guerra fría y los años posteriores. En este llamamiento fue fundamental la afirmación de una vocación virtuosa. El ensayo de Luce señaló casi todos los ideales que se convertirían en un elemento esencial de la propaganda en tiempos de guerra y en la guerra fría: libertad, democracia, igualdad de oportunidades, autosuficiencia e independencia, cooperación, justicia, caridad, todo ello complementado con una visión de abundancia económica inspirada por «nuestros magníficos productos industriales, nuestras capacidades técnicas». En los actuales conjuros patrióticos, a todo esto se le atribuye el «excepcionalismo estadounidense».

El otro aspecto, más duro, del destino manifiesto de EE. UU. era, naturalmente, la musculatura. El poder. Poseer una superioridad absoluta e infinita para desarrollar y desplegar el arsenal bélico más avanzado y destructivo del mundo. En su famoso ensayo, Luce no profundiza en esta dimensión del «internacionalismo», pero una vez se entró en la segunda guerra mundial y se ganó, se convirtió en su apóstol más ferviente; en un

destacado defensor de «liberar» a China de sus nuevos gobernantes comunistas, de reemplazar al asediado ejército francés en Vietnam, de que los conflictos de Corea y Vietnam pasasen de ser «guerras limitadas» a convertirse en oportunidades en una guerra más amplia y virtuosa contra China y en ese país, persiguiendo el desmantelamiento del «telón de acero» con «armas atómicas tácticas». En cierto momento, Luce llegó incluso a barajar la posibilidad de «aplastar a Rusia con quinientos (o mil) bombas atómicas»; un escenario aterrador, aunque es un escenario que los guardianes del arsenal nuclear estadounidense planificaron en realidad hasta el más mínimo y deplorable detalle en la década de 1960, antes de la muerte de Luce, ocurrida en 1967.[19]

Naturalmente, el eslogan «siglo americano» es una hipérbole. Siempre ha tenido sus críticos y sus detractores, cuyas filas han aumentado considerablemente desde el fiasco de la guerra estadounidense contra el terror.[20] En ese decisivo fuego cruzado, el lema nunca fue más que un mito, una fantasía, un delirio. Disimulaba las evidentes desigualdades de raza, clase, género y privilegios dentro del propio país. Después de la segunda guerra mundial la victoria militar, en cualquier sentido tradicional del término, fue una quimera. La llamada Pax Americana en sí misma estuvo plagada de conflictos, opresión y flagrantes traiciones al catecismo de los valores profesados por la nación. Al propio tiempo, obviamente la hegemonía estadounidense tras la posguerra nunca abarcó a más de una parte del globo. Gran parte de lo que sucedió en el mundo, incluyendo los disturbios y el caos, estuvo más allá del control de EE. UU.

Sin embargo, el eslogan de Luce persiste, lo cual no deja de ser razonable. El mundo del siglo XXI puede ser caótico, con una violencia que puede surgir de innumerables fuentes y causas, pero Estados Unidos sigue siendo la «única superpotencia» del planeta. El mito del excepcionalismo sigue sometiendo a su yugo a una buena parte de los estadounidenses. La hegemonía de EE. UU., por muy deshilachados que estén sus bordes, sigue dándose por supuesta en los círculos gubernamentales, y no solo en Washington. Y los estrategas del Pentágono siguen defendiendo enfáticamente su misión como un dominio de espectro completo a nivel

global. El compromiso de Washington en la modernización de su arsenal nuclear en vez de centrarse en lograr la abolición total de las armas nucleares se ha mostrado inamovible. Lo mismo sucede con la casi religiosa devoción del país por liderar el desarrollo y el despliegue de armas convencionales de destrucción masiva aún más «inteligentes» y sofisticadas.

Como declaró el presidente Obama en su último discurso sobre el estado de la Unión, no hay nadie que se acerque. Nadie que se acerque. Sin duda, para los potenciales adversarios, esto es una provocación.

2

Los legados de la segunda guerra mundial

Todo el mundo coincide en que la segunda guerra mundial terminó en agosto de 1945, pero ¿cuándo empezó? Los estadounidenses consideran que con el ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941. Los europeos, de manera más razonable, apuntan a la invasión de Polonia por parte de la Alemania nazi en septiembre de 1939. Si ampliamos la panorámica e incluimos a Asia, podemos decir que el gran choque global de naciones-estado se inició en julio de 1937, cuando el Japón imperial invadió China.

Con independencia de en qué momento los historiadores deciden empezar su historia, la segunda guerra mundial es, sin lugar a dudas, la base para comprender y evaluar el conflicto en la guerra fría y en el mundo contemporáneo. Abarcando todo el mundo, esta fue el apogeo de la «guerra total» industrializada, un concepto que se remonta a la primera guerra mundial. En la guerra total, las naciones movilizan todos los recursos materiales y psicológicos de su sociedad. Al propio tiempo, todos los ámbitos de la comunidad enemiga —incluyendo hombres no combatientes, mujeres y niños—, se convierten en blancos legítimos.

Los legados de la segunda guerra mundial fueron tan inmensos, por su magnitud y diversidad, como la guerra en sí. Lo que de manera inmediata resultó más impresionante fue la continuación de la muerte, la destrucción, el sufrimiento, la escasez y la agitación en casi todas partes menos en EE. UU. Este país salió del conflicto con un saldo trágico pero comparativamente bajo de muertes causadas por la guerra: 405.399, según el recuento oficial del Departamento de Asuntos de Veteranos estadounidense, 291.557 de las cuales «murieron en combate» y el resto fueron muertes producidas en servicio pero no en el campo de batalla.[1] Por otra parte, el país se libró de la invasión y de los bombardeos enemigos a la población civil, y contaba con una vigorosa economía estimulada por la producción inherente a la guerra. En todas partes —en Europa, Asia y la Unión Soviética— las ciudades quedaron en ruinas, hubo incontables millones de muertos, y otros millones de personas más se quedaron sin hogar y, de hecho, muchos de ellos fueron en busca de una nueva patria. La hambruna y las enfermedades campaban en todas partes, el paro era galopante y la recuperación económica, una quimera. El crimen y la corrupción campaban por doquier. Los políticos de los países derrotados como Alemania y Japón se apresuraron a asumir una nueva identidad pública.

Otro legado enorme de la guerra fue que los otrora vencedores democráticos perdieron sus colonias, normalmente a regañadientes y a menudo con violencia y derramamiento de sangre. El Japón imperial había invadido China (en 1937) y el sudeste asiático (junto con el ataque a Pearl Harbor en diciembre de 1941), propagando una noble retórica sobre la creación de un nuevo y orgulloso panasianismo liberado de la influencia y el control del hombre blanco. En la práctica, los japoneses fueron unos conquistadores opresores y a menudo cometieron atrocidades aunque, de hecho, su victoria sobre las potencias coloniales en Asia anunció el toque de difuntos del colonialismo. La campana sonó con mayor dramatismo para Inglaterra. La segunda guerra mundial marcó el fin de su reinado como el imperio en el que «nunca se pone el sol». Frotando sal en la herida, Estados Unidos ocupó su lugar como aspirante a la hegemonía global.

Tras la guerra, la desaparición del gobierno colonial en Asia se desarrolló de manera violenta e inconexa. Filipinas logró su independencia en 1946, una liberación que sus mentores estadounidenses prometieron en 1916, instaurando una etapa provisional hacia la misma en 1935. India consiguió su independencia al año siguiente, tras casi un siglo de sumisión al gobierno del Raj británico, para presenciar después un gran derramamiento de sangre a consecuencia de los enfrentamientos sectarios entre hindúes y musulmanes que desembocaron en la segregación de Pakistán como nación soberana. Hasta finales de 1949, los holandeses intentaron reinstaurar por la fuerza su gobierno en las Indias Orientales Holandesas (Indonesia), en las que los japoneses ocuparon su lugar durante un breve período de tiempo. En Malaya (Malasia), donde junto a los nativos malayos vivía una considerable población china, los ingleses volvieron al final de la guerra para encabezar una feroz campaña contrainsurgente contra las guerrillas de inspiración comunista, compuesta principalmente por residentes chinos. La «emergencia malaya» se prolongó desde 1948 hasta 1960, y la propia Malasia no obtuvo su independencia en el seno de la Commonwealth hasta 1957. Francia intentó recuperar su posición en la Indochina francesa (Vietnam, Camboya y Laos) y actuó militarmente contra la resistencia nacionalista indígena hasta 1954, cuando Estados Unidos dio un paso adelante para ocupar su lugar y sentó las bases para el desastre posteriormente conocido como la guerra de Vietnam.

La segunda guerra mundial también nos legó tres grandes países ocupados (Corea, desde 1945 hasta 1948; Alemania, desde 1945 hasta 1949, y Japón, desde 1945 hasta 1952); el polvorín de varios países divididos (Corea, Alemania, China y Vietnam), y finalmente un mundo dividido. El uso popular de la expresión «guerra fría» se remonta a 1947, y la frase describía adecuadamente la confrontación de superpotencias entre Estados Unidos y la Unión Soviética, desencadenada tras la segunda guerra mundial, aunque nunca llegó a convertirse en una guerra declarada.[2] Al mismo tiempo, «guerra fría» también evoca la imagen de un mundo bipolar enfrentando a una esfera de influencia capitalista liderada por EE. UU. contra un bloque comunista dirigido por los soviéticos. Lo cual no es del

todo irrazonable, como atestiguan las coaliciones militares de la OTAN y del Pacto de Varsovia. Sin embargo, desde el principio y ciertamente vistas en retrospectiva, esta mentalidad y esta terminología restrictivas bloquearon un reconocimiento más matizado de multitud de conflictos que lo fueron todo menos fríos, y que a menudo tenían un origen autónomo o indígena.

En un sentido más alentador, la terrible guerra mundial también propició un esfuerzo concertado, encabezado por las principales naciones victoriosas, para crear unas instituciones globales que, con suerte, ayudarían a impedir otra confrontación como esta. Un primer paso en esta dirección fue el sistema de Breton Woods, unos acuerdos concretados en una conferencia internacional celebrada en New Hampshire en julio de 1944. El objetivo de la conferencia era sentar las bases de unas relaciones monetarias ordenadas entre las naciones, y su legado fue duradero. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (convertido ahora en el Grupo del Banco Mundial, con sede en Washington), son el fruto de Bretton Woods.

El más conocido de estos legados idealistas de la guerra fue la Organización de las Naciones Unidas, creada en junio de 1945 para sustituir a la ineficaz Liga de las Naciones fundada en la estela de la primera guerra mundial. Los cuarteles generales de la ONU se situaron en Nueva York, a diferencia de los de la Liga, radicados en Ginebra. Entre sus logros más tempranos e idealistas se cuenta la adopción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos en diciembre de 1948.

El final de la guerra también presenció el surgimiento de una peculiar mezcla de animosidad punitiva y aspiración idealista sustanciada en unos innovadores juicios a los crímenes de guerra. Los juicios de Núremberg a los dirigentes alemanes, promovidos por las cuatro naciones vencedoras (y que se prolongaron desde noviembre de 1945 hasta octubre de 1946), fijaron el modelo, que fue seguido por el Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente, más conocido como el juicio de Tokio (desde junio de 1946 hasta diciembre de 1948). Las innovaciones jurídicas fueron impresionantes. Por primera vez dirigentes individuales fueron declarados responsables de los actos de Estado. Y aún más radical fue que,

además de los crímenes de guerra convencionales, en los juicios se introdujeran *ex post facto* tres nuevas categorías criminales: la conspiración para cometer una guerra de agresión; los crímenes contra la paz y los crímenes contra la humanidad (como los atroces campos de concentración nazis).

Estos procesos supusieron la aplicación de un doble rasero y de la justicia del vencedor, aunque reflejaban una notable dosis de esperanza idealista en virtud de la cual la introducción de esta rendición de cuentas en el derecho internacional sentaría un precedente que contribuiría a inhibir agresiones futuras. Por ejemplo, B. V. A. Röling, el juez holandés que participó en el juicio de Tokio, admitió más tarde los «elementos injustos» y los «graves errores» de estos procesos, si bien seguía conservando su fe en que los juicios contribuyeron «a un progreso legal que la humanidad necesitaba urgentemente»; es decir, que eran un paso decisivo para «prohibir la guerra y convertirla en un delito criminal».[3] Como era de prever, tan altos ideales nunca se hicieron realidad, pues, tal como se comprobaría, ninguna de las naciones vencedoras que participaron en el juicio en esos primeros años de la posguerra consideró seriamente que las leyes que habían inventado y aplicado para derrotar a sus enemigos fuesen aplicables a sus propios países.

Otros legados de la guerra son más difusos. Uno de ellos es la memoria colectiva; concretamente, los recuerdos de la guerra nacionales y nacionalistas que nunca dejan de distorsionar y de influir en la política contemporánea. Aquí, entramos en el terreno más esotérico de la creación de mitos, de la manipulación, de la fabricación o «construcción» de identidades provincianas y patrióticas.

En un sentido distinto, la segunda guerra mundial presenció la génesis de nuevas tecnologías de destrucción que transformaron la naturaleza misma de la guerra. Por supuesto, las más conocidas son las bombas atómicas que Estados Unidos lanzó sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, pero el desarrollo de las armas nucleares solo pone de manifiesto el notable alcance de las transformaciones tecnológicas y operativas que se produjeron durante la movilización para la guerra total.

Las bombas atómicas, por ejemplo, fueron la culminación de una revolución en las fuerzas aéreas, que incorporaron cazas ligeros, bombarderos antisubmarinos y bombarderos medios y pesados para transportar explosivos potentes e incendiarios. Todos estos avances se vieron reforzados con los descubrimientos relativos al radar, las comunicaciones radiofónicas, las miras de bombardeo, etc., así como por el predominio de los portaviones sobre los barcos acorazados. En la segunda guerra mundial, solo Estados Unidos e Inglaterra adoptaron el bombardeo estratégico como plan principal contra Alemania, empezando en 1942 y llegando a su momento culminante en 1945, con la campaña estadounidense con bombardeos de saturación contra Japón, que devastó sesenta y cuatro ciudades antes de lanzar las bombas atómicas contra Hiroshima y Nagasaki.[4]

En estas operaciones aéreas la tecnología, la tecnocracia y la amoralidad avanzaron de la mano. En aquella época Estados Unidos empezó a efectuar bombardeos de arrasamiento en Japón; la «guerra industrial» y la guerra psicológica estaban íntimamente ligadas, y la destrucción de la moral del enemigo a base de atacar centros urbanos densamente poblados se había convertido en el procedimiento operativo habitual.[5] Más adelante, las fuerzas aéreas estadounidenses mantendrían este legado, el más brutal de la segunda guerra mundial, con las poblaciones de Corea e Indochina.

Hacia el final de la guerra, el napalm se había añadido a la lista de innovaciones de la época. Otro avance —que posteriormente adoptarían muchos países— fueron los aviones a reacción y, para Alemania en sus últimos estertores, los cohetes V-1 y V-2, que se convertirían en los prototipos de los misiles de la posguerra. Se produjeron grandes progresos no solo en otros tipos de armamento, como los tanques y la artillería de largo alcance, sino también en la tecnología médica, incluyendo la penicilina. Los primeros ordenadores elementales modernos se desarrollaron en Inglaterra y Estados Unidos al mismo tiempo que las agencias de inteligencia, el desciframiento de códigos y otras operaciones. Además, se produjeron los primeros e importantes avances en la teoría de la información y en la automatización.

Junto a esos avances tecnológicos, la segunda guerra mundial también legó innovaciones organizativas y modelos para los planificadores de la posguerra, agrupando a efectivos militares, agencias federales, universidades y sector privado. Ejemplo de ello fue el desarrollo de la «investigación de operaciones», para la que se reclutaron a estadísticos y matemáticos para que planificasen dónde, cuándo y cómo usar los nuevos arsenales bélicos. El ejemplo más espectacular de la fusión entre público y privado fue el Proyecto Manhattan, que desarrolló la bomba atómica.

Después de que la segunda guerra mundial diera paso a la guerra fría, se puso de moda advertir de los peligros de un poderoso «complejo militar-industrial» en Estados Unidos (una expresión que normalmente se atribuye al discurso de despedida del presidente Dwight D. Eisenhower, pronunciado en 1961). En realidad, el complejo no solo abarcaba los sectores militar e industrial pero, en sí misma, esta estrecha fusión no fue un avance específico de la posguerra, sino una prórroga más de la movilización para la guerra total.[6]

Todas las grandes naciones reunieron recursos materiales y humanos para la guerra, pero ninguna lo hizo con tanta eficiencia como Estados Unidos. Y solo Estados Unidos —favorecido por su poder, pero también por su segura situación geográfica— salió ileso del conflicto, aparte de las bajas de guerra. Nunca se insistirá demasiado en la importancia de este legado en concreto. La segunda guerra mundial no solo sacó a Estados Unidos de la depresión global que se remontaba hasta 1929, sino que hizo que se situase como la nación más próspera del mundo y como la potencia militar más avanzada. Las expectativas del país eran óptimas, y su confianza y pretensión de superioridad moral fueron insuperables.

3

El terror nuclear de la guerra fría

El caso es que el triunfalismo y la superioridad moral tenían un lado oscuro y contradictorio: una constante y profunda ansiedad, que bordeaba lo patológico y que nunca desapareció. El leviatán estadounidense de la posguerra era, y sigue siéndolo hasta hoy, esencialmente bipolar: soberbio y abrumadoramente poderoso en todos sus aspectos, pero temeroso e inseguro.[1]

Los estrategas militares consideraron que esto no era un hándicap, sino más bien una paradoja a explotar. El miedo a los amenazadores enemigos existenciales cebaba la bomba política que ayudaba a conservar el apoyo a una enorme maquinaria militar. El hecho de alimentar un alto nivel de ansiedad era un mecanismo de control para mantener a raya a los políticos y al público. Valía la pena exagerar la percepción de las amenazas (como, por ejemplo, sucedió en 1960 durante la campaña presidencial de John F. Kennedy, en la que se adujo un ficticio «déficit de misiles» en comparación con la Unión Soviética, y en la década de 1980 la administración Reagan hizo lo mismo contra ese país que estaba desintegrándose) o, al menos, para defender la necesidad de estar siempre preparados para responder a los peores y más extremos escenarios. Los profesionales dependían de ello, al

igual que las diversas entidades públicas y privadas que invertían en la «seguridad», y también los beneficios industriales relacionados con la «defensa».

La inestabilidad, integrada dentro del sistema, se intensificó gracias al cambio tecnológico y a la competencia establecida entre los distintos cuerpos de las fuerzas armadas para obtener recursos, sobre todo por parte de las fuerzas aéreas estadounidenses. Asimismo, en varias ocasiones, los planificadores de alto nivel llegaron a sugerir que la aparición de la inestabilidad psicológica en su máxima expresión era deseable como forma de intimidación nuclear. Por ejemplo, en octubre de 1969, la Casa Blanca presidida por Richard Nixon fraguó un efímero plan secreto denominado Operación Duck Hook,* en el que Estados Unidos parecía amenazar Hanoi con un ataque nuclear. H. R. Haldeman, uno de los principales colaboradores de Nixon, mencionó tiempo después que Nixon le dijo: «Ellos creerán cualquier amenaza de fuerza que venga de Nixon, porque es Nixon... Es lo que yo llamo "teoría del loco", Bob. Quiero que los norvietnamitas crean que he llegado a un punto en el que soy capaz de hacer *cualquier* cosa para poner fin a la guerra». Esta no fue la primera ni la última vez que la «teoría del loco» influyó a los estrategas nucleares. En el juego de la guerra, la línea entre racional e irracional no siempre es fácil de discernir.[2]

El medio en el que evolucionó esta mezcla de soberbia y temor, beligerancia y fanfarronería, fue, naturalmente, la larga guerra fría que duró desde 1945 hasta la caída del muro de Berlín en 1989 y el desmoronamiento de la Unión Soviética dos años después. Estas fueron unas décadas tensas y verdaderamente peligrosas, definidas en gran medida por la carrera armamentística iniciada tras el ensayo de un dispositivo nuclear soviético en 1949. En Estados Unidos esta acumulación nuclear pronto se racionalizó mediante el concepto «represalia masiva», una estrategia formalizada por la administración Eisenhower en octubre de 1953 (en el NSC 162/2, un documento del Consejo de Seguridad Nacional).[3] En la década de 1960 a esta estrategia le siguió la institucionalización de una doctrina de «destrucción mutuamente asegurada», que llegó a ser conocida por todos

por su adecuadamente inquietante acrónimo: MAD.** Todas estas doctrinas se desarrollaron bajo el canon general de la disuasión nuclear.

En esencia, la represalia masiva llevó la práctica estratégica anglo-estadounidense de la segunda guerra mundial de bombardear ciudades alemanas y japonesas a un nuevo nivel, postulando que los ataques nucleares programados deberían apuntar a núcleos de población enemigos. Pese a que los objetivos principales eran las instalaciones militares o industriales, la posibilidad de causar una cantidad insólita de bajas civiles se consideró algo muy conveniente como elemento disuasorio de un ataque nuclear. Por ejemplo, el objetivo declarado de la MAD era el de tener la capacidad de responder a un «primer golpe» nuclear del enemigo lanzando un «segundo golpe» devastador. No obstante, si la fuerza de ataque del enemigo parecía vulnerable, ello podía ser incluso un incentivo para lanzar un ataque anticipatorio. En las muy citadas palabras del influyente estratega estadounidense Albert Wohlstetter, publicadas en 1959, la confrontación nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética equivalía a un «delicado equilibrio del terror».[4]

Si bien el término «delicado» transmite una sensación de moderación y decoro, la realidad de la represalia masiva era muy cruda, lo cual se manifiesta con impresionante concreción en los documentos ultrasecretos de las primeras décadas de la planificación nuclear que ya han sido desclasificados. Un plan de guerra del Mando Aéreo Estratégico (SAC),*** titulado *Atomic Weapons Requirements Study for 1959*, se centraba en los bombarderos con armas nucleares y los misiles de corto alcance de los que entonces se disponía. El estudio preveía la destrucción de las fuerzas aéreas soviéticas empleando principalmente bombas termonucleares (de hidrógeno), sobre los principales objetivos militares, pero también anticipaba la posible necesidad de la «destrucción sistemática» de blancos urbanos industriales y «poblacionales» con bombas atómicas.

En el plan del Mando Aéreo Estratégico, de unas 800 páginas, figuraban, como objetivos potenciales, más de 1.200 ciudades del llamado bloque soviético, desde Alemania Oriental hasta China. La cantidad de «zonas cero designadas» (DGZ, por sus siglas en inglés) sumaba

aproximadamente unas 3.400, entre las que se contaban 180 en Moscú, 145 en Leningrado, 91 en Berlín Oriental y sus suburbios, y 23 en Beijing. Dicho mando también aprovechó esta oportunidad para recomendar que se añadiera una bomba termonuclear de 60 megatones (es decir, una bomba equivalente a 60 millones de toneladas de TNT) a su arsenal. Solo esta arma hubiera sido equivalente a más de 4.000 bombas como la de Hiroshima.[5]

En 1956, las reservas nucleares estadounidenses eran, aproximadamente, de unas 3.620 cargas nucleares, frente a las 660 existentes en el arsenal soviético. En «megatonelaje» esto significaba el equivalente en explosivos a 9.189 millones de toneladas de TNT en el arsenal de EE. UU. y a 360 millones de toneladas en manos soviéticas. Cinco años después, las reservas estimadas habían aumentado hasta 22.229 cargas nucleares estadounidenses (10.948 megatones) y 3.320 soviéticas (3.420 megatones), lo cual suponía una superioridad abrumadora por parte de Estados Unidos que, aun así, no contribuyó en absoluto a disipar la ansiedad.[6] Fue en ese mismo año, 1961, que la durante largo tiempo incubada tensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética sobre el estatus de Berlín Occidental —situado en la Alemania Oriental, pero alineado con Estados Unidos desde 1948— llegó hasta tal punto que ambas superpotencias exhibieron una actitud amenazadora verdaderamente alarmante. En agosto, esta confrontación hizo que el gobierno comunista de Alemania Oriental decidiese iniciar la construcción del tristemente célebre muro de Berlín, que separaba las zonas oriental y occidental de la ciudad.

Los planificadores nucleares estadounidenses respondieron a la crisis de Berlín con lo que representaba una actualización del apocalíptico estudio del SAC de 1956. Un memorándum ultrasecreto emitido por el Estado Mayor Conjunto en junio de 1961 preveía que si se lanzaba un ataque con todas las armas nucleares disponibles en alerta, 199 ciudades soviéticas rurales y urbanas serían atacadas y el número estimado de víctimas (contando las producidas por la radiactividad), sería aproximadamente de ochenta millones de personas. De lanzarse «todo» el arsenal, serían atacadas 295 ciudades soviéticas, lo que causaría unos 115 millones de bajas. (Hubo que esperar hasta la década de 1980 para que los científicos

admitieran la probabilidad de un «invierno nuclear» global derivado del cambio climático provocado por una guerra nuclear.)

Al igual que en el estudio de 1956, este asalto imaginario no se limitaba a la Unión Soviética. El memorándum calculaba que en seis «países satélites» de los soviéticos en Europa, los ataques nucleares de las fuerzas estadounidenses en alerta causarían cerca de 1,4 millones de muertes; y si el ataque fuese lanzado por el conjunto de las fuerzas, las bajas ascenderían hasta los 4 millones, más de la mitad de ellas en Polonia. Aunque China no ensayaría su primera arma nuclear hasta 1964, volvió a quedar claro que los ataques estadounidenses también se extenderían a la «China roja». Allí las fuerzas en alerta atacarían 49 ciudades y el conjunto de las fuerzas 78, con unas bajas estimadas de 67 y 107 millones, respectivamente.

El memorándum reconocía un «consenso general» en que las represalias soviéticas «afectarían gravemente a Estados Unidos, con muchos millones de bajas y poca capacidad inmediata para soportar la guerra». Aun así, «Estados Unidos seguiría existiendo como nación organizada y viable, y al final prevalecería, mientras que la Unión Soviética, no».[7]

Además de ilustrar la histeria que animaba la temprana planificación para la guerra nuclear, estas proyecciones nos recuerdan con cuánta rapidez las dos bombas atómicas que mataron a más de doscientas mil personas en Hiroshima y Nagasaki empezaron a ser consideradas primitivas e insignificantes. (En algunos círculos, a las armas de esta magnitud se las denomina actualmente «petardos nucleares».)

El poder explosivo de la bomba de Hiroshima era equivalente a 15.000 toneladas de TNT, lo que la convertía en unas 1.500 veces más potente que la mayor bomba convencional empleada en la segunda guerra mundial. La bomba termonuclear (de hidrógeno) «Castle Bravo» estadounidense ensayada en el atolón de las Bikini en 1954 —la cual irradió a la tripulación de un barco de pesca japonés, uno de cuyos miembros murió poco después — tenía un rendimiento de 15 millones de toneladas (15 megatones), mil veces mayor que la bomba de Hiroshima.

El deseo del SAC de poseer un arma termonuclear de 60 megatones no se materializó, pero en octubre de 1961 —en el momento álgido de la crisis de Berlín— la Unión Soviética ensayó la mayor arma detonada hasta el momento, una bomba de hidrógeno llamada «bomba del zar», con un rendimiento equivalente a 50 megatones de TNT, lo cual equivalía a más de 3.300 bombas de Hiroshima, lo que suponía más de quince veces el poder explosivo de todas las bombas lanzadas durante la segunda guerra mundial.[8]

Entre 1945 y 1992, Estados Unidos efectuó 1.054 ensayos nucleares terrestres y subterráneos y produjo nada menos que 70.000 cargas nucleares de 65 tipos diferentes. Estas fueron configuradas para unos 115 sistemas armamentísticos distintos, entre los que se contaban misiles balísticos y de crucero. Por parte de la Unión Soviética, empezando con su primer ensayo en 1949, se realizaron 715 ensayos y una producción de aproximadamente 55.000 cargas nucleares de 75 tipos diferentes.[9]

A finales de la guerra fría, en 1991, el arsenal soviético sería, contando las cargas nucleares agregadas, mucho mayor que el de Estados Unidos (aproximadamente 34.600 y 20.400 cargas nucleares, respectivamente). Este cambio de las cifras brutas empezó a mediados de la década de 1970 y reflejaba el creciente afán soviético por las armas nucleares tácticas desplegadas en previsión de un conflicto en su frente occidental. Por el contrario, los planificadores nucleares estadounidenses se centraron en desplegar cargas nucleares estratégicas contra el bloque comunista en su conjunto. En 1989, cuando cayó el muro de Berlín, Estados Unidos poseía unas 12.780 cargas nucleares estratégicas, frente a las 11.529 del arsenal soviético. En 1991, las cifras serían de 9.300 y 9.202, respectivamente.[10]

Ya desde principios de la década de 1960, Estados Unidos —y, por consiguiente, la Unión Soviética—, desarrollaron sistemas de lanzamiento de corto, medio y largo alcance. El último de ellos, el núcleo de la misión estratégica, se componía de una tríada de bombarderos terrestres y marítimos, misiles intercontinentales balísticos terrestres (ICBM), y submarinos con misiles balísticos (SLBM). Ya en la década de 1980, ambas

superpotencias habían desarrollado misiles con cargas explosivas múltiples (MIRV).[11]

Una parte importante del arsenal táctico y estratégico estadounidense fue desplegado en otros países, ya que ello se consideraba un elemento fundamental para la «contención» del comunismo soviético y chino. Un estudio ultrasecreto elaborado por el Pentágono en 1978 y desclasificado (no sin grandes expurgaciones) a finales de la década de 1990, indicaba que Estados Unidos almacenaba 38 tipos de sistemas de armas nucleares en el extranjero en 27 ubicaciones, entre las que se contaban 18 países soberanos y 9 territorios o posesiones estadounidenses antiguos o actuales. Los desplegados en países de la OTAN, introducidos por primera vez en 1955, alcanzaban los 3.000 en 1960; 6.000 en 1965, hasta su punto máximo con 7.300 en 1971. Aproximadamente la mitad de ellos estaban situados en Alemania, que albergó en su suelo unos 21 sistemas diferentes de cargas nucleares.

Entre 1954 y 1972, el ejército estadounidense almacenó diecinueve tipos distintos de armas nucleares en la isla de Okinawa, que, de hecho, había permanecido bajo ocupación estadounidense desde el final de la guerra del Pacífico en 1945. Una tabla de las «Costas del Pacífico» derivada de los estudios del Pentágono muestra que, desde 1963 hasta 1970, la cantidad total de estas armas en Okinawa superaba el millar (llegando a las 1.287 en 1967). La base aérea de Kadena albergaba el grueso de ellas. En otras zonas de Japón, las bombas nucleares sin sus núcleos fisionables se almacenaron en las bases aéreas estadounidenses en Misaka e Itazuke (y, posiblemente, también en otras cuatro bases), mientras que los acorazados estadounidenses que transportaban cargas nucleares atracaban en los grandes puertos navales de Sasebo y Yokosuke. A finales de 1956, un informe clasificado sobre el «Mando de Operaciones Atómicas en el Lejano Oriente» enumeraba trece ubicaciones distintas en Japón empleadas para almacenar armas o componentes nucleares, o preasignadas para recibir dichas armas en épocas de crisis o de guerra.

Otros documentos desclasificados dejan claro que Estados Unidos planificó la guerra nuclear en el Lejano Oriente en las bases aéreas de Fuchu y Yokota, en las afueras de Tokio, así como en la base de Kadena, en Okinawa. Pese a la «constitución pacífica» de Japón y a los fuertes sentimientos antinucleares de su población por ser el único país que había sufrido el impacto de estas armas, a principios de la década de 1960 la Fuerza de Autodefensa Aérea japonesa participó en maniobras conjuntas con las fuerzas estadounidenses, llevando a cabo operaciones relacionadas con las armas nucleares. Aunque Estados Unidos retiró la mayor parte de su arsenal nuclear de Asia a principios de la década de 1970, esto no se aplicó a los acorazados con armas nucleares, que siguieron anclando en los puertos japoneses. En casi todas estas operaciones, el gobierno japonés adoptó una postura de complicidad engañosa, ya fuese negando su conocimiento de las mismas o pasando por alto tales actividades.

La década de 1950 también presenció el despliegue de armas nucleares en Guam, Iwo Jima, Chichijima y las islas Bonin, Corea del Sur, Taiwán y las Filipinas. (Las pequeñas islas de Chichijima e Iwo Jima permanecieron bajo control militar estadounidense hasta 1968, año en el que fueron devueltas a Japón.) Al final de la administración Eisenhower, en 1961, se calculó que el total de armas desplegadas en todo el Pacífico superaba las 1.700. En 1963 la cifra ascendió a más de 2.300, antes de llegar a su máximo en 1967, con más de 3.200. La mayoría de ellas estaban situadas en Okinawa, seguida por Corea del Sur. Dichas armas fueron retiradas de Okinawa en 1972, cuando la soberanía de la prefectura revirtió a Japón; de Taiwán en 1974, y de Filipinas en 1977. En Corea del Sur permanecieron hasta 1991.[12]

Entre 1946 y 1962, Estados Unidos también realizó 105 ensayos nucleares en los territorios de pruebas del Pacífico, que abarcaban las islas Marshall y otras ubicaciones en el Pacífico central. Aunque estos ensayos solo representaban el 10 % de todos los ensayos nucleares efectuados por Estados Unidos, muchos de ellos incluyeron bombas de hidrógeno altamente radiactivas cuya potencia explosiva era excepcionalmente alta. A consecuencia de ello, el total de potencia en megatones de las pruebas del

Pacífico sobrepasó el de todos los demás ensayos nucleares estadounidenses juntos.[13]

La perspectiva de explosiones nucleares aún más potentes, sumada a la creciente preocupación global por los efectos de la radiactividad, provocaron la firma de un Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares (LTBT), en 1963. El título formal y autoexplicativo de este acuerdo era Tratado de Prohibición de Ensayos con Armas Nucleares en la Atmósfera, el Espacio Exterior y Bajo el Agua. Las negociaciones fueron largas y complicadas, y se remontaban a 1955, un año después del ensayo con la bomba termonuclear «Castle Bravo» en el atolón de las Bikini, y el acuerdo final solo se firmó a raíz de la alarmante crisis de los misiles en Cuba de 1962, cuando las dos superpotencias estuvieron a punto de desencadenar una guerra nuclear. El LTBT se firmó en Moscú por representantes de Estados Unidos, la Unión Soviética y el Reino Unido, que se había incorporado al club nuclear en 1952. Francia, que ensayó cuatro armas nucleares en 1960 y 1961, no firmó hasta trascurridas tres décadas.

La prohibición de los ensayos en la atmósfera y bajo el agua significó el fin de los mismos en las zonas de pruebas del Pacífico, entre otros lugares. No obstante, los ensayos subterráneos no se vieron afectados, y no se puso ninguna limitación a la futura producción de cargas nucleares. Como más tarde admitió el Departamento de Estado, el tratado «no tuvo demasiado efecto práctico sobre el desarrollo y la proliferación de las armas nucleares» pero sentó «un importante precedente para el control armamentístico en el futuro».[14]

Un exitoso ensayo nuclear realizado por los chinos en 1964 aumentó a cinco el número de miembros del «club de potencias nucleares». Cuatro años después, quedó abierto a la firma un Tratado Internacional de No Proliferación de Armas Nucleares que entraría en vigor en 1970. Conocido comúnmente como el Tratado de No Proliferación (TNP), este acuerdo poseía diversas características específicas. Intentaba congelar el monopolio de las cinco potencias nucleares, e invitaba a otras naciones a

comprometerse a no desarrollar o a obtener armas nucleares. Y fomentaba la aplicación pacífica de la tecnología nuclear, que los miembros del club ayudarían a adquirir a los demás. Tanto el preámbulo como el artículo sexto del TNP expresaban un compromiso para lograr de buena fe el objetivo último del «desarme nuclear» y un «tratado sobre el desarme general y completo bajo un control internacional estricto y efectivo». El paso de las décadas siguientes demostró que este objetivo era una quimera.

El TNP no puso fin a la carrera armamentística entre Estados Unidos y la Unión Soviética, ni impidió que otras naciones se hicieran con armas nucleares. En el siglo XXI, a las cinco potencias nucleares originales se les añadieron Israel (probablemente a mediados de la década de 1960, lo cual nunca ha sido reconocido oficialmente); Pakistán e India (empezando en la década de 1970, con ensayos nucleares reconocidos por ambos países en 1998), y Corea del Norte (desde 2006). A principios de 2015, 190 naciones formaban parte del TNP. Sin embargo, tres potencias nucleares —Israel, Pakistán e India— nunca firmaron el tratado, y Corea del Norte se retiró del mismo en 2003.

Pese a todo, el impacto del ideal de la no proliferación fue importantísimo. Finalmente, mediante una combinación de presiones externas e internas, al menos veinticuatro países que poseían armas nucleares, o que desarrollaban o contemplaban programas para producirlas, refrendaron el TNP. Antes de la década de 1970, países como Egipto, Italia, Japón, Noruega, Suecia y Alemania Occidental consideraban o ponían en práctica proyectos en este sentido. Transcurrida esta década, la lista se amplió a Argentina, Australia, Brasil, Canadá, Rumania, Sudáfrica, Corea del Sur, España, Taiwán y Yugoslavia. Tres antiguas repúblicas soviéticas —Bielorrusia, Kazajistán y Ucrania— renunciaron a las armas nucleares heredadas tras la desaparición de la URSS. En Oriente Medio, Irak (en 1991) y Libia (en 2003) suspendieron sus programas nucleares debido a las presiones internacionales. El reverso de estas esperanzadoras renuncias fue que al fomentarse la adquisición «pacífica» de tecnología nuclear se crearon decenas de naciones capaces, de un modo u otro, de dedicar su capacidad nuclear a la producción de armas si así lo decidieran. En marzo de 2014, la

Arms Control Association registró no menos de cuarenta y cuatro estados «con capacidad para fabricar armas nucleares».[15]

Naturalmente, la desaparición de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría alteraron el equilibrio del terror nuclear, pero no lo eliminaron. La política, la ideología, la naturaleza humana y los imperativos tecnológicos conspiraron para hacer imposible este objetivo, como los acontecimientos posteriores a la guerra fría nos demostrarían.

Como estas armas de destrucción masiva eran tan aterradoras, al final se desarrolló un cada vez más influyente «tabú nuclear»; es decir, un sentimiento contrario a tratarlas como armas más o menos convencionales que no solo reflejaban el pensamiento de la disuasión, sino también una creciente oleada de repulsa moral. Por una parte, el miedo a las represalias nucleares propulsó la carrera armamentística de Estados Unidos y la Unión Soviética a unos niveles absolutamente irresponsables en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial. En términos numéricos, la suma de los arsenales de ambas superpotencias alcanzó una cifra máxima cercana a las setenta mil cargas nucleares a mediados de la década de 1980. Por otra parte, la naturaleza descontrolada de esta escalada —junto a los movimientos de base globales que destacaban la naturaleza inmoral y excepcionalmente abominable de esas armas de destrucción masiva— finalmente persuadieron a estos dos países a virar, aunque de manera tentativa, en la dirección de los acuerdos para limitar las armas nucleares. No sin razón se dice que, a la hora de la verdad, esta condena moral desempeñó un papel importante para que las dos potencias evitasen ir a la guerra y, muy posiblemente, destruir gran parte del mundo.[16]

No obstante, dado lo que sabemos a partir de diversas fuentes, también está claro que la buena fortuna y la mera suerte desempeñaron un papel principal para evitar una conflagración en la guerra fría. Si bien al final el tabú nuclear frenó a quienes tomaban las decisiones, las amenazas a esta prudencia procedían de tres direcciones: la mentalidad apocalíptica de la «guerra santa» propia de las generaciones anteriores de planificadores

nucleares; los percances humanos y mecánicos, generalmente conocidos como «falsas alarmas» y los «por poco», que estuvieron a punto de desencadenar intercambios nucleares accidentales; así como las recurrentes propuestas de oficiales de alto rango inmunes al tabú de usar armas nucleares en los diversos conflictos que se produjeron después de 1945.

Dos importantes altos cargos de la comunidad nuclear de la guerra fría, uno militar y otro civil, son dos claros ejemplos de antiguos guerreros nucleares que al final volvieron del frío y ayudaron a descorrer la cortina de la psicopatología de la disuasión y del «delicado equilibrio del terror». El oficial militar era el general George Lee Butler, que terminó su carrera como el último comandante del SAC en 1991-1992 y, después, con dos años como jefe del Mando Estratégico. El civil era William Perry, cuya carrera como experto en tecnología y sistemas armamentísticos empezó a finales de la década de 1960 y culminó como secretario de Defensa desde 1994 hasta 1997.

Butler se quedó estupefacto cuando, tras convertirse en comandante del SAC, vio por primera vez el denso, ultrasecreto y constantemente actualizado Plan Operativo Integral Único (SIOP), que definió la política nuclear estadounidense desde 1961 hasta 2003. Con el tiempo su alarma fue en aumento. Poco después de retirarse, captó la atención nacional e internacional con un apasionado *mea culpa* en el que explicaba su «larga y difícil trayectoria intelectual desde ser un firme valedor de la disuasión nuclear hasta convertirse en un defensor público de la abolición de las armas nucleares». Butler confesó que sus veintisiete años en la formulación de la política nuclear le habían dejado «profundamente preocupado».

La lista de experiencias inquietantes de Butler era larga: investigando «una angustiosa serie de accidentes e incidentes relacionados con las armas y las fuerzas estratégicas»; viendo «un ejército de expertos desconcertados»; enfrentándose a la «paralizante presión de haber de tomar decisiones bajo la amenaza de un ataque nuclear»; los «costes estratosféricos»; la «presión incesante para avanzar la tecnología»; los «planes de guerra grotescamente destructivos»; y la «anestesia, inducida por el terror, que suspendió el pensamiento racional, hizo que la guerra

nuclear fuese pensable y que los arsenales absurdamente excesivos fuesen posibles durante la guerra fría». En retrospectiva, Butler denunció el «desenfreno», la «ferocidad», la «proliferación temeraria», los «axiomas traicioneros» y el voraz «apetito» de la disuasión, para la cual él mismo había ayudado a crear muchos sistemas y tecnologías, entre los que se contaban «planes de guerra de más de 12.000 objetivos».

La disolución de la Unión Soviética proporcionó a Butler un enorme alivio y esperanza, que pronto fueron sustituidos por la alarma cuando quedó claro que el ideario de la disuasión y la perseverante fe en la deseabilidad e inevitabilidad de las armas nucleares seguían siendo lo importante. «Las elegantes teorías de la disuasión —exclamó en un discurso — empalidecen ante la inminencia de la guerra nuclear.» En comentarios posteriores sobre la locura de la disuasión, Butler señaló que, en el momento crítico, Estados Unidos «disponía de 36.000 armas activas en su inventario», entre las que se incluían minas nucleares terrestres y marítimas, y «cargas nucleares en proyectiles de artillería que podían lanzarse desde *jeeps*». Butler concluyó afirmando que «la humanidad escapó de la guerra fría sin un holocausto nuclear por cierta combinación de habilidad diplomática, pura suerte e intervención divina, probablemente con una mayor proporción de esta última».[17]

William Perry recordaba sus décadas como asesor y funcionario del Pentágono con igual inquietud. Estuvo entrando y saliendo del gobierno desde 1967, y en una autobiografía titulada *My Life at the Nuclear Brink*, publicada en 2015, mostró su desprecio por la política nuclear estadounidense en el momento más crítico de la guerra fría. En su opinión, el pensamiento estratégico en la década de 1960 era «surrealista», y le parecía increíble que el ejército de EE. UU. enviase armas nucleares «como si estas fuesen simplemente evoluciones orgánicas de las armas prenucleares: cargas nucleares para piezas de artillería, cargas nucleares para grandes bazucas... y cargas nucleares para las minas terrestres». Semejante conducta no solo era «extraordinariamente temeraria», sino también «prácticamente esencial». No sorprende que, como respuesta, la Unión Soviética desarrollase armas nucleares tácticas y que, «en caso de

guerra, tuviese previsto utilizarlas para destruir los centros políticos y de comunicación de Europa Occidental».

Incluso en las dos últimas décadas de la guerra fría, cuando ambas superpotencias intentaban negociar acuerdos bilaterales de control y reducción armamentística, la violencia y el miedo se cernían sobre las mismas. Sostiene Perry:

> Cuando pienso en esos años veo una manera de pensar irracional y exaltada demasiado familiar, una manera de pensar que ha desencadenado las guerras a lo largo de la historia y que en la era nuclear resulta más peligrosa que nunca. Este pensamiento dirigió los delirantes debates sobre la estrategia nuclear, hizo que aumentásemos enormemente la capacidad de destrucción de nuestras fuerzas nucleares y que estuviéramos a punto de enzarzarnos en una guerra nuclear. No ver hacia dónde nos llevaba todo esto fue un fallo colosal de la imaginación. Antes incluso de la carrera armamentística nuclear de las décadas de 1970 y 1980, nuestras fuerzas nucleares eran más que suficientes para destruir el mundo. Nuestras fuerzas de disuasión eran lo suficientemente aterradoras como para disuadir a cualquier líder racional. Pese a ello, nos lamentábamos constantemente de las insuficiencias de dichas fuerzas. Fantaseábamos acerca de una «ventana de vulnerabilidad». Ambos gobiernos —el nuestro y el de la Unión Soviética— sembraban el terror entre sus pueblos. Actuábamos como si el mundo no hubiera cambiado con el surgimiento de la era nuclear, una era en la que el mundo había cambiado como nunca antes.[18]

El caos y la confusión intelectual y organizativa sobre la guerra nuclear que reflejan estos documentos representativos y descripciones desde dentro, crearon el contexto en el que se produjeron algunos percances y en el que los planificadores belicosos barajaron la idea de quebrantar el tabú nuclear. El general Butler aludió vagamente a una «inquietante serie de accidentes e incidentes», y William Perry describió sus años en el Pentágono como una época en la que se vivía al borde de una catástrofe nuclear. La jerga militar llegó a acuñar curiosos eufemismos para describir los accidentes nucleares: «flechas rotas», «lanzas dobladas», «carcajes vacíos», aludiendo estos últimos a la pérdida de un arma nuclear. Debido a la distribución indiscriminada de armas nucleares que ambos hombres describieron (¡armas nucleares en un *jeep*!), y la irracional «racionalidad» imperante que tanto les preocupaba, no es difícil imaginar la posibilidad de que ocurrieran accidentes nucleares o falsas alarmas debidas al error humano o a fallos

mecánicos. Pero ¿en cuántos de tales incidentes estuvimos verdaderamente «a punto de»?

Por supuesto, accidentes e incidentes fueron comunes en ambos bandos de la confrontación nuclear, aunque la documentación que poseemos son los registros estadounidenses, más accesibles. El propio Pentágono reconoce treinta y dos accidentes nucleares graves, aunque un estudio confidencial destapado por el periodista de investigación Eric Schlosser, demuestra que entre 1950 y principios de 1968 se produjeron al menos mil doscientos incidentes «importantes».[19] Otro investigador mencionó de pasada que los accidentes nucleares estadounidenses se movían «en un intervalo de 43 a 255 anuales según datos clasificados desde 1977 a 1983».[20]

La gran mayoría de estos accidentes no eran ni remotamente tan graves como para llevar a las superpotencias al borde de la conflagración. Sin embargo, algunos lo fueron, y las estrafalarias causas de muchas situaciones límite parecen pertenecer a la película satírica *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú.** En un mundo agitado por la idea de la represalia masiva, las principales alarmas de un posible ataque soviético se desencadenaron por una bandada de pájaros, el reflejo de los rayos solares en las nubes, la luna creciente, un vídeo de entrenamiento insertado por error en el sistema de alarma y el fallo de un chip de ordenador que costaba cuarenta y seis centavos. A su vez, en un momento dado los soviéticos se asustaron por un cohete meteorológico noruego que estudiaba la aurora boreal.

En la categoría «carcajes vacíos», en 1966 un bombardero B-52, en una patrulla nuclear rutinaria, chocó con un avión nodriza en España, y las cuatro bombas de hidrógeno que transportaba cayeron a tierra. Aunque las cargas nucleares no se detonaron, una bomba quedó perdida temporalmente en el Mediterráneo y otras dos explotaron, contaminando el suelo —y a los soldados estadounidenses enviados a limpiar la zona— con radiación de plutonio, lo cual sigue siendo noticia medio siglo después.[21] Multiplicados por muchas veces, estos son ejemplos de «la angustiosa serie de accidentes e incidentes» que impulsaron al general Butler, y a otras personas con experiencia de primera mano, a atribuir la ausencia de una

guerra nuclear no a la ocurrente teoría de la disuasión, sino a la suerte y a la intervención divina.

Igualmente inquietante es el número de conflictos de la guerra fría de los que los informes desclasificados y los recuerdos *a posteriori* revelan que los planificadores estadounidenses barajaban ser los primeros en recurrir a la opción nuclear. Antes de que los soviéticos desarrollasen una considerable capacidad de represalia no fueron pocas las propuestas, tanto públicas como confidenciales, de lanzar un ataque «preventivo» o «anticipatorio» contra la Unión Soviética. Entre los conflictos en los que se dio la posibilidad de emplear armas nucleares se cuentan la guerra de Corea (en la que el general Douglas MacArthur recomendó usar más de treinta bombas nucleares para crear un cinturón radiactivo entre Corea del Norte y China); dos momentos de tensión con China en la década de 1950, de los que hoy casi nadie se acuerda (la «primera» y la «segunda» crisis del estrecho de Taiwán en 1954 y 1958); la crisis de los misiles en Cuba en 1962; la guerra de Vietnam, y la guerra del Golfo en 1991.

Todas estas propuestas se basaban en el supuesto que tanto alarmó a William Perry: que las armas nucleares eran simplemente el mayor y último exponente del armamento convencional (una flecha más en el carcajo, como se suele decir), y que podían usarse *tácticamente*. En el mundo saturado de acrónimos de la planificación nuclear, las armas nucleares tácticas se unieron a este revoltijo con las siglas TNW, parientes cercanas de las de las fuerzas de teatro de operaciones o TNF. En 1966, cuando los Estados Unidos aumentaban sus operaciones militares en Vietnam, el Pentágono auspició un estudio sobre la viabilidad de usar las armas nucleares tácticas. Por otra parte, un informe secreto sobre este asunto, dirigido por científicos importantes como Steven Weinberg y Freeman Dyson y titulado *Tactical Nuclear Weapons in Southeast Asia*, reiteraba el tabú nuclear.[22]

Nada de esto impidió que los estrategas estadounidenses de la línea dura siguieran afirmando la utilidad de dichas armas en situaciones de combate, aun después de la guerra fría. Naturalmente, en esa época, el número de «naciones con armas nucleares» había aumentado, y entre ellas se contaban países considerados menos estables organizativamente que Estados Unidos.

4

Las guerras de la guerra fría

La «guerra total» pudo haber desaparecido después de 1945, pero no así los preparativos para ella, como tampoco el desencadenamiento de la fuerza bruta a gran escala, exceptuando las armas nucleares o la aniquilación de poblaciones civiles. Durante la guerra de Corea (1950-1953), en la que Estados Unidos y la República de Corea (Corea del Sur), se enfrentaron a fuerzas enemigas de la República Popular China y de la República Popular Democrática de Corea (Corea del Norte), el tonelaje de las bombas lanzadas por las fuerzas estadounidenses fue cuatro veces mayor que el lanzado sobre Japón en 1945. El general Curtis LeMay, que dirigió el bombardeo estratégico de ambos países, Japón y Corea, comentó tiempo después: «Incendiamos casi todas las ciudades, *tanto en* el norte como en el sur de Corea... Acabamos con más de un millón de civiles coreanos y expulsamos a varios millones más de sus hogares, con las inevitables tragedias añadidas que inevitablemente se derivaban de ello».[1]

En la guerra de Vietnam, entre 1965 y 1973, una campaña estadounidense de bombardeos intensivos que finalmente se extendió a Camboya y Laos lanzó más de cuarenta veces el tonelaje de las bombas empleadas en Japón. El bombardeo secreto de Camboya en 1970 nos da una

idea de la actitud estadounidense en estas frenéticas «guerras limitadas», impulsadas por dirigentes civiles y militares. En un documento actualmente desclasificado, Henry Kissinger, a la sazón consejero de Seguridad Nacional de Richard Nixon, transmitió una orden presidencial a las fuerzas aéreas con estas palabras: «Una campaña intensiva de bombardeos en Camboya. Todo lo que vuele sobre todo lo que se mueva». Como señaló el crítico Tom Engelhardt, esto es lo más cerca que podemos estar de una prueba irrefutable de un crimen de guerra.[2]

En los conflictos coreano y vietnamita se produjo una devastación incontrolada en todas partes. Además de los bombardeos intensivos las fuerzas estadounidenses en Vietnam también recurrieron a la guerra química, empleando herbicidas para destruir las cosechas y defoliar la cobertura natural que protegía a las fuerzas enemigas. Esto también tenía sus raíces en la segunda guerra mundial, en la que científicos estadounidenses y británicos trabajaron conjuntamente para desarrollar el tipo de herbicidas posteriormente conocidos como el celebérrimo «agente naranja», y que en principio pensaban usar contra las cosechas de arroz japonesas en 1946 (cuando ya la guerra había terminado). Esta arma química estuvo a punto para ser utilizada en Corea poco antes del fin de las hostilidades, en 1953, y fue empleada por los británicos para destruir las cosechas durante la «emergencia malaya» que se prolongó hasta 1960. Entre 1962 y 1971, bajo el nombre en clave de Operación Ranch Hand, rociaron unos ochenta millones de litros de agente naranja sobre zonas de Vietnam, Camboya y Laos. Además de asolar terrenos agrícolas y zonas boscosas, el empleo de estos agentes químicos tóxicos también causó graves daños humanos, como malnutrición y hambrunas, abortos, defectos de nacimiento y toda una serie de enfermedades incluyendo el cáncer.[3]

En cuanto se refiere al ejercicio de la fuerza militar por parte de la Unión Soviética, tras instalar regímenes títere en la Europa Oriental (Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia y Alemania del Este), ya desde 1944, las intervenciones militares soviéticas más flagrantes tuvieron como objetivo aplastar las protestas populares en Alemania Oriental en 1953, en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. En

1969, el enfrentamiento chino-soviético por cuestiones fronterizas incubado durante toda la década de 1970, culminó en unas hostilidades que duraron poco tiempo pero que no por ello fueron menos alarmantes. Ninguna de estas operaciones implicó un número de bajas especialmente elevado; no obstante, o con pocas excepciones, por lo general se les considera como guerras *per se*.[4]

La principal intervención militar soviética durante la guerra fría tuvo lugar en Afganistán, desde los últimos días de 1979 hasta principios de 1989 y esencialmente supuso para la Unión Soviética el principio del fin de su imperio, que se disolvió dos años después. Esta guerra, que implicó la intervención y la ocupación soviéticas para defender un impopular gobierno comunista afgano, fue condenada por las naciones musulmanas y por la Asamblea General de las Naciones Unidas. También provocó que Estados Unidos, Arabia Saudí y Pakistán apoyasen a las guerrillas de los muyahidines islamistas (inmersos en la guerra santa), dentro de Afganistán, así como a otros guerreros de la yihad que se unieron a ellos desde unos cuarenta países. De ello se desprende que fue la semilla del terrorismo islamista contra los estadounidenses y otros extranjeros que surgió en décadas posteriores.[5]

Aunque la guerra se abatía sobre Afganistán, también devastó los cercanos Irak e Irán, que se enzarzaron en una salvaje confrontación que se prolongó desde 1980 hasta 1988, y en la que los iraquíes utilizaron armas químicas contra civiles y militares. La Unión Soviética apoyó de mala gana a ambos contendientes, pero sobre todo a Irak. Estados Unidos respaldó a Irak de manera abierta y encubierta con distintos recursos: ayuda económica, inteligencia militar vía satélite, venta de armas y venta de tecnología de uso múltiple, así como de patógenos químicos y biológicos.[6]

Como siempre, es imposible dar una estimación precisa de los costes humanos de estas guerras de la guerra fría. En la guerra de Corea, el número total de bajas de todos los combatientes (sobre todo soldados chinos, norcoreanos y surcoreanos, más un número comparativamente pequeño de soldados estadounidenses y de las Naciones Unidas caídos en

combate), puede cifrarse aproximadamente en unas 800.000, mientras que el número de víctimas civiles, contando las de Corea del Norte y del Sur, posiblemente dobló esta cantidad. Algunas fuentes manejan unas cifras considerablemente superiores. En cuanto a Vietnam, en 1995 el gobierno comunista del país estimó que entre 1955 y 1975 murieron dos millones de civiles y 1,1 millón de combatientes comunistas del ejército norvietnamita y de los insurgentes del Vietcong. Si a ello le sumamos las 300.000 bajas de personal del ejército survietnamita, el posible número de bajas vietnamitas asciende a 3,4 millones de personas. Por parte estadounidense, en 2015, en el memorial de los veteranos de Vietnam en Washington, D. C., figuraban 58.307 nombres, 1.200 de los cuales estaban identificados como desaparecidos en combate y presuntamente muertos. Las pérdidas militares en la guerra soviético-afgana, incluyendo a los muyahidines, seguramente superaron las 100.000, y las bajas civiles pueden haber oscilado desde las 850.000 hasta casi el doble de esta cifra. Muchos millones de afganos —posiblemente un tercio de la población del país— huyeron del país, quizá dos millones más fueron desplazados de sus hogares. En la guerra Irán-Irak, las estimaciones del número de bajas oscilan desde las cifras oficiales de 250.000 iraquíes y 155.000 iraníes hasta más de un millón.[7]

Las guerras de Corea, Vietnam y la soviético-afgana fueron, en mayor o menor medida, «guerras por sustitución», en las que el choque ideológico entre el comunismo y anticomunismo era evidente. Al mismo tiempo, también se produjeron conflictos civiles autóctonos exacerbados por intrusiones extranjeras. La intervención de China en la guerra de Corea en octubre de 1950, cuando parecía que las fuerzas estadounidenses amenazaban sus fronteras, es un buen ejemplo de la naturaleza poliédrica de la guerra y de los conflictos posteriores a la segunda guerra mundial. Solo hacía un año que las fuerzas comunistas de Mao Zedong habían consolidado su victoria sobre las diezmadas fuerzas nacionalistas de Jiang Jieshi, tras cuatro años de sangrienta guerra civil que se cobró al menos un millón de vidas y, según ciertas estimaciones, muchas más.[8]

Podemos considerar que la difícil situación de China refleja la naturaleza laberíntica de la segunda guerra mundial y de sus legados. En la propia China, la agresión japonesa allanó el camino a la victoria comunista. En Asia en general, la fallida guerra japonesa asestó un golpe fatal a los colonialismos británico, holandés y francés, dejando tras de sí un legado de conflictos civiles amargamente controvertidos y guerras de liberación antiimperialistas. La propia guerra de Corea surgió a partir de profundos cismas internos que se remontaban a la época del gobierno colonial japonés desde 1910 hasta 1945; unos cismas exacerbados por las potencias aliadas victoriosas, que en 1945 decidieron dividir el país en dos zonas, la soviética y la estadounidense en el paralelo treinta y ocho.

Bajo el pabellón de «potencias aliadas» contra «potencias del eje» y naciones-estado combatiendo a naciones-estado, en el transcurso de la segunda guerra mundial tuvieron lugar numerosos conflictos secundarios que de una manera u otra se arrastraron al mundo de la posguerra. Guerras civiles enquistadas bajo la apariencia de unidad durante la gran contienda. La discordia entre los otrora aliados era generalizada, ostensiblemente entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Tanto en el escenario europeo como en el asiático, los paramilitares irregulares y la guerra de guerrillas complementaron el choque de enormes fuerzas mecanizadas. Los movimientos anticoloniales cobraron fuerza, una premonición de las «guerras de liberación nacional» que agitarían Asia y África en los años de la posguerra. En todas partes se produjeron atrocidades y las masacres no fueron nada excepcional. El holocausto nazi anticipó un mundo de posguerra en el que los genocidios y otros asesinatos masivos seguirían ocurriendo con una frecuencia estremecedora.[9]

La recopilación financiada por la CIA y titulada «Major Episodes of Political Violence», por ejemplo, enumera 331 episodios de «violencia internacional, civil, étnica, comunitaria, genocida y guerra», entre 1946 y 2013 en los cuales se habían registrado más de quinientas muertes. De este total, 222 ocurrieron antes de 1990. De este recuento se excluyeron «el número mucho más elevado de personas directa e indirectamente, física y psicológicamente, trastornadas y angustiadas a causa de la violencia durante

los episodios de conflicto armado (número para el cual no hay procedimiento de estimación)».[10]

Aun con tales limitaciones, las estimaciones de muertes que aparecen en la recopilación resultan estremecedoras. En un orden aproximadamente cronológico, entre las estimaciones figuran 500.000 muertos en la lucha por la independencia contra los franceses en Indochina entre 1945 y 1955; un millón de muertos en la partición de India y Pakistán entre 1946 y 1948; 250.000 víctimas en «la violencia» en Colombia entre 1948 y 1960; 100.000 muertes relacionadas con la lucha de Argelia para independizarse de Francia entre 1954 y 1962; 500.000 muertos en la guerra étnica en Sudán entre 1956 y 1972; 100.000 muertos en la guerra étnica en Zaire entre 1960 y 1954; 150.000 kurdos muertos en Irak entre 1961 y 1993; 500.000 presuntos comunistas, la mayoría chinos, asesinados por el gobierno en Indonesia entre 1965 y 1966; 200.000 muertos en las luchas étnicas en Nigeria entre 1966 y 1970; alrededor de 500.000 chinos muertos en la revolución cultural entre 1966 y 1975; 150.000 indígenas asesinados en Guatemala entre 1966 y 1996; un millón de víctimas en la guerra étnica entre Pakistán y Bangladesh en 1971; 250.000 muertos en la guerra étnica en Uganda entre 1971 y 1978; 750.000 eritreos y otros muertos en la guerra étnica en Etiopía entre 1974 y 1991; 1,5 millones de camboyanos exterminados por los genocidas jemeres rojos en Camboya entre 1975 y 1978; 1 millón de muertos en la guerra civil de Angola que empezó en 1975 y continuó hasta 2002; 180.000 muertos por el gobierno indonesio en la «guerra colonial» en Timor Oriental entre 1976 y 1992; 500.000 bajas de guerra civiles en Mozambique entre 1981 y 1992; y un millón de muertos en una nueva guerra étnica en Sudán entre 1983 y 2002.

A esta lista a modo de muestra pueden añadirse otros episodios de trágica violencia masiva, y el redondeo de las cifras puede corregirse. Sin embargo, no cabe duda de la magnitud e intensidad del sufrimiento, sobre todo en el que suele denominarse Tercer Mundo. Otras bases de datos bien conocidas presentan unas cifras distintas, aunque igualmente estremecedoras. El

proyecto Correlates of War (COW), por ejemplo, cataloga las muertes acaecidas en conflictos formales desde 1816, tomando como punto de partida la cifra de mil muertos en combate. Para el período comprendido entre 1945 y 2007, el COW especifica 242 guerras y concluye que «se han producido más de dos millones de muertes en combate en todo el mundo en prácticamente todas las décadas posteriores a la segunda guerra mundial».[11] Los datos que abarcan desde 1946 hasta 2013 compilados por el Uppsala Conflict Data Program (UCDP), en Suecia, registran «254 conflictos armados (114 guerras)» ocurridas durante ese período. De este total, 110 conflictos armados (67 guerras), tuvieron lugar antes de 1989, y 144 conflictos amados (47 guerras), en los años posteriores.[12]

Estados Unidos tuvo poco o ningún impacto en estos conflictos, aunque sí ejerció gran influencia en algunos de ellos. Entre 1946 y el final del siglo XX, el ejército estadounidense participó unilateralmente o lideró fuerzas de coalición en unos doce conflictos, además de las guerras de Corea y Vietnam. Entre estos conflictos se encuentran los de Líbano (1958); Cuba (la invasión abortada en la bahía de Cochinos en 1961); la República Dominicana (1966-1967); Líbano otra vez (1982-1983); la isla de Granada (1983); Panamá (1989-1990); la guerra del Golfo (1991); las «zonas de exclusión aérea» sobre Irak (1991-2003); Somalia (1992-1993); Haití (1994-1995); Bosnia (1994-1995), y Kosovo (1998-1999).

Otras compilaciones más amplias, incluyendo informes del gobierno, detallan «cientos de ejemplos en los que Estados Unidos ha empleado sus fuerzas armadas en el extranjero en situaciones de conflicto militar o conflicto potencial o para otros fines no habituales en época de paz». Muchas de estas intervenciones implicaron misiones multinacionales aprobadas por las Naciones Unidas o la OTAN. Gran número de ellas se enviaron con la justificación de promover la democracia o de proporcionar ayuda humanitaria. Otras fueron en respuesta a la llamada de gobiernos extranjeros o emprendidas para proteger o evacuar a ciudadanos estadounidenses que aparentemente se encontraban en situaciones peligrosas. Un pequeño número de ellas respondió a provocaciones e incidentes antiestadounidenses.[13]

Incluso fuentes del gobierno reconocen que muchas de estas operaciones no sirvieron para nada o que contribuyeron a acontecimientos reaccionarios y represivos en los países en cuestión, y esto solo es la punta del iceberg. En la práctica, y dirigidas principalmente por la CIA, Estados Unidos también llevó a cabo cientos de intervenciones encubiertas, clandestinas, o que en el mejor de los casos pasaron prácticamente desapercibidas salvo en los lugares en las que se produjeron. Estas acciones secretas tuvieron lugar fuera del radar del procesamiento de datos numéricos convencional. Técnicamente, la distinción del Pentágono entre operaciones «encubiertas» y «clandestinas» consiste en que las primeras ocultan la identidad de los autores, o permite una «negación plausible» por su parte, mientras que la segunda intenta que la operación no salga a la luz. En realidad, esta distinción suele difuminarse y estas operaciones y quienes las perpetran —por criminal que sea su actividad, y por mucho que se expongan— nunca tienen que rendir cuentas.

Las revelaciones sobre tales actividades proceden de testimonios de antiguos miembros de la CIA arrepentidos, de investigaciones esporádicas del Congreso de ciertas transgresiones concretas y del tenaz periodismo de investigación. Por ejemplo, una fuente cuidadosamente documentada detalla ochenta y una grandes «operaciones encubiertas» entre 1945 y la disolución de la Unión Soviética en 1991.[14] Estas revelaciones se suman a un expediente de conductas atroces e inmorales del tipo que las personas que creen firmemente en la virtud de la misión estadounidense en la guerra fría suelen asociar con la opresión fascista o comunista. Todo esto alimenta la industria artesanal de las cínicas novelas y películas de espionaje que han gozado de tanta popularidad desde la posguerra hasta ahora. Sin embargo, para las naciones, comunidades, grupos, familias e individuos extranjeros que se convirtieron en objetivos durante la larga guerra fría y las décadas posteriores a la misma, no se trata de ficción.

Las raíces de estas actividades se remontan hasta el precursor de la CIA en la segunda guerra mundial, la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), cuyo objetivo era aplastar a los enemigos y desestabilizar gobiernos y sociedades consideradas hostiles. Un ejemplo prosaico de este linaje es un

opúsculo clasificado de la OSS titulado *Simple Sabotage Field Manual*, escrito básicamente para las posibles operaciones en Europa. Dicho folleto fue sustancialmente actualizado y distribuido por la CIA en la década de 1980 en la forma de un panfleto ilustrado en inglés y español con el objetivo de desestabilizar Nicaragua, entonces bajo un gobierno de izquierdas.[15]

En la práctica, las actividades de la CIA encaminadas al sabotaje, la desestabilización y la represión o destrucción de movimientos comunistas, socialistas y progresistas, sobre todo en el Tercer Mundo, lo fueron todo menos sencillas. Entre las operaciones en el lado oscuro se cuentan la comisión de asesinatos o la incitación a los mismos; el apoyo a dictadores de derechas y a los escuadrones de la muerte; el patrocinio o apoyo a golpes de estado en Irán, Guatemala, Siria, Irak, Vietnam del Sur, Chile e Indonesia; el entrenamiento y soporte a policías extranjeras para practicar tácticas represivas y criminales (en Camboya, Colonia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Irán, Irak, Laos, Perú, Filipinas, Corea del Sur, Vietnam del Sur y Tailandia, entre otros lugares); el reclutamiento de europeos y sudafricanos blancos para combatir en países africanos como Angola y el Congo; el tráfico de drogas y de armas (para ayudar a financiar las operaciones encubiertas); la gestión de prisiones secretas; la implicación, directa o indirecta, en asesinatos, torturas, bombardeos para sembrar el terror y el sabotaje económico; el fomento de la desinformación; la creación y financiación de organizaciones académicas y políticas manifiestamente «liberales»; la manipulación de elecciones claramente democráticas (incluso en grandes países como Italia y Japón), desviando dinero para favorecer a los candidatos o partidos conservadores de derechas.

Un desgraciadamente famoso proyecto de la CIA cuyo nombre en clave era MKUltra, que estuvo en activo desde principios de la década de 1950 hasta 1973, involucró a numerosas instituciones estadounidenses, como universidades y hospitales, en unos experimentos secretos de «control mental» para mejorar las torturas y los interrogatorios. Otros proyectos también conocidos, como la denominada «Operación CAOS», se centraron

en la disidencia interna en EE. UU. sobre todo, aunque no exclusivamente, durante la guerra de Vietnam, en las décadas de 1960 y 1970. En este último caso, la justificación era que esos movimientos de protesta reflejaban la influencia extranjera.[16]

En 1987, una organización fundada por varios antiguos funcionarios decepcionados de la CIA, hizo pública una declaración denunciando «las operaciones encubiertas llevadas a cabo por Estados Unidos que mataron, hirieron y aterrorizaron a millones de personas cuyos países no estaban en guerra con el país, ni poseían la capacidad de hacer ningún daño físico de consideración a EE. UU., que no albergaban ninguna mala intención contra el país y eran totalmente ajenos a los asuntos del "comunismo" o del "capitalismo"». Sin ofrecer detalles concretos, estos antiguos operativos arrepentidos afirmaron que «al menos seis millones de personas murieron a consecuencia de las operaciones encubiertas llevadas a cabo por Estados Unidos desde la segunda guerra mundial».[17]

Varios acontecimientos ocurridos en la última década de la guerra fría hicieron que la presencia militar y paramilitar estadounidense en el extranjero alcanzase unos nuevos niveles cuantitativos y cualitativos. Uno de ellos fue la implantación de las políticas presidenciales conocidas como la «doctrina Carter» (en 1980) y la «doctrina Reagan» (desde 1981 hasta 1989), que redefinieron los objetivos y las misiones estratégicas. Otro fue la intensificación de las actividades encubiertas y clandestinas de la CIA en el hemisferio occidental y en Oriente Medio, que implicaban las habituales tácticas de infiltración, subversión, tortura y terror. Otra circunstancia que se produjo a finales de la guerra fría fue la adaptación de la tecnología digital y de otros avances a los sistemas armamentísticos y a las estructuras de los mandos militares conjuntos, todo ello resumido en la frase «la revolución de los asuntos militares». Política y tecnología fueron de la mano en 1990-1991, cuando el dictador iraquí Sadam Husein invadió Kuwait y desencadenó la guerra del Golfo en el mismo momento en el que la Unión Soviética se desmoronaba.

La doctrina Carter tomó su nombre del presidente Jimmy Carter, y fue una respuesta a dos acontecimientos que tuvieron su génesis en 1979: la revolución islámica que derrocó al régimen cliente de Washington en Irán, y la intervención militar soviética en Afganistán. En ambos casos, la preocupación podía resumirse en una palabra: petróleo. El 23 de enero de 1980, en el último discurso sobre el estado de la Unión de su presidencia, Carter resaltó tres retos internacionales: la proyección del poder soviético fuera de sus fronteras, «la abrumadora dependencia de las democracias occidentales de los suministros de petróleo de Oriente Medio», y el cambio turbulento que experimentaba el mundo en desarrollo «ejemplificado por la revolución en Irán».[18]

Aunque la apuesta de Carter para un segundo mandato como presidente fracasó, su «doctrina» sentó las bases para reforzar la estructura de guerra estadounidense, especialmente en el gran Oriente Medio. Menos de dos meses después de su discurso, Carter supervisó la creación de una Fuerza Conjunta de Despliegue Rápido que conectaba las cuatro grandes ramas militares (Ejército de Tierra, la Armada, las Fuerzas Aéreas y los Marines). En el plazo de dos años esta fuerza se convirtió en el Mando Central (CENTCOM), responsable de las operaciones en sudoeste asiático, Asia central y el golfo Pérsico. Al mismo tiempo, se aumentó la presencia naval estadounidense en el golfo Pérsico, iniciándose lo que un oficial de la marina describió como «un período de expansión sin precedentes en la época de la posguerra».[19] Simultáneamente, el consejero de Seguridad Nacional de Carter, Zbigniew Brzezinski puso en marcha la efectiva aunque miope política de apoyar a los muyahidines afganos que combatían a las tropas soviéticas en su país. Dirigidas principalmente por la CIA, el objetivo de estas misiones ultrasecretas era, según Brzezinski, «hacer que los soviéticos se desangren todo lo posible y durante el mayor tiempo posible».[20]

El sucesor de Carter, Ronald Reagan, heredó estas iniciativas y siguió con ellas, pese a que menospreciaba las políticas de sus predecesores. En su campaña presidencial, Reagan prometió «unir a todas las personas de todas las procedencias y credos en una gran cruzada para restaurar la América de

nuestros sueños». Para ello, prosiguió —en palabras que seguramente complacieron al fantasma de Henry Luce— era preciso repudiar las políticas que habían dejado a las defensas de la nación «por los suelos», y «trabajar mejor para exportar el americanismo».

Una de las consignas más repetidas de la campaña de Reagan era la necesidad de exorcizar «el síndrome de Vietnam» que hizo que los estadounidenses pensasen en esa guerra «como si nosotros hubiéramos sido los agresores empeñados en conquistas imperialistas». Y declaró que, «en realidad, la guerra había sido «una causa noble», y que, de hecho, el síndrome fue creado por «los agresores vietnamitas», cuyo objetivo era «ganar en el campo de la propaganda aquí en América lo que no pudieron ganar en el campo de batalla en Vietnam». Reagan denunció las negociaciones para la limitación de armas que permitieron que los soviéticos se embarcasen en «una acumulación unilateral de armas nucleares», despertando la alarma en un mundo en el que «los soviéticos y sus amigos» tomaban la delantera «ante el declive del poder estadounidense», comprometiéndose a restaurar «los medios y la determinación para imponerse» si el país se viese obligado a luchar.[21] Tras ganar la presidencia, su administración se apresuró a descartar los intentos de Carter para que los derechos humanos fueran una norma real a tener en cuenta a la hora de planificar la política extranjera.

Ciertamente, el que la Unión Soviética hubiese acabado de invadir Afganistán reforzó la credibilidad de las acusaciones de expansionismo soviético. Como presidente, Reagan actuó resueltamente para cumplir las promesas de su campaña. Centró su interés en la creación de una flota de seiscientos barcos, y estuvo a punto de conseguirlo (cuando dejó el poder en 1989 había 591 acorazados). En 1987, el presupuesto anual de defensa fue, aproximadamente, un 40 % superior al de 1980, y la partida para la adquisición de armas se había duplicado. En esos años se produjeron nuevas armas, entre las que se contaban las municiones de precisión guiada e indetectables sumamente importantes para la revolución en los asuntos militares.[22] En 1987 también presenció la creación de un Mando Unificado de Operaciones Especiales (SOCOM), para coordinar

operaciones encubiertas y clandestinas de las fuerzas especiales que representaban todas las ramas de las fuerzas armadas.

Bajo la doctrina Reagan, la CIA intensificó sus operaciones encubiertas. La ayuda a los insurgentes afganos llegó a ser una de sus intervenciones más prolongadas, cuyo nombre en clave era Operación Ciclón y que en gran medida fue dirigida a través de la hermética Agencia de Interservicios de Inteligencia de Pakistán. Complementada con la ayuda de Arabia Saudí, Inglaterra, Egipto y China (la ruptura chino-soviética estaba en marcha), esta operación consistió en apoyo financiero, entrenamiento y armas. Entre 1986 y 1988, el armamento proporcionado por parte estadounidense incluía posiblemente 2.300 misiles Stinger tierra-aire portátiles para ser empleados contra los helicópteros, reactores y aviones de transporte soviéticos.[23]

La administración Reagan también se apresuró a exorcizar simbólicamente el síndrome de Vietnam. En otoño de 1983, bajo el nombre en clave de Operación Furia Urgente, se puso en marcha la invasión de Granada, una pequeñísima nación isleña en el Caribe, con una población de unas 91.000 personas que estaba inmersa en conflictos políticos entre facciones de izquierdas. Unos 7.300 soldados invadieron la isla, unas tropas que estaban distribuidas principalmente en unidades especiales de despliegue rápido procedentes de las cuatro ramas del ejército (un adelanto de las disposiciones que más adelante se formalizarían bajo el Mando de Operaciones Especiales).

Las hostilidades se prolongaron desde el 25 de octubre hasta el 15 de diciembre. El 2 de noviembre, la Asamblea General de Naciones Unidas, mediante una votación de 108 a 9, condenó la invasión como una «flagrante violación del derecho internacional». Las pérdidas estadounidenses ascendieron a diecinueve muertos y nueve helicópteros destruidos. Se estimó que en la otra parte las bajas fueron menos de cien, entre las que se contaban cuarenta y cinco militares granadinos, veinticinco paramilitares cubanos y al menos veinticuatro civiles, dieciocho de los cuales murieron debido al bombardeo accidental de un hospital mental. Posteriormente, el ejército otorgó más de cinco mil medallas al mérito al valor a los participantes en la Operación Furia Urgente.

Tras la estela de una guerra «no ganada» en Corea, de la humillante derrota en Vietnam, la impactante revolución en Irán y el ataque terrorista suicida en el que perdieron la vida 241 marines estadounidenses en un acuartelamiento en Beirut (Líbano) solo dos días antes de la invasión, esta victoria minúscula impulsó al presidente a exclamar exultante: «Nuestras fuerzas militares se han recuperado y han levantado cabeza», frase que se convirtió en titular de portada en el *New York Times*.[24]

Más duradero y letal que la Operación Furia Urgente fue el empeño de la nueva administración de hacer sentir su presencia en toda Latinoamérica. Ello significó prescindir de toda preocupación por los derechos humanos e intensificar la actividad «anticomunista» abierta y encubierta en toda la zona; un estudio de caso sobre las guerras por sustitución y terrorismo vicario que bien merece un capítulo aparte.

5

Guerras por sustitución y terror vicario

La larga y en general vergonzosa historia de las intervenciones abiertas y encubiertas de Estados Unidos en Sudamérica y en América Central se remonta al siglo XX. Antes de la segunda guerra mundial, estas incursiones, habitualmente emprendidas para defender intereses comerciales estadounidenses, llegaron a implicar prolongadas ocupaciones militares en Nicaragua (1912-1933) y Haití (1915-1934). Durante la guerra fría, las intervenciones fueron más clandestinas, aunque igualmente inexorables. John Coatsworth, un eminente estudioso de la historia económica e internacional latinoamericana, calcula que entre 1948 y 1990 el gobierno estadounidense «procuró el derrocamiento de al menos veinticuatro gobiernos en Latinoamérica: cuatro empleando directamente sus fuerzas militares, tres mediante revueltas o asesinatos orquestados por la CIA, y diecisiete instigando a los ejércitos y a las fuerzas políticas locales a que interviniesen sin la participación directa de EE. UU., normalmente mediante *coups d'état* militares».[1]

Entre las intrusiones más notables de la posguerra tenemos el derrocamiento de gobiernos democráticamente elegidos en Guatemala (1954), Brasil (1964) y Chile (1973). Sin embargo, nada obsesionaba tanto a los estadounidenses atentos a lo que pasaba en el sur como el acontecimiento político que Washington era incapaz de manipular: la revolución cubana que depuso al dictador Fulgencio Batista en los primeros días de 1959. Esta revolución marxista en el Caribe, se agravó por la preocupante crisis de los misiles nucleares en 1962, cuando Estados Unidos descubrió que se estaban instalando misiles nucleares en Cuba. A partir de entonces, los asesores en Washington y sus aliados de derechas en toda América Latina emplearon el argumento de «impedir otra Cuba» para justificar la adopción de medidas drásticas contra los movimientos disidentes internos en todos los frentes: desde agitadores marxistas militantes, pasando por socialistas y liberales hasta cualquier persona crítica con el *statu quo* u ocupada en trabajar para aliviar la miseria entre los pobres rurales y urbanos.

A mediados de la década de 1960, una investigación del Congreso informó que «había encontrado pruebas concretas de al menos ocho complots que implicaban a la CIA para a asesinar al líder cubano Fidel Castro desde 1960 hasta 1965».[2] Los medios de comunicación se hicieron amplio eco de ello. Más difícil de comprender, o incluso de ver, era la manera habitual en la que las policías estatales al sur de la frontera coordinaban secretamente sus medidas represivas sobre los críticos de todas las tendencias, invariablemente en nombre del anticomunismo e invariablemente con el apoyo estadounidense.

En 1963 se dio un paso decisivo para consolidar este apoyo, cuando la administración del presidente John F. Kennedy encargó a una institución militar, la Escuela de las Américas (SOA),* fundada en 1946 e inicialmente radicada en Panamá con un nombre distinto, que entrenase a los oficiales militares y a la policía de América Central y del Sur para realizar labores de contrainteligencia y contrainsurgencia. Las clases de la SOA se impartían sobre todo en español. A finales de siglo, la escuela había entrenado a unos cincuenta y cinco mil oficiales, más unos mil policías y civiles de veintidós

o veintitrés países. Un número sorprendentemente alto de sus graduados se convirtieron en importantes dirigentes de las «guerras sucias» que arrasarían Argentina, Chile, Colombia, Guatemala, Perú, El Salvador, Ecuador, Honduras, Panamá y Nicaragua. Con el tiempo, la SOA se hizo acreedora de sobrenombres despectivos como Escuela de Asesinos, Escuela de Dictadores o Escuela de Golpes de Estado.[3]

Tomar partido en guerras sucias fue algo habitual en los conflictos por sustitución que entablaron Estados Unidos y la Unión Soviética en todo el mundo e hicieron añicos la denominada «larga paz» de la guerra fría. En Latinoamérica, estas actividades corrieron sobre todo a cargo de Estados Unidos, que proporcionó financiación, entrenamiento, asesoramiento organizativo y operativo, armas, inteligencia logística, etc., a regímenes autoritarios implicados en actividades «antisubversivas», así como a movimientos de derechas dedicados a subvertir a gobiernos reformistas y de izquierdas. Así fue como Washington se vio apoyando el terror de Estado por una parte y el terror contra el Estado por otra.

La Operación Cóndor, una campaña transnacional ultrasecreta de terror instigada por el estado en Sudamérica, fue la beneficiaria de la ayuda encubierta estadounidense del primer tipo. Iniciada a finales de la década de 1960 y formalmente consolidada en 1975, Cóndor implicó la colaboración de la inteligencia transfronteriza, así como detenciones, secuestros, entregas, interrogatorios, torturas, asesinatos y ejecuciones extrajudiciales entre los regímenes dictatoriales en países del «cono Sur» como Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Paraguay y Bolivia, a los que posteriormente se unieron Ecuador y Perú. Entre cincuenta y sesenta mil personas parecen haber sido asesinadas o «desaparecidas» en las acciones dirigidas por la Operación Cóndor en las décadas de 1970 y 1980, con miles de personas encarceladas y en muchos casos torturadas. Muchas de esas víctimas fueron exiliados que tuvieron que huir de sus países de origen y que en su calidad de refugiados participaron en campañas en defensa de los derechos humanos.[4]

Los objetivos de este terror de Estado conjunto iban más allá de los militantes armados y marxistas declarados, e implicaban a cualquier

persona que criticase a los regímenes de derechas existentes o que defendiese la justicia social. Esto se exponía no solo en las estancias secretas de las juntas gobernantes, sino también en el entrenamiento que la CIA y la SOA proporcionaban. Tenemos una clara panorámica de esta tutela a partir de los manuales de instrucciones desvelados durante las décadas de 1980 y 1990, a los que todos los medios de comunicación calificaron como «manuales de tortura».

En esos densos manuales, muchos de ellos traducidos al español, los términos que solían emplearse para estigmatizar a críticos y disidentes eran «insurgente» y «guerrilla». *Terrorism and the Urban Guerrilla*, una guía didáctica utilizada por la SOA en 1987 para sus clases en castellano, lo explicaba sucintamente: «Ejemplos de organizaciones o grupos hostiles son los grupos paramilitares, los sindicatos y los grupos disidentes». Otro manual de la SOA, *Handling of Sources*, es aún más explícito: «El agente de CI [contrainteligencia] debe considerar que todas las organizaciones son posibles simpatizantes de la guerrilla... Infiltrando informadores en las organizaciones juveniles, obreras, políticas, empresariales, sociales y benéficas, podemos identificar las organizaciones entre cuyos miembros hay guerrilleros». Los manuales de instrucción mencionan constantemente que la identificación de objetivos explícitos debe efectuarse también entre los refugiados, los partidos políticos, las organizaciones campesinas; entre los intelectuales, maestros y estudiantes, sacerdotes y monjas, etc. Una cita espantosa traducida de un manual de tortura describe a qué grupos objetivos hay que investigar: «los trabajadores religiosos, los sindicalistas, las asociaciones estudiantiles y otros colectivos solidarios con la causa de los pobres».[5]

Tras asumir el poder en 1981, la administración Reagan entró en este mundo violento con una pasión sin límites y una cruel indiferencia ante las verdaderas situaciones sobre el terreno. Pese a las numerosas pruebas en sentido contrario, se afirmó una y otra vez que el enemigo era el comunismo monolítico dirigido desde Moscú y encabezado por su aprendiz cubano. Tal como lo veían los responsables de formular las políticas en 1980, la amenaza era especialmente alarmante en América Central.

Guatemala, donde la represión brutal ya había hecho acto de presencia desde el golpe de la CIA en 1954, siguió siendo sometida a una atención especial. El Salvador y Nicaragua también se convirtieron en los objetivos de fervientes campañas de contrainsurgencia e insurgencia. En El Salvador, la agenda «anticomunista» implicaba apoyar a un régimen dictatorial contra todos y cada uno de sus opositores. En Nicaragua, la situación se invirtió. En ese país, la administración Reagan dedicó una energía casi evangélica para fomentar y apoyar a la contra, una campaña de «guerrilla» terrorista contra el gobierno sandinista de izquierdas que, en 1979, con un considerable apoyo popular, había derrocado a la brutal dictadura de la familia Somoza, que se remontaba a 1936 y que contaba con el apoyo estadounidense.

La divulgación de textos clasificados y otras informaciones inquietantes relativas a las actividades encubiertas de EE. UU. en Centroamérica se produjo de manera esporádica pero constante entre mediados de la década de 1980 y la de 1990. Gran parte de esta información se centraba en el sensacional (y absurdo) escándalo Irán-Contra de la era Reagan que se destapó en 1986 y que implicaba un escabroso complot para obtener fondos para los insurgentes de derechas en Nicaragua empleando a Israel como intermediario para vender armas al fundamentalista y antiestadounidense Irán, que las emplearía en su guerra con Irak (país que también contaba con el apoyo de EE. UU.). Los materiales escritos menos recordados de la CIA y de la SOA que salieron a la luz durante esos años existían a bajo nivel en la jerarquía de la actividad clandestina y no eran documentos políticos, pero aun así causaron una conmoción. Esos documentos ofrecen una panorámica de la mentalidad imperante tras las actividades encubiertas anticomunistas, y un estudio de caso gráfico de lo que «exportar el americanismo» en esa última década de la guerra fría implicaba sobre el terreno.

El primer manual de instrucciones importante que llegó al público fue una guía en español elaborada por la CIA para la Contra. Titulado *Psychological Operations in Guerrilla Warfare* en el borrador original en inglés, este texto de ochenta y nueve páginas causó una gran conmoción en Estados Unidos cuando los periodistas lo sacaron a la luz en 1984. Por

ejemplo, tras presentarlo como «un manual sobre insurgencia, un libro "práctico" en la lucha por los corazones y las mentes», la revista *Time* proseguía diciendo: «Algunas de las "técnicas de persuasión" son benignas: ayudan a los campesinos a recolectar su cosecha, se les enseña a leer y a mejorar su higiene. Otras son decididamente brutales: asesinatos, secuestros [*sic*], chantaje, violencia callejera. Podría ser un manual para el Vietcong o para los rebeldes apoyados por Cuba en El Salvador. Si este hubiera sido el caso, probablemente la administración lo blandiría como prueba de la tesis sobre las fuentes del pérfido terrorismo mundial».[6]

Complementando el *Psychological Operations* y también desvelado en 1984, hubo otro proyecto de la CIA en español: un panfleto en forma de cómic lanzado desde el aire en Nicaragua. Titulado *Manual del combatiente por la libertad*, era tan tosco y rudimentario como despiadado era el *Psychological Operations*, pero aun así alarmante a su manera en tanto que ejercicio de actividad terrorista de baja intensidad. Este panfleto instruía a los ciudadanos en montones de actos de vandalismo (corte de cables, sabotaje de maquinaria, poner desperdicios o agua en tanques de gasolina, provocar incendios, liberar a los animales de granja, etc.), que podrían contribuir a poner de rodillas al gobierno sandinista.[7]

Los manuales de tortura, que llegaron con retraso a la opinión pública en la década de 1990, consistían en siete textos en español de la SOA que sumaban un total de 1.169 páginas. Estos textos fueron distribuidos a oficiales militares en once países centroamericanos y sudamericanos entre 1987 y 1991 y también fueron utilizados por los formadores de la Escuela de las Américas. Los manuales reflejaron materiales didácticos empleados desde 1982, cuando la administración Reagan abandonó la preocupación por los derechos humanos tímidamente iniciada durante la presidencia de Carter. Estos recursos de la SOA se complementaron con dos manuales de «contrainteligencia» de la CIA, uno reciclado desde 1963, y otro fechado en 1983 que esencialmente lo replicaba.[8]

Aunque los manuales de tortura dejan entrever el desprecio generalizado de Washington hacia la democracia, los derechos humanos y el estado de derecho en lo relativo a las operaciones encubiertas, también

arrojan luz en otras direcciones. Una de ellas es el celo con el que se toman medidas que permitan negar de manera plausible lo que en realidad se está fomentando. Desde el punto de vista retórico, esto se hacía con eufemismos y concesiones al decoro: a los escuadrones de la muerte se les llamaba «comandos por la libertad» y «combatientes por la libertad», por ejemplo, y se promocionaron consignas como la de luchar «por Dios, la patria y la democracia». En cuanto al procedimiento, una medida de negación plausible fue la de dirigir la actividad de la CIA y de la SOA hacia la pedagogía más que hacia la práctica real de la violencia, sin llamar la atención sobre el hecho de que esa formación consistía en enseñar a militares, paramilitares y fuerzas policiales de derechas cómo actuar de la manera más eficiente para infiltrarse, participar en interrogatorios, torturas, en el terror y en la «neutralización» de los presuntos enemigos.

Cuando estos manuales se hicieron públicos la previsible maquinaria de la «diplomacia pública» de Washington se puso en marcha. Los manuales de la SOA fueron declarados «incompatibles con la política estadounidense». También se dijo que los cursos que ofrecía la escuela tenían en cuenta el respeto a los derechos humanos. Los pasajes «inaceptables y censurables» no superaban las dos docenas y, en cualquier caso, no eran más que un «error» cometido por un oficial novato desacertado que trabajó con «materiales de inteligencia desfasados». Los enunciados problemáticos se habían «pasado por alto en la revisión». «Unas cuantas manzanas podridas» habían fomentado o practicado la tortura. Y, en cualquier caso, los excesos se habían «corregido».[9]

Esto solo fue, como lo son todas las evasivas, un ejercicio de hipocresía. Ciertamente, los manuales eran prolijos y su lectura pesada, pero lo que los profesores de la SOA recalcaban y sus estudiantes encontraban más atractivo era precisamente lo que hizo que a estos materiales se les llamase «manuales de tortura». Esto fue confirmado por el mayor Joseph Blair, un operativo encubierto que (al igual que los miembros arrepentidos del clero nuclear y los agentes contritos y elocuentes de la CIA), al final volvió del frío. Blair ocupó un cargo de responsabilidad en la administración del programa de asesinatos Phoenix —un programa dirigido por la CIA durante

la guerra de Vietnam cuyo objetivo era exterminar a toda costa a cualquier enemigo— y que a principios de la década de 1980 se trasladó a la SOA, donde fue profesor ayudante del autor de los polémicos manuales. Entrevistado en 1997, tras haberse retirado en 1989, Blair explicó que «fundamentalmente se usaban manuales que ya se habían empleado en la guerra de Vietnam para las técnicas de obtención de información por parte de nuestros servicios de espionaje. Estas técnicas incluían homicidios, asesinatos, torturas, extorsiones y falsos encarcelamientos».

Volviendo al argumento según el cual los pasajes censurables solo eran una minúscula parte de las más de 1.100 páginas de los manuales de adiestramiento de la SOA, Blair señaló que «los oficiales responsables de los cursos de espionaje empleaban un plan de estudios que recogía los peores materiales recogidos en los siete manuales. Ahora dicen que las páginas de esos manuales que violaban claramente las leyes estadounidenses solo eran dieciocho o veinte. En realidad, esos mismos pasajes eran el núcleo de la instrucción». En cuanto a la afirmación de que los instructores de la SOA se ocupaban de enseñar derechos humanos, Blair señaló que a ello solo se dedicaba unas horas y que tanto profesores como alumnos se lo tomaban absolutamente en broma.[10]

Como dijo Blair, gran parte de las enseñanzas que la CIA y la SOA difundieron a propósito del «contraespionaje» y la «contrainsurgencia» fue esencialmente reformulado a partir de materiales que la agencia desarrolló en las décadas de 1950 y 1960. Su manual —titulado *KUBARK Counterintellgence Interrogation* (siendo KUBARK el nombre en clave de la CIA)— consiste en 128 páginas mecanografiadas y se lee como si fuera la tesis de un estudiante de posgrado. Con abundantes notas bibliográficas, el texto resume las últimas investigaciones de la bibliografía psicológica y psiquiátrica sobre cómo explotar las vulnerabilidades humanas de la manera más eficiente, si es posible sin coacciones y, en caso contrario, recurriendo a ellas. (De esta manera tan peculiar, este barniz académico refleja otro legado de la segunda guerra mundial: la movilización para la guerra de las ciencias sociales «aplicadas».)[11]

Tanto el *KUBARK* como su edición actualizada, titulada *Human Resource Exploitation Training Manual*, contienen largos capítulos dedicados a las técnicas de contraespionaje «no coercitivas» y «coercitivas». El texto de 1963 resume así, de manera sucinta, los temas abordados en esta última categoría de este modo: «arresto, detención, privación de estímulos sensoriales mediante el confinamiento en soledad o métodos similares, amenazas y temores, debilidad, dolor, exacerbar la sugestión y la hipnosis, narcosis [empleo de fármacos], y regresiones inducidas».

Este catálogo y el debate posterior sobre las técnicas coercitivas se repiten en el texto actualizado en 1983, junto con prácticamente todo lo demás que aparece en el texto original de 1960. Sin embargo, para cualquier persona interesada en los documentos originales, la copia del texto de 1983 del Departamento de Defensa finalmente desclasificado presenta una característica inusual: está lleno de correcciones a mano que afectan a los pasajes más atroces, aunque dichas correcciones no impiden que el texto sea perfectamente legible. El texto desclasificado y convenientemente manipulado incorpora también una nueva página preliminar titulada «Prohibición Contra el Uso de la Fuerza», en la que se declara que «el uso de la fuerza, la tortura mental, las amenazas, los insultos o la exposición a un tratamiento desagradable o inhumano de cualquier tipo como ayuda al interrogatorio» es ilegal y muchas veces contraproducente. Pero a estas palabras les siguen las instrucciones para llevar a cabo estas técnicas.

Muchas de las correcciones son perversamente entretenidas. En sus primeras páginas, el texto original de 1983 indica: «Aunque no recomendamos el uso de técnicas coercitivas, queremos que esté al corriente de ellas y de la manera adecuada de emplearlas». Tras las correcciones a lápiz, el texto queda así: «Aunque deploramos el uso de las técnicas coercitivas, queremos que esté al corriente de ellas para que pueda evitarlas». De igual manera, «Técnicas de “interrogatorio” coercitivas», que es el título de un apartado, tras la revisión se convierte en «Técnicas de “interrogatorio” coercitivas y por qué no deben emplearse».

Cuando no se tienen en cuenta los cambios cosméticos, como cualquier persona confrontada con el texto podría (y previsiblemente querría) hacer, las técnicas de interrogación arrastradas desde la década de 1960 hasta la de 1980 resultan muy fáciles de ver. Diseminadas por todo el contenido de los manuales de 1963 y 1983 se encuentran las instrucciones para vendar los ojos y esposar a individuos sobrecogidos, para después desnudarlos y someterlos a un examen «incluyendo todas las cavidades corporales»; vestirles con raídos uniformes de presidiario; mantenerles incomunicados; amenazarles con hacer daño a sus familias; privarles de comida, sueño y del acceso a los servicios; someterlos a calor, frío o humedad extrema; mantenerlos confinados en soledad, a veces «una celda sin luz»; forzarles a estar firmes durante largos períodos, etc. Sin embargo, incluso en el original de 1963, el manual se cuida de advertir que no era conveniente excederse demasiado en la debilidad, el dolor, etc., pues podía ser contraproducente y desembocar en confesiones falsas.

El manual de 1963 recalca que los interrogadores deben obtener una autorización de alto nivel «si se va a infligir un daño corporal» o «si se van a emplear métodos o materiales médicos, químicos o eléctricos para inducir la aceptación» o «si la detención es ilegal en el país» o pudiera atribuirse a la CIA. También daba consejos prácticos como «hay que saber por anticipado el voltaje de la corriente eléctrica, de manera que hay que tener a mano transformadores u otros dispositivos que puedan modificarla por si son necesarios». (En 1981, un funcionario de inteligencia uruguayo declaró que los manuales de entrenamiento que él había visto detallaban unos treinta y cinco puntos nerviosos en los que podían aplicarse los electrodos durante la tortura por *electroshock*. Otro graduado de la SOA de la primera época recuerda haber asistido a clases a las que se había llevado «gente de la calle» y a un médico estadounidense vestido con un uniforme verde de faena que les explicó «las terminaciones nerviosas del cuerpo» y les enseñó «dónde torturar, dónde sí y dónde no, en el caso de que no quieran matar al individuo».)[12]

El *KUBARK* y su secuela de 1983, *Human Resource Expoitation*, al igual que los manuales de la SOA empleados entre 1982 y 1991, fueron

ejercicios sobre cómo identificar, detener, interrogar y disuadir a los críticos con las políticas de los estados aliados de Washington al sur de la frontera. Por el contrario, los destinatarios del *Psychological Operations in Guerrilla Warfare*, el manual de la CIA escrito para los Contras y hecho público en 1984, son las guerrillas y los insurgentes. Basta con los títulos de sus diversos apartados para hacernos una idea de lo que se enseñaba: «Terror explícito e implícito» y «Uso selectivo de la violencia a efectos propagandísticos», por poner solo un par de ejemplos.

En cierto momento el texto explica que «una fuerza guerrillera armada puede ocupar toda una población o una pequeña ciudad neutral o relativamente pasiva en el conflicto». A continuación, esta fuerza procede a destruir las instalaciones militares y policiales, a cortar las comunicaciones, a tender emboscadas, y a «secuestrar» a todos los funcionarios y agentes del gobierno. El pasaje prosigue diciendo que, «por regla general, los equipos de propaganda armada deberían evitar entrar en combate. Sin embargo, si ello no es posible, deberían reaccionar como una unidad guerrillera empleando la táctica de los «ataques relámpago», causando al enemigo el mayor número de bajas posible con un agresivo fuego de asalto, recuperando las armas del enemigo y retirándose rápidamente».

En otro pasaje de las *Psychological Operations in Guerrilla Warfare* se insta a emular las tácticas quintacolumnistas que los nazis emplearon al principio de la segunda guerra mundial, mediante las cuales la infiltración y la subversión prepararon el terreno para que los alemanes invadieran Polonia, Bélgica, Holanda, Francia y Noruega. El texto sigue explicando que «en caso necesario» es preciso contratar a «delincuentes profesionales» para que realicen «trabajos especialmente seleccionados». En otras ocasiones, puede ser deseable provocar confrontaciones para «crear un “mártir” para la causa». A las «grandes concentraciones y mítines» los Contras deben acudir con «guardias de asalto, y estos hombres deben ir equipados con armas (cuchillos, navajas, cadenas, mazos y porras) y marchar ligeramente detrás de los inocentes e ingenuos participantes».

Cuando los manuales de tortura hablan de «neutralizar» a los objetivos, por lo general se entiende que esto es un eufemismo de «matarlos». No hay pruebas de que las fuerzas clandestinas estadounidenses participasen directamente en las grotescas torturas, en los escuadrones de la muerte y en las matanzas y «desapariciones» que caracterizaron las guerras sucias que asolaron América Latina, sino solo de que las fomentaron y las apoyaron. Al mismo tiempo, hay pocas o ninguna prueba de que, al tomar partido en esas guerras, entrenando y ayudando económicamente a los «anticomunistas» que participaban en ellas, Estados Unidos se preocupase seriamente por los derechos humanos o por el imperio de la ley. En la mayoría de países al sur de la frontera, Washington apoyó el terror de estado de los regímenes de derechas. En Nicaragua, instigó a la Contra para que llevase a cabo una sanguinaria campaña de terror «guerrillero» contra el gobierno. En todos estos países se dieron cita las guerras por sustitución, el terror vicario, el desdén por los derechos humanos e incluso por la simple decencia.

Como siempre, no es posible cuantificar con exactitud los costes de esta violencia. Para las sociedades del centro y el sur de América, los costes políticos, culturales y psicológicos fueron —y en alguna medida siguen siendo— enormes. Escribiendo la *Cambridge History of the Cold War*, John Coatsworth observó que la insurrección de la Contra en Nicaragua arruinó la economía, forzó al gobierno a abandonar gran parte de sus programas sociales, y «costó la vida de 300.000 nicaragüenses, la mayoría de ellos partidarios civiles de la revolución sandinista». Coatsworth cifró los muertos en El Salvador entre 1979 y 1984 en cerca de cuarenta mil, gran parte de los cuales eran combatientes desarmados asesinados por las fuerzas armadas.

Este autor también señala de pasada que el presidente Reagan visitó la ciudad de Guatemala en diciembre de 1982 y elogió al nuevo gobierno entrante por su compromiso de defender el país ante la amenaza del comunismo. Solo en 1982-1983, ese gobierno obligó a ochocientos mil campesinos a incorporarse a las «patrullas civiles» a las que se ordenó que descubrieran y mataran a los insurgentes pues, si no lo hacían, verían cómo

sus comunidades serían destruidas. Y cumplió su amenaza destruyendo unos 686 pueblos y aldeas y matando entre cincuenta y setenta y cinco mil personas.

En total, Coatsworth estimó que la guerra fría en América Central presenció casi trescientos mil asesinatos en una población de treinta millones de personas, más un millón de refugiados que huyeron de la zona dirigiéndose principalmente Estados Unidos. Basándose en los materiales publicados por la CIA y el Departamento de Estado, así como en otros informes poco empáticos con los regímenes comunistas, este estudioso llegó a la siguiente conclusión: «Entre 1960, cuando los soviéticos ya habían desmantelado los gulag de Stalin, y el desmoronamiento soviético en 1990, las cantidades de presos políticos, víctimas de la tortura, y ejecuciones de disidentes políticos no violentos en América Latina superaron ampliamente las cifras de la Unión Soviética y de sus satélites en la Europa del Este. En otras palabras, entre 1960 y 1990, el bloque soviético en su conjunto fue menos represivo, en términos de vidas humanas, que muchos países latinoamericanos».[13]

Esto no empequeñece los múltiples horrores de la violencia y la opresión soviéticas, pero ayuda a ponerlos en perspectiva.

6

El nuevo orden mundial y el viejo: la década de 1990

Estados Unidos entró en la última década del siglo XX sobre una oleada de confianza y de júbilo no vistos desde 1945. El desmoronamiento de la Unión Soviética, que dejó al país como «la única superpotencia» del mundo, fue una de las razones fundamentales de ello. Además, este triunfo coincidió con otros acontecimientos interrelacionados que contribuyeron al ambiente de celebración.

Uno de ellos fue la victoria espectacular en la breve guerra del Golfo de 1991, en la que una fuerza multinacional dirigida por EE. UU. aplastó a las fuerzas armadas iraquíes con pocas bajas por parte de la coalición. Muy al contrario de lo sucedido en Granada siete años antes, esta fue una gran empresa militar. Washington se puso al frente de la mayor coalición internacional desde la segunda guerra mundial, compuesta por treinta y cuatro naciones entre las que se contaban varios estados árabes. En este choque de naciones, ambos bandos hicieron un enorme despliegue de fuerzas: cerca de setecientos mil soldados por parte de la coalición (de los

que medio millón eran estadounidenses), contra varios cientos de miles iraquíes.

La victoria de la coalición fue unilateral en extremo. Tras cinco meses y medio acumulando fuerzas en Arabia Saudí y zonas colindantes, la verdadera campaña militar, denominada Operación Tormenta del Desierto, duró solamente cuarenta y tres días, desde el 17 de enero hasta el 28 de febrero. Las fuerzas aéreas de la coalición, encabezadas por EE. UU., causaron estragos en el país, encontrando muy poca resistencia, como preludio de una «guerra terrestre que duró cien horas» (del 23 al 27 de febrero), que culminó en el infierno de una «autopista hacia la muerte» para las derrotadas tropas iraquíes. Esta fue, como el título de una historia oficial del ejército estadounidense la describía, una «guerra arrolladora».[1]

La segunda causa de celebración, relacionada con la primera, se debió a la posibilidad de comprobar la «revolución en los asuntos militares» en tiempo real y, al propio tiempo, de considerarla la confirmación decisiva de la inequívoca supremacía marcial estadounidense. Según los militares, este fue un momento de transición, cuando los explosivos relativamente sin guía («tontos») de la «guerra industrial» que caracterizaron la guerra moderna desde la segunda guerra mundial fueron notable y espectacularmente mejorados por maravillas como la sigilosa invisibilidad de los aviones y las armas de precisión dirigida (o «inteligentes»).[2]

Aunque seguía siendo una transformación en fase de desarrollo, el nuevo mundo de la guerra era totalmente perceptible. De hecho, era extraordinariamente telegénica, objeto de una cobertura mediática las veinticuatro horas del día que casi llegó a convertir el caos en el equivalente de un juego de vídeo, de un espectáculo de Hollywood o de la retransmisión pormenorizada de un evento deportivo. (La televisión mostró algunas imágenes que incluso mostraban los objetivos a través del punto de mira de un bombardeo estadounidense con un sistema dirigido de alta tecnología.) El espacio exterior y el ciberespacio pasaron a ser tan importantes como los tradicionales dominios militares de tierra, mar y aire. Satélites, láseres y microordenadores dirigían a las municiones de precisión guiada (PGM), incluyendo las bombas guiadas por láser (LGB), hacia sus blancos. Los

cazabombarderos furtivos Stealth eludieron el radar iraquí. La tecnología de visión nocturna por infrarrojos disipaba la oscuridad. El *Global Positioning System* (GPS) contribuyó sustancialmente a lo que en la jerga militar se denominaba «batalla espacial» y «campo de batalla digitalizado». En lenguaje corriente, a la guerra del Golfo se la llamó a menudo «la guerra de los ordenadores».[3]

En un informe posterior elaborado por un grupo de expertos sobre «la revolución en la guerra», se consideraba que esta transformación tecnológica consistía en grandes avances en «diez competencias militares»: conciencia, conectividad, alcance, resistencia, precisión, miniaturización, velocidad, sigilo, automatización y simulación. Los fenomenales avances en la «guerra de precisión» que la revolución digital hizo posibles no alteró la permanente fe del Pentágono en la necesidad de mantener y ejercitar un poder militar abrumador en la forma de potencia aérea y otros instrumentos de fuerza bruta. Estos avances solo añadieron un nuevo y adictivo nivel de sofisticación a la misión fundamental de la posguerra de mantener «unos avances tecnológicos asimétricos» sobre el enemigo.[4]

El concepto y las rigurosas complejidades de la «asimetría» volverían a obsesionar a los combatientes estadounidenses más de una década después, cuando terroristas no estatales e insurgentes sin uniforme, apoyándose en armas rudimentarias y en la guerra irregular, lograron desafiar la ultra sofisticada maquinaria militar estadounidense. Sin embargo, hasta entonces —e incluso después— el eterno afán para asegurar la superioridad tecnológica asimétrica fascinó a los estrategas bélicos.

En la práctica real, la revolución de los asuntos militares no fue tan transformadora como algunos de sus apóstoles más fervientes afirmaron. Aunque las «bombas inteligentes» y los «ataques quirúrgicos» acapararon los titulares, las municiones de precisión guiada solo constituyeron el 7 u 8 % de las municiones desplegadas en la guerra del Golfo. (Se emplearon 17.000 PGM, frente a 210.000 bombas no guiadas.) La victoria se logró gracias a la manera tradicional estadounidense de hacer la guerra: la

utilización masiva de las fuerzas aéreas y terrestres. El arsenal de armas «tontas» incluía explosivos polémicos como las bombas de racimo (que liberan grandes cantidades de «pequeñas bombas» sobre zonas de unas dimensiones que pueden alcanzar los 40.000 metros cuadrados o más, y que se hicieron famosas en la guerra del Vietnam), las «bombas de fragmentación» (unas bombas de 6.800 kilos también conocidas por haber sido empleadas en Vietnam, capaces de destruirlo todo en un radio de casi 600 metros), y municiones antiblindaje de uranio empobrecido.

Los ataques aéreos y con misiles pulverizaron las infraestructuras militares y civiles más de un mes antes de que las tropas terrestres entrasen en combate. Se produjeron más de 116.000 incursiones de aeronaves de ala fija y helicópteros, un 85 % de las cuales realizadas por tripulaciones estadounidenses. Las pérdidas de la coalición fueron de 63 aviones estadounidenses y 12 de las fuerzas aliadas, con solo 42 aviones abatidos en combate y los demás en accidentes. El volumen de los explosivos empleados (88.500 toneladas), fue aproximadamente la mitad del tonelaje de las bombas lanzadas sobre Japón en 1945, y la destrucción de infraestructuras civiles o de uso dual, sobre todo en Bagdad, fue muy considerable. Cuando las fuerzas aéreas hubieron realizado su trabajo, las tropas de tierra —equipadas con toda una gama de tanques, helicópteros y otras armas de «nueva generación»— procedieron a asestar el golpe de gracia a las fuerzas terrestres iraquíes en una devastadora batalla de «100 horas» que puso fin al conflicto.[5]

Unos años después de la guerra, un diplomático francés empleó las páginas de la revista *Foreign Affairs* para llamar la atención sobre las dificultades que sufrieron los ciudadanos iraquíes incluyendo «la justificación aliada para emplear la fuerza aérea para destruir o paralizar la infraestructura y la industria iraquí: las centrales eléctricas (destruyendo el 92 % de las instalaciones), refinerías (el 80 % de la capacidad productiva), complejos petroquímicos, centros de comunicaciones (incluyendo 135 redes telefónicas), puentes (más de 100), carreteras, autopistas, vías ferroviarias, centenares de locomotoras y vagones cargados con mercancías, emisoras de

radio y televisión, cementeras y fábricas de aluminio, textiles, cables eléctricos y suministros médicos».

Como ejemplo del sufrimiento que todo ello había causado, este autor mencionó que «la paralización de las centrales eléctricas privó a los iraquíes de beber agua, interrumpió el riego agrícola porque las instalaciones de bombeo no funcionaban e hizo que el sistema de recogida y saneamiento de aguas residuales quedase atascado. Se acumulaban la basura y los residuos, proliferaron las ratas y se propagaron epidemias. Los hospitales que carecían de generadores no podían realizar operaciones quirúrgicas».[6]

No fueron estas las únicas críticas, sobre todo por parte de la izquierda política, y la respuesta oficial estadounidense a las mismas tuvo dos aspectos. Se dijo que Irak era capaz de recuperarse rápidamente de tal destrucción. Aún fue más más elocuente cuando se afirmó que la ofensiva de la coalición había puesto gran empeño en evitar los «daños colaterales» que implicasen a civiles y no combatientes. De hecho, un breve informe del ejército del aire señaló que «una de las desideratas de la conducta en la guerra fue que se tendiese a evitar el derramamiento innecesario de sangre».[7]

El «derramamiento innecesario de sangre» equivalía a una hipérbole plausible al estilo de la que se ha puesto de moda en los círculos militares de planificación y en la «diplomacia pública». Esto reflejaba un cambio fundamental desde los bombardeos de saturación de áreas pobladas que caracterizaron la guerra aérea en la segunda guerra mundial y en las guerras estadounidenses en Corea y Vietnam. Ciertamente, por parte de la coalición, esta expresión resulta bastante apropiada, y una importante munición para el argumento que postula el descenso de la violencia. El recuento de las bajas estadounidenses en la guerra del Golfo es de 148 militares muertos en acción, treinta y cinco de los cuales murieron por «fuego amigo», más unas 150 bajas en accidentes ajenos al combate, como la explosión de municiones. Las bajas de la coalición, sin contar las de Kuwait, que había sido invadido por Irak, ascendieron a menos de un centenar.[8]

Por parte iraquí las estimaciones difieren, pero en general no son especialmente elevadas si las comparamos con las grandes guerras del

pasado. En cierta ocasión, el propio gobierno iraquí cifró las víctimas civiles directas de la guerra aérea en un número bajo e inverosímilmente preciso de 2.278 individuos. En cambio, la mayoría de estimaciones de muertos en combate oscilan desde las 20.000 a las 35.000. Con todo, aquí nos enfrentamos de nuevo a la cuestión del impacto letal de la guerra si consideramos las bajas en su conjunto y a largo plazo. Así, un estudio de un demógrafo estadounidense, publicado en 1993, llegaba a la conclusión de que el número total de víctimas iraquíes puede haberse acercado a las 205.000 (56.000 soldados y 3.500 civiles muertos en combate; 35.000 muertos en los levantamientos kurdos y chiitas en la inmediata posguerra, que el gobierno estadounidense alentó —aunque no ayudó— una vez terminada la guerra, y 111.000 muertes atribuibles a «los efectos adversos de la posguerra sobre la salud» provocados por los daños causados a la red eléctrica, a los sistemas de tratamiento de residuos y de potabilización del agua, a las instalaciones sanitarias, y a las carreteras y sistemas de distribución del país). Según este cálculo, aproximadamente 70.000 personas de las que murieron por las repercusiones sanitarias de la guerra eran niños menores de quince años y otras 8.500 personas de más de sesenta y cinco.[9]

La aparentemente decisiva victoria de la guerra del Golfo no solo produjo euforia entre la mayoría de estadounidenses, sino también una sensación de purificación histórica. Por ejemplo, un folleto publicado por el ejército estadounidense dos décadas después, seguía abriendo sus páginas declarando que «el éxito abrumador» en la guerra del Golfo «renovó la confianza y la firmeza de Estados Unidos en su política exterior en Oriente Próximo y en todo el mundo». El contexto histórico para su renovación era explícito: «Al final de la guerra fría, el ejército era una institución muy distinta de la que ha surgido desde el aguijón de la derrota en Vietnam hace menos de dos décadas».[10]

Esta redacción recordaba la bravata del presidente Reagan sobre mantenerse firmes tras la invasión de Granada, pero esa vacilante jactancia

se veía ahora reafirmada por un triunfo que implicaba una gran concentración de fuerzas y un enorme poder. El presidente George H. W. Bush, sucesor de Reagan, repitió el mantra del adiós a Vietnam a primeros de marzo de 1991, tras la debacle del ejército iraquí. Sus palabras fueron pronunciadas en dos intervenciones distintas que normalmente se mezclan. «Gracias a Dios —dijo el presidente a una pequeña audiencia en Washington el 1 de marzo—, nos hemos librado del síndrome de Vietnam de una vez por todas.» Al día siguiente, en una alocución radiofónica a las fuerzas armadas en el golfo Pérsico, dijo la célebre frase: «El espectro de Vietnam ha sido enterrado para siempre en las desiertas arenas de la península Arábiga».[11]

Como es sabido, todo esto coincidía con la disolución de la Unión Soviética, y esta efervescencia marcial reforzó la confianza en que, ahora —cincuenta años después de que Henry Luce expusiera su visión de un siglo americano— Estados Unidos estaba verdaderamente al mando. El presidente Bush empezó a divulgar esta visión antes incluso de que las fuerzas de Sadam Husein fueran aplastadas. El 11 de septiembre de 1990, cuatro meses antes de que la Operación Tormenta del Desierto se pusiera en marcha, Bush describió al Congreso la preparación para la guerra como una oportunidad para Estados Unidos de liderar el camino hacia «un nuevo orden mundial... más libre de la amenaza del terror, más fuerte en la defensa de la justicia, y más seguro en el perseguimiento de la paz». El presidente reiteró esta optimista previsión el 16 de junio de 1991, cuando anunció los primeros ataques aéreos sobre Irak por parte de la coalición. En su discurso sobre el estado de la Unión del 29 de enero, el presidente volvió a referirse a un nuevo orden mundial en el cual «la paz y la seguridad, la libertad y el imperio de la ley» prevalecerían.[12]

Durante la década de 1990, el paradigma estadounidense del «nuevo orden mundial» fue puesto en práctica mediante varias iniciativas militares solapadas. Todas ellas tenían precedentes anteriores a 1990, pero la doble victoria en la guerra fría y en la guerra del Golfo las elevó a nuevos niveles. Una de esas iniciativas fue el intenso esfuerzo de todas las ramas del ejército para aprovechar las lecciones de la guerra del Golfo para desarrollar

todo el potencial tecnológico y organizativo de la revolución en los asuntos militares. Un segundo ámbito de actividad se centró en la redefinición de la misión global de Estados Unidos en un mundo que había dejado atrás la guerra fría, con especial atención a los enclaves regionales problemáticos en Oriente Medio. Ello supuso el fortalecimiento de las fuerzas de operaciones especiales paramilitares y la expansión de una ya creciente red global de bases, al tiempo que se aceleraban las «intervenciones» abiertas y clandestinas en el extranjero.

Al propio tiempo, la década de 1990 presenció una revisión drástica de la doctrina de la disuasión nuclear. En parte, esto implicaba importantes reducciones de los arsenales nucleares de EE. UU. y de la antigua Unión Soviética (ahora rusos). En parte, ello entrañaba redefinir a quién y a qué disuadía el arsenal nuclear estadounidense restante. Al final, esta reformulación de estrategias se convirtió en una campaña para «modernizar» los arsenales existentes; una política encaminada —como la antigua carrera armamentística nuclear dejó entrever— a desencadenar una respuesta enérgica por parte de los demás miembros del cada vez más numeroso «club nuclear».

Las fijaciones tecnológicas, las formulaciones estratégicas y las iniciativas operativas de los planificadores del Pentágono durante esta década relativamente optimista fueron intensas y elaboradas. En cuanto a la revolución en los asuntos militares se refiere, esta produjo un campo de minas y sopas de letras de acrónimos. Esta efusión léxica se aceleró por el hecho de que, en la práctica, las redes informáticas en la «guerra computarizada» de 1991 no sirvieron de mucho para asegurar la cohesión y la «interoperabilidad» en el campo de batalla. Según una metáfora militar, las prestaciones seguían «enfrascadas», encerradas en sus propias plataformas y redes digitales.

Para rectificar esta compartimentación hizo falta mucho talento teórico y práctico dedicado a redefinir la «guerra con operaciones en redes centralizadas» y crear una «arquitectura de sistema de sistemas» integral. C41/SR se convirtió en un acrónimo muy apreciado, con el que se hacía referencia al desarrollo de la capacidad integrada «de mando, control,

comunicaciones, ordenadores e inteligencia» además de vigilancia y reconocimiento. La «arquitectura de satélites de gran altitud» (HASA), fue esencial para asegurar la interoperabilidad en el campo de batalla digital. También lo fueron los «sistemas espaciales de infrarrojos» (SBIRS), y los «vehículos aéreos no tripulados» (UAV), conocidos popularmente como «drones».[13]

Todas las ramas del ejército se dedicaron a formular y a poner en práctica el «C41 para el combatiente» y el «C41 para el siglo XXI», unos eslóganes pegadizos que se popularizaron a principios de la década de 1990. La Armada y los Marines, por ejemplo, se dedicaron a ello con el proyecto Copernicus. La iniciativa homóloga del Ejército de Tierra se denominó «Enterprise», y el de las Fuerzas Aéreas, «Horizon». Sin embargo, ningún eslogan fue más rimbombante que «dominio de espectro completo», que fue destacado en dos declaraciones de intenciones sumamente citadas del Estado Mayor Conjunto: una publicación de julio de 1996 titulada *Joint Vision 2010* y una versión actualizada en mayo de 2000 titulada *Joint Vision 2020*.

En el texto del EMC de 1996 se afirmaba que «el dominio de espectro completo será la característica fundamental que buscamos para nuestras fuerzas armadas en el siglo XXI». En *Joint Vision 2020* se daba esta sucinta definición: «El concepto "dominio de espectro completo" implica que las fuerzas estadounidenses están en situación de dirigir operaciones rápidas, duraderas y sincronizadas con combinaciones de fuerzas adaptadas a situaciones específicas y con acceso y libertad para actuar en todos los ámbitos: espacio, mar, tierra, aire e información».[14]

En 1996, un universitario analista de sistemas expresó las grandes expectativas depositadas en el escenario de batalla digitalizado con estas palabras: «En el pasado, la clave para ganar las guerras residía en el mejor uso de las armas... En el futuro, la clave del éxito de las operaciones conjuntas será, a menudo, el mejor uso de la información». Al mismo tiempo, un estratega de alto rango de la Armada describió los temores y las

esperanzas que inspiraban el planteamiento del ejército estadounidense acerca del nuevo orden mundial. «El sistema-de-sistemas y la RMA [revolución en los asuntos militares] —escribió— mantiene la promesa de que en un futuro no muy distante la punta de lanza será menor, más afilada y capaz de seccionar la yugular de los oponentes [*sic*] al primer lanzamiento.» A continuación procedió a reflexionar acerca de la confusión de la guerra «en el mundo cada vez más ambiguo y peligroso» que se materializó desde que la Unión Soviética dejó de ser un «competidor en igualdad de condiciones»; un mundo en el que «las coaliciones irán en paralelo o incluso superarán a las alianzas».[15]

Esta mezcla de optimismo y ansiedad era, de hecho, muy común en la década de 1990. Aunque la diplomacia pública ensalzaba este nuevo orden mundial de paz y seguridad, los estrategas de rango intermedio del Pentágono, respaldados por un pequeño coro de intelectuales públicos, llamaban la atención sobre un mundo distópico plagado de conflictos. Para estos estrategas y geopolíticos, el fin de la bipolaridad de la guerra fría y de la abierta confrontación ideológica no traía consigo la paz y la seguridad, sino más bien un mundo que se tambaleaba al borde del caos y que incluso se acercaba a la anarquía.

En la esfera pública, este sentimiento se transmitió en frases pegadizas como «el choque de civilizaciones» de Huntington (1993), «la anarquía que viene» de Kaplan (1994), y «la nueva clase guerrera» de Ralph Peter (1994), todas las cuales describían, de una manera u otra, el ocaso de los gobiernos centrales y el auge de la violencia religiosa, étnica y tribal, incluyendo el terrorismo, sobre todo en el Tercer Mundo en general y en Oriente Medio en particular.

Los escritos de los analistas militares internos una vez acabada la guerra fría solían estar plagados de temores y aprensión: «desintegración global», «vacío combustible», «conflictos de baja intensidad» (LIC, por sus siglas en inglés), «fenómenos de la zona gris» (GAP, por sus siglas en inglés), «operaciones militares distintas de la guerra» (MOOTW, por sus siglas en inglés), y así sucesivamente. Un panfleto de instrucción del ejército, titulado *Force XXI Operations*, publicado en 1994, presentaba diversas

categorías de amenazas potenciales en el siglo XXI, que incluían desde entidades «no nacionales», las cuales, a su vez, se dividían esotéricamente en otras categorías: «subnacionales, anacionales y metanacionales». Un influyente diagnóstico del general de división del Cuerpo de Marines Mike Myatt, difundido a mediados de la década de 1990 y titulado «Chaos in the Littorals», preveía un mundo «potencialmente catastrófico», con desastres naturales, estados fallidos, flujos caóticos de población, crisis humanitarias y «la posibilidad de desastres nucleares, biológicos, químicos o ambientales en una escala inaudita hasta ahora».[16]

En la práctica, las intervenciones al viejo estilo siguieron a buen ritmo, mano a mano con las nuevas tecnologías punteras. Según un cálculo académico, Estados Unidos se implicó en 263 operaciones militares, grandes y pequeñas, durante las cuatro décadas y media transcurridas entre la segunda guerra mundial y 2002, de las cuales solo un tercio tuvieron lugar antes de 1991. Las 176 acciones restantes —a menudo conjuntamente con Naciones Unidas y/o la OTAN, y normalmente emprendidas en nombre de preservar la paz— se produjeron durante los doce años entre 1991 y 2002. Algunas de estas intervenciones fueron espectaculares y, como siempre sucede, no todas ellas dejaron un poso de buena voluntad hacia Estados Unidos o sus asociados.[17] Como señalaron algunos estudiosos críticos como Andrew Bacevich, graduado de West Point y veterano del Vietnam, entre 1980 y los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, las fuerzas estadounidenses «invadieron, ocuparon o bombardearon» una docena de países del mundo islámico (Irán, Libia, Líbano, Irak, Kuwait, Somalia, Bosnia, Arabia Saudí, Afganistán, Sudán, Kosovo y Yemen).[18]

El corolario de estas operaciones en el extranjero fue una red global de instalaciones militares que el politólogo Chalmers Johnson, antiguo asesor de la CIA, definió acertadamente como «el imperio estadounidense de las bases». Gran parte de este imperio reflejaba el legado de la guerra fría de bases «avanzadas» establecidas en Europa y Asia tras la segunda guerra mundial y la guerra de Corea para «contener» el comunismo, muchas de las cuales se conservaron tras la disolución de la Unión Soviética.

Además, buena parte de este imperio de bases militares reflejaba la preocupación por el Oriente Medio en general y por su petróleo en particular. Esto se remontaba a las doctrinas Carter y Reagan de la década de 1980, y se vio reforzado por el pensamiento de la desintegración global que imperaba en la de 1990. Mientras reunía información en vísperas de la segunda invasión estadounidense de Irak a principios de 2003, Johnson informó de que la propia contabilidad del Pentágono indicaba que el ejército «actualmente posee o alquila 702 bases en ultramar en unos 130 países». En su opinión, se trataba de una cuenta a la baja. Johnson afirmó que «en una estimación justa, la magnitud real de nuestro imperio militar probablemente superaría las 1.000 bases en otros países». Al final llegó a la conclusión de que realmente nadie, ni siquiera el Pentágono, sabía con precisión cuántas instalaciones mantenía Estados Unidos en ultramar.[19]

La expansión de las bases en ultramar fue acompañada por un cambio en el foco operativo de la Marina estadounidense, la cual, en su línea habitual, proporcionó una flota de bases flotantes. En un libro blanco publicado en 1992 que prefiguraba la formulación del general Myatt sobre el dramático caos en los litorales, este cambio fue definido como «que el centro de atención había pasado de una amenaza global a centrarse en los retos y oportunidades regionales». Concretamente, esto implicaba concentrarse en «las capacidades necesarias en el complejo entorno operativo de los «litorales» o franjas costeras de la tierra». La declaración estratégica seguía afirmando que «el dominio de las zonas litorales significa bombas, misiles, proyectiles, balas y bayonetas», incluyendo intervenciones «intensas» de los marines allá donde fueran necesarias.

Los escritos estratégicos en esta línea no dejaban de recalcar la necesidad de negar los medios A2/AD (acceso al área/acceso denegado), a los adversarios o enemigos potenciales de pudieran desafiar el dominio estadounidense no solo de las aguas mar adentro globales, sino también de las zonas costeras en general (abarcando decenas o incluso cientos de kilómetros tierra adentro). No resulta difícil imaginar cómo los adversarios potenciales como China interpretaron una redefinición tan agresiva de la

misión estratégica estadounidense, pero no hay pruebas de que esto preocupase demasiado al Pentágono.

Este cambio de las operaciones en «alta mar» a proyectar el poder en las zonas litorales se convirtió en un mantra en la década de 1990. Un texto de la marina publicado en 1994, por ejemplo, señaló que «un acorazado estadounidense es territorio soberano estadounidense» con independencia del lugar en el que se encontrase. En 1997, un texto actualizado aclaró la dimensión altamente tecnológica del cambio del foco de atención hacia el litoral: «Debemos aprovecharnos de nuestros robustos sistemas de mando y control y del alcance de nuestros sensores y nuestras armas para concentrar la potencia de combate a partir de fuerzas dispersas e interconectadas y proyectar el poder tierra adentro». El objetivo de semejante despliegue avanzado era inutilizar las defensas enemigas, castigar duramente los delitos del enemigo, y «lograr un rápido *fait accompli*».[20]

Naturalmente, los acorazados estadounidenses en alta mar no eran bases flotantes autosuficientes. También necesitaban instalaciones en tierra, explicando así el crecimiento del imperio de bases que se produjo en la década de 1990. La dificultad de cuantificar este imperio se asemeja a la dificultad de cuantificar y evaluar la escala, el alcance, la naturaleza y las consecuencias humanas de la «guerra» y el «conflicto» desde la segunda guerra mundial. La precisión es imposible. Aun así, la panorámica de la velocidad y la densidad con las cuales Estados Unidos plagó el planeta de bases tras el final de la segunda guerra mundial está clara, y ayuda a comprender la creciente marea del odio islamista hacia Estados Unidos que había en el trasfondo de las atrocidades del 11 de septiembre.

Pensemos, por ejemplo, en el caso de Arabia Saudí, que se convirtió en la principal zona de estacionamiento de las fuerzas estadounidenses y de la coalición que empezaron a movilizarse desde unas quince bases situadas en suelo saudí durante la guerra, y desde 1992 hasta 2003 este reino siguió desempeñando un papel crucial como pista de lanzamiento de los aviones de la coalición liderada por EE. UU., reforzando una «zona de exclusión aérea» sobre el sur de Irak. La presencia física de tropas extranjeras en suelo saudí resultó sumamente ofensiva para muchos musulmanes, a los que

todo esto les parecía una profanación de los lugares santos del islam (La Meca y Medina), y un símbolo de la sumisión del país a Estados Unidos. De hecho, ya en 1996, Osama bin Laden, que planeó los ataques del 11 de septiembre, había denunciado pública y apasionadamente el sacrilegio que suponía que las botas estadounidenses hollasen el suelo de su tierra natal. [21]

Lo que aquí sucedió, en las postrimerías del siglo XX, fue el solapamiento explosivo de una serie de acontecimientos. La fijación en el petróleo de Oriente Medio, las visiones apocalípticas del caos en los litorales, la expansión de las bases militares en el extranjero, la aceleración de las intervenciones militares, el pensamiento desiderativo que daba por supuesto que el monopolio de un poder militar sofisticado podía asegurar el dominio de espectro completo o un rápido *fait accompli*, todo ello hizo que Estados Unidos se adentrase aún más en una región turbulenta que, por sí sola, hacía mucho tiempo que estaba infestada de luchas.

Entre los principales conflictos en el gran Oriente Medio en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial se contaban cuatro guerras entre Pakistán y la India (1947, 1965, 1971 y 1999); la incesante hostilidad y las confrontaciones abiertas entre Israel y las naciones cercanas árabes y musulmanas, así como con los palestinos sin estado (incluyendo las guerras en 1948-1949, 1956, 1967-1970 y 1982); la guerra de la Independencia de Argelia (1954-1962); la guerra civil en Yemen del Sur (desde 1962) y Líbano (desde 1975); la guerra Irán-Irak (1980-1988); el conflicto endémico entre Turquía y los kurdos (especialmente intenso desde 1984 en adelante); y un Afganistán postsoviético aún devastado por los conflictos internos.

Por debajo de estos conflictos que acaparaban los titulares discurría un profundo trasfondo de animosidad tribal, étnica y de identidad religiosa. A los planificadores del Pentágono les atormentaban estas turbulencias, pero el caso fue que quienes formulaban las políticas al máximo nivel no se las tomaron demasiado en serio.

Todo ello preparó el terreno para una nueva época de violencia tras el 11 de septiembre y la declaración estadounidense de una «guerra global contra el terror».

7

El 11 de septiembre y «un nuevo tipo de guerra»

Para Estados Unidos, las grandes guerras del siglo XX fueron todas guerras en el extranjero. Tras repeler a las fuerzas británicas en 1812-1815, la nación fue bendecida con la seguridad territorial. Y tras su brutal guerra civil de mediados del siglo XIX, los estadounidenses nunca experimentaron el trauma de una batalla o de un bombardeo en su propio suelo, aparte del ataque por sorpresa japonés sobre objetivos militares en Hawai el 7 de diciembre de 1941, y la corta y «olvidada batalla» para recuperar las remotas islas Aleutianas de propiedad estadounidense a las fuerzas japonesas en 1943.

Los militares que murieron en guerras en el extranjero no fueron olvidados: los veteranos estadounidenses de la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial, la guerra de Corea y la de Vietnam siguieron siendo recordados. Las conmemoraciones de la segunda guerra mundial y sobre todo de la guerra de Vietnam se convirtieron en ocasiones para reforzar un cuidadosamente cultivado sentimiento nacional de victimización y sacrificio. Con todo, esta larga historia de aislamiento físico del íntimo

contacto con los horrores de la guerra ayuda muy bien a explicar el *shock* casi patológico que siguió a los ataques de Al Qaeda al World Trade Center en Nueva York y al Pentágono en Virginia el 11 de septiembre de 2001.

La respuesta general de EE. UU. a esos ataques —llevados a cabo con aviones secuestrados por diecinueve terroristas islamistas, quince de ellos saudíes— provocaron de inmediato la evocación de la segunda guerra mundial. El ataque se comparó al japonés sobre Pearl Harbor y a los pilotos kamikazes japoneses que hicieron su aparición en los últimos estertores de la guerra del Pacífico. Los expertos políticos, notablemente los conservadores, debatieron sobre si EE. UU. estaba librando «la tercera guerra mundial» o «la cuarta guerra mundial» (ya que identificaban la guerra fría como la tercera guerra mundial).

Resultó que este planteamiento no fue una retórica marginal, puesto que la administración de George W. Bush —en la que figuraban el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, ambos antiguos responsables de formular la política de la guerra del Golfo y firmes defensores de la revolución en los asuntos militares— convirtió esa histeria en una política bélica concreta. Así, se declaró que ahora Estados Unidos se veía envuelto en «una guerra global contra el terror», lo cual se identificaba torpemente con las siglas GWOT.*

El 15 de septiembre, cuatro días después del ataque de Al Qaeda, la CIA elaboró una propuesta ultrasecreta titulada «Matriz de Ataque Global» en la que se recomendaba desatar una campaña antiterrorista en dieciocho países. Pese al carácter secreto de este plan, los altos cargos no perdieron tiempo en transmitir su intención al público. Rumsfeld, por ejemplo, declaró a los periodistas que Estados Unidos estaba considerando «un gran esfuerzo multidirigido que probablemente abarcará 60 países, incluyendo Estados Unidos». En una aparición televisiva ampliamente citada, Cheney declaró que EE. UU. tendría que trabajar «en una especie de lado oscuro, por así decir». Los detalles sobre lo que estas actividades en el lado oscuro implicaban (incluyendo la tortura), no se sabrían hasta unos años después, pero la reacción abierta a la atrocidad del 11 de septiembre se produjo rápidamente. Las fuerzas estadounidenses, muy respaldadas por las fuerzas

británicas, emprendieron la guerra contra el gobierno talibán en Afganistán el 7 de octubre y se prepararon para invadir Irak, cosa que hicieron diecisiete meses después, el 19 de marzo de 2003. Ninguno de los dos países había sido responsable de los ataques del 11 de septiembre.[1]

Esta respuesta rápida, excesiva y militarizada refleja la soberbia y la paranoia en las más altas esferas del gobierno. Lo que cambió el mundo, como acertadamente se ha observado, no fue el ataque de Al Qaeda, sino la reacción desmesurada de Washington.[2] La retórica sobre la «guerra global» transmitía la idea de una victoria total e incondicional sobre un enemigo claramente definido, como en la segunda guerra mundial; un conflicto que los estrategas que formulaban la política estadounidense evocaban a menudo en los años posteriores al 11 de septiembre y a la invasión de Irak.[3] La declaración de guerra también reflejó el exceso de confianza estadounidense en su monopolio de la violencia militar más vanguardista generado por la guerra del Golfo. La invasión de Irak, como uno de los asesores externos en política de defensa de Rumsfeld pregonó públicamente no solo una vez, sino dos, sería «pan comido», una expresión que sería ampliamente citada.[4]

Que la CIA fuese capaz de producir una «Matriz de Ataque Global» que implicaba a dieciocho países casi de la noche a la mañana pareció impresionante en la época, al menos para los profanos. Pero, de hecho, no fue nada sorprendente. La comunidad de los servicios secretos y la militar ya se habían visto profundamente implicadas en intervenciones globales similares —incluyendo las prácticas «en el lado oscuro» de Cheney— ya desde la segunda guerra mundial.

Unas semanas después del 11 de septiembre, Rumsfeld publicó un artículo titulado «Un nuevo tipo de guerra». Más adelante, en noviembre de 2002, mientras se preparaba la invasión de Irak, en un programa de radio declaró que las advertencias sobre el cenagal no tenían razón de ser. «La idea de que será una larga, larga batalla de algún tipo creo que se contradice con lo que pasó en 1990 [*sic*]» dijo refiriéndose a la guerra del Golfo. «Cinco días, cinco semanas o cinco meses, pero ciertamente no va a durar más.»[5]

La predicción de Rumsfeld fue totalmente errónea. Las operaciones de combate en Irak continuaron hasta agosto de 2010, y las últimas tropas estadounidenses no se retiraron hasta finales de 2011, y al final tuvieron que volver tres años después. En aquella época, el terrorismo y la insurgencia sufrieron una metástasis en todo el gran Oriente Medio y en el norte de África. A mediados de la segunda década del siglo XXI, cuando la segunda presidencia de Barack Obama llegaba a su fin, la región estaba en llamas y Estados Unidos inmerso en operaciones militares en Siria, Pakistán, Libia, Somalia y Yemen, así como Afganistán (todavía) e Irak (otra vez). La influencia de Al Qaeda se había visto superada por multitud de organizaciones terroristas que la imitaban. El EIIL (Estado Islámico de Irak y el Levante), o simplemente EI (Estado Islámico), había consolidado un «califato» que abarcaba grandes zonas de Irak y Siria, y proclamó su autoridad sobre los musulmanes de todo el mundo. Aunque la mayoría de las atrocidades terroristas consistían en musulmanes que mataban a musulmanes, los ataques en Europa y Estados Unidos se aceleraron.

Por otra parte, el título del artículo de Rumsfeld fue profético sin haberlo pretendido. La guerra contra el terror —y posteriormente contra sublevaciones de bases e insurgencias desencadenadas o instigadas por las invasiones lideradas por Estados Unidos— realmente resultó ser un nuevo tipo de guerra, aunque de una manera casi antitética a la guerra de alta tecnología, de armas inteligentes, de despliegue rápido, que dejase poca huella; una guerra de entrar y salir como la que él y una legión de antiguos expertos en defensa de Washington habían previsto. De hecho, la palabra «asimetría» se convirtió en la consigna de los conflictos del siglo XXI, pero la fe casi religiosa en la victoria mediante la «asimetría tecnológica» y el «dominio de espectro completo» seguía dando vueltas en su cabeza. La guerra del Golfo abriendo camino para la revolución en los asuntos militares resultó no ser tanto un heraldo de la guerra del futuro como un espejismo del irresistible poder estadounidense.[6]

A diferencia de los conflictos convencionales, incluyendo la guerra del Golfo, el nuevo tipo de guerra no supuso un choque de fuerzas uniformadas que representaban estados soberanos y participaban uno contra otro en

formaciones relativamente fijas. Los nuevos antagonistas eran actores no estatales que no tenían ni una estructura militar formal ni una identidad geográfica fija. Mientras los responsables de formular las políticas intentaron argumentar que los ataques del 11 de septiembre contaron con algún tipo de apoyo estatal —justificando así las invasiones de Afganistán e Irak— su respuesta inmediata fue reconocer la elusiva naturaleza transnacional del terrorismo. La «Matriz de Ataque Global» de la CIA reflejó esta realidad de un enemigo amorfo, omnipresente, de ubicación, configuración y nombre cambiantes. Lo que no reflejaba —pese a toda una década intensa y a menudo angustiosa de elaborar estrategias sobre los conflictos de baja intensidad y caos en las zonas litorales— fue algún comentario verdaderamente serio de los profundos cismas y contradicciones existentes en las sociedades de Oriente Medio ni ninguna reflexión responsable sobre que una invasión extranjera incendiaría una represalia indígena que se convertiría en una insurrección violenta.

Tanto Afganistán como Irak proporcionaron a las fuerzas estadounidenses varias oportunidades para desplegar su formidable poderío armamentístico en las fases iniciales de ambas invasiones. En Afganistán, junto a las bombas de precisión guiada y los misiles, esta potencia incluía varias bombas de fragmentación de 7.000 kilos (arrojadas sobre cuevas en las que presuntamente se ocultaba Osama bin Laden), y más de 1.200 municiones en racimo que dispersaban varios cientos de miles de pequeñas bombas. La invasión de Irak empezó de manera similar con la pirotecnia de la «conmoción y el pavor» que tanto agradaba a los medios y que incluía unos ochenta misiles de crucero disparados sobre Bagdad (más cuatro «bombas antibúnker» de 900 kilos guiadas por satélite que erraron el blanco). Dos tercios de la campaña inicial emplearon municiones «inteligentes» de precisión guiada (mientras que en la guerra del Golfo solo fueron un 8 %), y su contribución a la rápida caída de Sadam Husein fue decisiva.

Sin embargo, casi con la misma rapidez quedó claro que cuando las abrumadoras fuerzas convencionales se retiraron de Irak, el armamento de alta tecnología no servía demasiado contra unos objetivos escasamente

armados que aparecían y desaparecían. Los enemigos terroristas (y, más tarde, rebeldes) distaban mucho de ser luditas. Sabían cómo usar los teléfonos inteligentes, los ordenadores portátiles, Internet y los medios sociales. Sus teóricos más sofisticados llegaron incluso a producir panfletos que recordaban a los manuales de la CIA y de la Escuela de las Américas de la década de 1960 hasta la de 1980, y también emplearon un andamiaje académico para reforzar la tutela del terror. Podemos encontrar una analogía aún más cercana en los estudios de caso de los libros de texto producidos en serie por las escuelas de administración de empresas occidentales. Un texto cuyo título traducido es *La gestión de la violencia: El escenario más crítico mediante la cual la Umma [la comunidad islámica] pasará*, se convirtió en el epítome de esta literatura. Publicado en Internet en 2004, este tomo (cuya traducción asciende a 268 páginas), está plagado de citas de estudios de administración de empresas estadounidenses y europeos.[7]

Estos ejemplos de puesta al día en el bando terrorista se mezclan con un uso inteligente de la psicología popular. Esto no solo tenía que ver con la explotación de los resentimientos de los reclutas potenciales, sino también con una asombrosa capacidad de provocar y poner nerviosos a enemigos distantes ostensiblemente más poderosos y «racionales». Al mismo tiempo, las armas de los terroristas, en general, seguían siendo primitivas: rifles de asalto Kalashnikov AK-47, ametralladoras, granadas propulsadas por cohetes, morteros, artefactos explosivos improvisados (AEI) de efectos devastadores y, por supuesto, terroristas suicidas. Los combatientes atravesaban el campo de batalla en camionetas, confiando en la extrema brutalidad y en las olas de insurgencia de la población provocadas, en gran medida, por la invasión extranjera. Estas tácticas de baja intensidad se demostraron mucho más efectivas —y mucho más racionales, dado el escenario— que las maniobras cuidadosamente interconectadas y los arsenales chapados en oro de Estados Unidos.

Este nuevo tipo de conflicto irregular —enfrentando a gobiernos y a sus aliados contra unos oponentes menos motivados por la ideología que por el fervor religioso, las diferencias sectarias, las rivalidades tribales y étnicas, y la miseria más absoluta— obligó a los estrategas que seguían confiando en

la asimetría tecnológica a repensar sus premisas. El hecho de enfrentarse directamente a la cuasi anarquía hizo que, a su pesar, se viesen forzados a reconocer que las teorías de salón de la década de 1990 ya no servían. Ya no había puntas de lanza con las que seccionar la yugular ni «rápidos *faits accomplis*». Por otra parte, se producían intensos contragolpes a medida que la muerte y los desplazamientos aumentaron entre la gente corriente de Irak y Afganistán. Como finalmente señaló un analista estadounidense escarmentado: «La verdadera revolución en los asuntos militares está forzando a los estados modernos a usar los avances de la tecnología militar para minimizar las bajas civiles y los daños colaterales más que a destruir el enemigo».[8]

En cierto sentido, en esta guerra el terror y la guerra psicológica dieron un vuelco. Las tácticas del terror son tan viejas como la guerra, y el terror de Estado le va a la zaga en cuanto a precedentes históricos. Por otra parte, los bombardeos para sembrar el terror tienen un cierto aire moderno y contemporáneo. Desde la segunda guerra mundial, pasando por las guerras de Corea y Vietnam, esto se asoció fundamentalmente con los ataques a centros urbanos y poblaciones no combatientes destinados a destruir la moral del enemigo. Sin embargo, en Vietnam, la guerra aérea sin cuartel ya demostró ser contraproducente. El enemigo no se rompió psicológicamente, mientras que las imágenes de esos terroríficos ataques en los medios estadounidenses contribuyeron a socavar el apoyo popular a la guerra. (Al contrario de lo que afirmaba la tesis del «síndrome de Vietnam», esta repugnancia poco tenía que ver con una hábil propaganda norvietnamita y mucho con la cobertura televisiva de una espeluznante intimidad que no se produjo en la segunda guerra mundial ni en la de Corea.) Los estrategas militares se alegraron de la naturaleza relativamente «incruenta» de las armas inteligentes en la guerra del Golfo no solo porque reduciría el número de bajas estadounidenses, sino también porque contribuiría a eliminar el estigma de atacar deliberadamente a los no combatientes.

En la nueva era de la guerra después del 11 de septiembre, fueron las tácticas del terror de Al Qaeda y sus sucesores las que se pusieron en primer plano. Esas atrocidades eran de una naturaleza y una magnitud distintas de

la de matar civiles a distancia de manera mecánica. Quienes las perpetraban alardeaban de estas diferencias como un distintivo de su autoría. La proximidad física y la relación suicida entre el terrorista con la bomba adosada a su cuerpo y los hombres y mujeres que se convertirían en sus víctimas agravaban el terror del público, tal como se pretendía. En estos asesinatos más íntimos existía un macabro elemento teatral.

El carácter, la manipulación y el efecto desestabilizador de ese terrorismo diferían en muchos aspectos del terror de Estado practicado desde siempre por naciones grandes y pequeñas. En el mundo digital de comunicaciones de masas y sensacionalismo instantáneos, esto también era un nuevo tipo de guerra. El fanatismo religioso agravaba el horror de esta última encarnación del terror despiadado. Sin embargo, el objetivo fundamental de minar la moral del enemigo no era nada nuevo en absoluto.

A medida que los conflictos en Afganistán e Irak se prolongaban, quedó claro que este era también un nuevo tipo de guerra en lo referente a la proliferación de la burocracia y a las contradicciones organizativas. Por una parte, las teorías centradas en los ordenadores, como la llamada «guerra focalizada en las redes», presentaban una visión idealizada de la coordinación de las operaciones de mando y control. No obstante, al mismo tiempo, la respuesta extrema al 11 de septiembre originó en Estados Unidos un complejo de «seguridad» pública y privada más colosal, incómodo, compartimentado, dividido en facciones, redundante, derrochador, corrupto y opaco que la nación jamás había visto hasta entonces. Proliferaron las agencias de servicios secretos, tanto en las altas esferas del ejército como civiles (en 2014 había diecisiete), y esto solo era la punta del iceberg. Aquí no hubo recuentos de víctimas, solo una violencia inconmensurable ejercida sobre la sociedad civil en general.

Una característica impresionante de este nuevo Leviatán fue la medida en la que las actividades tradicionalmente gestionadas por el gobierno o el ejército fueron externalizadas. Muchas dinámicas ocultas impulsaron esta privatización generalizada, entre las que se cuentan las presiones

presupuestarias que afectaban al gasto en defensa, especialmente tras la guerra del Golfo, a lo que se añadía que el ejército y el gobierno calculaban que la externalización ayudaría a disfrazar el gasto real y al mismo tiempo apelaría al sentimiento popular favorable a una menor «impronta» del ejército. Las artimañas políticas y los tejemanejes presupuestarios desempeñaron un papel en estos acontecimientos, aunque aún tuvieron mayor impacto los argumentos neoliberales y neoconservadores en favor de la desregulación, la privatización y el fundamentalismo de mercado como el que defendían Ronald Reagan y la primera ministra inglesa Margaret Thatcher. Pese a todo, tuvo que pasar el 11 de septiembre y el pánico por la «seguridad» interior y en el extranjero para empujar la privatización de índole militar a un nuevo y drástico nivel. La contrapartida inevitable de esta histeria fue la militarización acelerada del sector privado. El miedo al terrorismo demostró ser muy lucrativo.

En 2007, por ejemplo, cerca de un 60 % del personal de la CIA estaba a cargo de contratistas privados. En 2010, en una investigación periodística a la que el *Washington Post* dedicó dos años y que se publicó con el título «Top Secret America» se exponía que «unas 1.271 organizaciones gubernamentales y 1.931 empresas privadas trabajan en programas relacionados con el contraterrorismo, la seguridad interior y los servicios secretos en unos 10.000 lugares en todo el país». Dos tercios de estos programas dependían del Departamento de Defensa. En ese momento se estimaba que 854.000 funcionarios militares y civiles, así como contratistas privados poseían acreditaciones de seguridad ultrasecretas.[9]

Esta externalización masiva se replicó en el propio campo de operaciones. Más de una década después del 11 de septiembre, el número de personal no militar patrocinado por EE. UU. en Afganistán e Irak era, en general, equivalente o superior al número de tropas estadounidenses desplegadas. En el momento álgido de estas ocupaciones militares (entre 2007 y 2010), esto significaba financiar casi un cuarto de millón de trabajadores contratados en ambos países, más un número comparable de tropas. Gran parte de la labor que desempeñaban estos civiles iba a cargo del presupuesto del Departamento de Defensa, aunque esta dependencia de

la externalización afectaba también a los departamentos de Estado y de Seguridad Nacional.

Los civiles siempre habían contribuido a las operaciones militares, pero la magnitud de los servicios privados en la guerra contra el terror no tenía precedentes. Esto quedó claro cuando la externalización tras el 11 de septiembre se comparó con la ratio de personal civil-personal militar en anteriores conflictos en los que EE. UU. estuvo implicado. En la primera guerra mundial, la ratio estimada era 1:24; en la segunda guerra mundial, de 1:7; en la guerra del Vietnam, 1:5; en la breve guerra del Golfo un destacable 1:104; en Irak en 2007, 1:0,8; en Afganistán en 2009, 1:0,7; y en Irak en 2010, 1:1.[10]

Muchos contratistas se beneficiaron de estas circunstancias, y en general, había dos salvedades a tener en cuenta sobre los servicios que ofrecían. En primer lugar, que el grueso de los civiles empleados se dedicaba a tareas no bélicas, como la preparación de comidas, limpieza, lavandería, instalaciones de transporte y almacenamiento, participar en la construcción de proyectos o actuando como expertos en lenguas. En segundo lugar, el reclutamiento de trabajadores, sobre todo en los niveles menos cualificados, aprovechaba las reservas nacionales e internacionales de mano de obra barata del Tercer Mundo, entre las que se contaban personas de más de cincuenta nacionalidades distintas en el caso de Irak. Sin embargo, al mismo tiempo, los contratistas privados también proporcionaban servicios más especializados y remunerativos, desde la construcción de grandes proyectos y actividades paramilitares y mercenarias hasta el mantenimiento de algunos de los complejos sistemas asociados con la revolución en los asuntos militares.[11]

Gran parte de la externalización fue ineficiente y corrupta, y una pequeña pero significativa parte de ella fue delictiva. Una de estas actividades, la «externalización de la tortura», que formaba parte de un programa eufemísticamente denominado «entrega extraordinaria», fue estadísticamente minúscula pero moralmente atroz. Orquestado por la CIA, este programa consistía en secuestrar a presuntos terroristas extranjeros y enviarles para que fueran detenidos e interrogados en secreto a las prisiones

de más de cincuenta países del mundo. Fue algo grotesco, casi como si las entregas transfronterizas de la Operación Cóndor durante las guerras sucias en Latinoamérica tres décadas antes hubieran resucitado a escala global, ahora orquestadas fuera de Washington.[12]

El exceso de confianza en la superioridad tecnológica que llevó a los estrategas a pronosticar una corta y relativamente manejable campaña en Oriente Medio tuvo un previsible corolario final. Los costes económicos de la guerra contra el terror, sobre todo en Irak, fueron escandalosamente infravalorados. Rumsfeld, por ejemplo, cifró el precio de derrocar a Sadam Husein en unos 50.000 mil millones de dólares. Otros funcionarios aseguraron que los beneficios del petróleo del propio Irak bastarían para cubrir los costes de la invasión y la ocupación estadounidenses. Cuando el principal consejero económico del presidente rompió filas y declaró al *Wall Street Journal* que los costes de la guerra podrían llegar a suponer entre 100.000 y 200.000 millones de dólares, fue categóricamente criticado y pronto relevado de sus funciones.[13]

Más de una década después, las tabulaciones oficiales de los fondos consignados para las guerras de Afganistán e Irak situaron los costes directos desde el año fiscal de 2001 hasta el año 2015 en más de 1,6 billones de dólares. Sin embargo, al igual que el «presupuesto base» anual del Pentágono, esta contabilidad es errónea, ya que excluye la atención médica generalizada para los veteranos estadounidenses discapacitados más el pago de la deuda contraída para financiar esas guerras. De ahí que en unas impecables investigaciones publicadas por la Kennedy School de Harvard se llegase a la conclusión de que «los conflictos de Irak y Afganistán, en su conjunto, serán las guerras más caras de la historia de EE. UU., pues el gasto total de las mismas oscila entre 4 y 6 billones de dólares». Otros estudios independientes también subrayan que las cifras habitualmente citadas por el gobierno representan «solo una fracción del total de los costes de la guerra», y que EE. UU. tendrá que seguir pagando por estas empresas durante más de cuarenta años. La previsión de costes, tanto humanos como fiscales que generalmente se omiten dan que pensar. En 2013, por ejemplo, más de la mitad del millón y medio de veteranos

estadounidenses de estas guerras que dejaron el servicio activo, y que por ello tenían derecho a la atención médica en las instalaciones de la administración de veteranos, ya habían solicitado la prestación por invalidez permanente. En cuanto a la deuda, se pidieron unos 2 billones de dólares para financiar las guerras, lo cual representaba un 20 % del total de 9 billones añadidos a la deuda nacional entre 2001 y 2012.[14]

Las guerras de Afganistán e Irak también eran nuevas —o relativamente nuevas— en tanto que el número de estadounidenses muertos en combate fue considerablemente menor que en la segunda guerra mundial, Corea y Vietnam. Esto también sucedió en la guerra del Golfo pero, a diferencia de este conflicto «arrollador», las guerras globales contra el terrorismo se prolongaron durante años. Como en todas sus intervenciones militares en el extranjero, el número de estadounidenses muertos era pequeño comparado con las bajas producidas en el lado contrario. (El Departamento de Asuntos de los Veteranos cifra las muertes en combate estadounidenses en la segunda guerra mundial en 291.558, más 113.842 muertes «fuera del escenario de combate». El total oficial de muertos en combate más otros «en el escenario» en la guerra de Corea es de 36.574. Para la guerra de Vietnam, el total equivalente del Departamento de Asuntos de los Veteranos es de 58.220.) El Instituto Watson de la Universidad de Brown, cuyo proyecto «Costs of War» recoge aportaciones de cerca de cuarenta investigadores de distintas disciplinas, calcula que desde 2001 hasta 2014 las muertes en combate en Afganistán e Irak ascendieron a un total ligeramente superior a las 6.800. Aproximadamente la mitad fueron causadas por bombas en la carretera (IED) y por el fuego de granadas propulsadas por cohetes.

Estas cifras son dignas de consideración, pero solo reflejan una parte del panorama, pues no incluyen a los veteranos desequilibrados que murieron por sobredosis, suicidios, choques de vehículos, etc., después de licenciarse. Y lo que aún es más importante, no tienen en cuenta la magnitud de las muertes totales entre los no estadounidenses. En este caso, el proyecto

«Costs of War» calculó que el conflicto en Afganistán e Irak (más Pakistán), desde 2001 hasta 2014 resultó en más de 370.000 muertes directas causadas por la guerra, incluyendo las fuerzas armadas de todos los bandos más los civiles, personal contratado, periodistas y trabajadores humanitarios. Unas 210.000 de estas muertes violentas eran civiles. Muchas muertes directas se debieron a las insurrecciones y a las luchas intestinas religiosas y políticas desencadenadas o provocadas por las incursiones estadounidenses. Las muertes indirectas por causas relacionadas con la guerra como la malnutrición, los destrozos en el sistema sanitario, en el de saneamiento, y la falta de agua potable probablemente superan el número de «muertes directas en combate». Además, ya en 2015 el número de refugiados de guerra afganos e iraquíes y de personas desplazadas internamente rondaba los 6,5 millones.[15]

Otra valoración crítica del «recuento de bajas» de los primeros diez años de la guerra contra el terror, publicada en 2015 por la organización Physicians for Social Responsibility [Médicos por la Responsabilidad Social], galardonada con el premio Nobel, y otras dos organizaciones internacionales colaboradoras, alcanzó la «estimación conservadora» aún más alta según la cual este conflicto «había matado, directa o indirectamente, alrededor de un millón de personas en Irak, 220.000 en Afganistán y 80.000 en Pakistán; es decir, alrededor de 1,3 millones de personas». Aunque este total «también podía superar los 2 millones», concluye este informe, «una cifra inferior al millón es sumamente improbable».[16]

A estas estimaciones de mortalidad y desplazamientos poblacionales deben añadirse las discapacidades provocadas por la guerra. Una vez más, los datos referentes a los estadounidenses son bastante abundantes, pero prácticamente inexistentes para la mayor parte del resto del mundo. Por otro lado, como de costumbre, los datos proporcionados por parte estadounidense pueden dar pie a confusión. Los informes del Departamento de Defensa, por ejemplo, cifran el número de soldados «heridos en acción» en las guerras GWOT en unos cincuenta mil. Por el contrario, ya a principios de 2015, estudios relacionados con los trastornos mentales

originados por la guerra calcularon que al menos 970.000 veteranos estadounidenses de estos conflictos habían recibido algún grado de reconocimiento oficial por lesiones físicas o, lo que era más frecuente, por daños psicológicos. En cuanto a los trastornos mentales, las categorías diagnósticas tienden a ser permeables; es decir, que el trastorno de estrés postraumático (TEP), la lesión cerebral traumática (LCT) y la depresión se solapan. Las lesiones y los traumas afectan también a las familias y a otras personas queridas. Gran parte de las que, en la jerga del oficio, se denominan «heridas invisibles» se sufren en silencio y pasan desapercibidas a efectos oficiales.[17]

De hecho, lo que ahora se identifica con el trastorno de estrés postraumático hace poco que ha sido reconocido como un trastorno mental. Denominado de manera coloquial (y a menudo peyorativa) con términos como «neurosis de guerra» o «fatiga del combatiente» en anteriores conflictos, el TEP no fue reconocido formalmente hasta 1980 —siete años después de que el ejército estadounidense se hubiera retirado de Vietnam—, cuando la Asociación Americana de Psiquiatría lo añadió a la tercera edición revisada de su *Manual de diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. La prevalencia de heridas provocadas por la explosión de IED en Irak llamó la atención sobre la naturaleza física y no exclusivamente psicológica de los trastornos mentales causados por el combate. Aquí lo nuevo no es el sufrimiento, sino el tardío reconocimiento de un trastorno que ha afectado a un gran número de personas y que tan mal se ha abordado hasta hace poco. Por otra parte, lo que también es nuevo es la medida en la que las guerras globales contra el terrorismo estuvieron acompañadas por unas prestaciones sanitarias más generosas para los veteranos, cubriendo los trastornos mentales y emocionales, todo lo cual significa una gran partida más a añadir a la previsión de costes a largo plazo de estas guerras.

Las estadísticas correspondientes a los trastornos mentales causados por la guerra difieren entre sí. Los estudios de la administración de Veteranos sostienen que en las largas guerras en Afganistán e Irak tras el 11-S, el número de casos de TEP entre el personal estadounidense se situaba entre el 11 y el 20 % en cualquier año. En cuanto a las guerras anteriores, estos

estudios llegan a la conclusión de que el 30 % de los veteranos de la guerra de Vietnam sufrieron el TEP en algún momento u otro, y que un 15 % seguía presentando los síntomas a finales de la década de 1980. Por lo que se refiere a la guerra del Golfo de 1991, tan celebrada por su brevedad y resultar prácticamente incruenta para el bando vencedor, se estima que el TEP afecta al 12 % de los soldados.[18] El informe elaborado en 2013 por la Kennedy School sobre los costes previstos de las guerras de Irak y Afganistán, se refiere a la situación entre los veteranos que volvieron a casa como «una epidemia de salud mental», y señala que «las investigaciones sobre las guerras anteriores han demostrado que estos veteranos corren un riesgo máximo de sufrir problemas médicos durante toda la vida, como ataques, deterioro del funcionamiento cognitivo, demencia y enfermedades crónicas.[19]

El legado psicológico de la guerra para muchos de los que fueron enviados a luchar queda aún más claro cuando estos porcentajes y patologías bastante abstractas se comparan con el número de estadounidenses desplegados para combatir en las tres grandes guerras más recientes del país: unos 2,7 millones en Vietnam, medio millón aproximadamente en la guerra del Golfo, y más de 2,7 millones en Irak y Afganistán.[20]

Desde el punto de vista operativo, psicológico y patológico, el nuevo tipo de guerra también evocaba el pasado bélico estadounidense. Reduzcamos al enemigo y a la mayoría de los problemas del mundo a una sola palabra: «terror», que a todos los efectos prácticos, sustituyó al «comunismo» como el mayor de los males. «En muchos aspectos —solía decir el presidente Bush tras las invasiones de Afganistán e Irak— este combate se parece a la lucha contra el comunismo en el siglo pasado». Se trataba, como declaró en otra ocasión, de una lucha «entre el bien y el mal» en la cual «no podía haber un terreno neutral». Como sucedió en la guerra fría, la nueva guerra se convirtió en una guerra santa para todas las partes, aunque el fundamentalismo islamista de los terroristas agudizó su aspecto

específicamente teológico de maneras nunca vistas en las guerras modernas.[21]

Por parte estadounidense, la defensa de un mundo maniqueo no se limitaba a la propaganda para el consumo público. Esta defensa impregnaba los círculos de toma de decisiones tras la segunda guerra mundial, alcanzando su catastrófico apogeo en la guerra de Vietnam. Años después, Robert McNamara, que sirvió como secretario de Defensa desde 1961 hasta 1968, ofreció una breve explicación del fracaso de Estados Unidos en ese conflicto. En una entrevista filmada en 2003, cuando McNamara tenía más de ochenta años, habló de la necesidad de conocer a los propios enemigos; «empatizar» con ellos, e «intentar ponernos en su piel y mirarnos con sus ojos, para entender los pensamientos que hay detrás de sus decisiones y de sus acciones».

McNamara confesó que tanto él como los colegas que formulaban las políticas para la guerra de Vietnam interpretaron este conflicto bajo el prisma de la guerra fría y no tuvieron en cuenta la larga lucha de Vietnam contra el colonialismo, ni tampoco la guerra civil que había dividido el país desde la segunda guerra mundial. Hubo una profunda ignorancia de la historia, de los cismas en el comunismo global, y de la naturaleza, motivaciones y capacidad de resistencia del enemigo vietnamita.[22]

El *mea culpa* de McNamara fue emitido en el mismo momento en que Estados Unidos se embarcaba en la invasión de Irak y despreciaba, como Rumsfeld y sus pares en Washington hicieron despreocupadamente, cualquier posibilidad de salir del atolladero. Pese a las advertencias de los militares de rango medio y de los analistas civiles, nadie, entre los estrategas de alto nivel, fue capaz de imaginar que semejante intrusión militar masiva les podía salir al revés y fortalecer, más que disminuir, el terrorismo. Ningún plan de contingencia para contrarrestar la posible resistencia de base, por no decir la insurgencia, se incluyó en el exuberante manual de «conmoción y pavor» de la invasión. Cuando el Ejército y el cuerpo de Marines finalmente rectificaron publicando en diciembre de 2006 un nuevo manual de campo sobre la contrainsurgencia, este empezaba reconociendo que «en general, las operaciones de contrainsurgencia no han

formado parte de la doctrina militar estadounidense ni de las políticas de seguridad nacional desde el final de la guerra de Vietnam, hace más de treinta años».[23]

Dado lo que sabemos de las décadas de 1980 y 1990, esto parece contraintuitivo y casi inconcebible a primera vista. La ayuda a los regímenes autoritarios en Latinoamérica mediante la Escuela de las Américas, más el apoyo de la administración Reagan a los contras de Nicaragua, lo tenía todo que ver con la instigación (o incitación) a la disidencia y a la insurgencia. Mediante la misma medida, la aplastante derrota de la Unión Soviética a manos de un rudimentariamente armado ejército afgano y de muyahidines extranjeros en Afganistán poco más de una década antes del 11 de septiembre, equivalía a una triunfal insurrección que el propio Estados Unidos contribuyó a financiar y a armar. La década de 1990 presenció un aluvión de estudios e informes militares dando la voz de alarma por la naturaleza «cada vez más ambigua y peligrosa» del mundo después de la guerra fría, sobre todo en Oriente Medio.

Pese a ello, la acusación de descuido apuntada en el manual de contrainsurgencia de 2006 es acertada. Al parecer, gran parte de las actividades clandestinas de la CIA no influyeron en el pensamiento estratégico dominante. La victoria de los insurgentes en Afganistán fue básicamente despachada como una confirmación de la ineptitud soviética, y no dejó ningún rastro en el radar estratégico de los grandes planificadores e intelectuales de Defensa. Más sorprendente todavía es que, después de Vietnam, las academias militares de élite que formaban a los oficiales de carrera suprimieron la insurgencia de sus planes de estudio habituales.[24]

En 2006, poco antes de que se lanzase a bombo y platillo el nuevo manual de campo, el general en la reserva Jack Keane, antiguo subjefe del Estado Mayor del Ejército que sirvió en Vietnam e Irak, anticipó el desmán que confesaba el prefacio del manual. «Tras la guerra de Vietnam —declaró ante la audiencia de una televisión— nos purgamos a nosotros mismos de todo lo que tuviera que ver con la guerra irregular o la insurgencia, porque esto tenía que ver con cómo perdimos aquella guerra. En retrospectiva, esa fue una mala decisión.»[25]

Fue más que una mala decisión. Además de ser una notable manifestación de pensamiento de grupo, esta estrechez de miras deliberada relejaba una innata y permanente aversión a ver el mundo o a verse a uno mismo como le ven los demás, sobre todo los antagonistas o los antagonistas potenciales. El argumento del síndrome de Vietnam —según el cual Estados Unidos perdió la guerra en Vietnam por falta de voluntad— era un pretexto. Antes y después de la ilusoria victoria arrolladora en la guerra del Golfo en 1991, lo que realmente quedó enterrado en la arena fueron el sentido común y cualquier intento serio al máximo nivel de entender a complejos enemigos «inferiores». McNamara clamó en el desierto cuando habló de ello en 2003, mientras Estados Unidos ponía en marcha su soberbia invasión de Irak. A este respecto, la desastrosa guerra contra el terror no era un nuevo tipo de guerra en absoluto.

El precio que el mundo pagó por ese pensamiento de grupo fue un nuevo mundo de inestabilidad.

8

Arcos de inestabilidad

Durante la guerra fría, el eslogan más popular que transmitía la imagen distorsionada del comunismo monolítico que más tarde Robert McNamara repudiaría era la «teoría del dominó». Esta teoría se remontaba hasta mediados de la década de 1950, cuando Estados Unidos sustituyó a las fuerzas militares de la Francia colonial en Vietnam. Se dijo que si las fuerzas comunistas indígenas que luchaban para unir este país dividido ganaban, esto desencadenaría una reacción en cadena en todo el continente asiático, donde un país tras otro caería bajo el dominio comunista liderado por Moscú, incluyendo incluso a Japón.[1]

Las guerras por sustitución que las superpotencias de la guerra fría patrocinaron en todo el mundo reflejan la ubicuidad de este tipo de alarmismo por la reacción en cadena; esta mentalidad por parte de los analistas estratégicos no desapareció con la disolución de la Unión Soviética, sino que fue redirigida y reformulada como respuesta a las nuevas amenazas percibidas. Fue un proceso ya formulado en la doctrina Carter de 1980, con su advertencia sobre la amenaza planteada por la súbita emergencia de la revolucionaria República Islámica de Irán.

La metáfora del dominó no sobrevivió a la guerra fría. En la década de 1990, los eslóganes del tipo «caos en los litorales» llamaron la atención en los círculos militares estadounidenses, y para el cambio de siglo ya era normal hablar de un mundo en peligro debido a un «arco de inestabilidad». En 2004, un informe de inteligencia de máximo nivel elaboró un barrido panorámico del mismo, llamando la atención acerca de «un gran arco de inestabilidad desde el África subsahariana, pasando por el norte de África hasta Oriente Medio, los Balcanes, el Cáucaso y el centro y el sur de Asia, y a través de partes del sudeste asiático».[2]

En este y otros informes gubernamentales, el arco de inestabilidad se asociaba con contradicciones en la megatendencia de la globalización. Por una parte, la globalización prometió un mundo en el cual los avances tecnológicos crearon un sistema internacional más integrado y próspero. Por otra, esos avances de alta tecnología y de alta velocidad exacerbaban las desigualdades y aumentaban las tensiones entre los «que tenían» y los «que no tenían», tanto entre naciones como dentro de ellas. El aspecto perturbador de la globalización fue el terreno abonado en el que las protestas y la agitación, incluyendo el terrorismo radical islamizado, pudieron arraigar. Incluso mientras propagaban el estridente evangelio de la antiglobalización, unido a la antioccidentalización, sus protestas florecieron explotando la nueva tecnología de la información para publicitar su causa al tiempo que mantenían un *modus operandi* descentralizado.[3]

Las sumamente visibles guerras, ocupaciones e intervenciones estadounidenses que siguieron al 11 de septiembre respondieron a esta percepción de unos arcos de inestabilidad cada vez mayores. Menos visibles eran las amplias operaciones emprendidas por las unidades militares estadounidenses encubiertas especializadas en la «guerra no convencional». Cuando la administración Bush llegó a su fin en enero de 2009, estas fuerzas especiales de élite fueron desplegadas en unas sesenta naciones. Eran veinte países menos que en la «Matriz de Ataque Global» que produjo la CIA después de los ataques del 11 de septiembre, pero exactamente lo que Rumsfeld había previsto públicamente. Poco más de un año después, la prensa informó de que el número de países implicados eran setenta y cinco.

En 2011, un portavoz del Mando Especial de Operaciones de EE. UU. reveló que, de hecho, en un día determinado, personal militar estadounidense participaba en diversas misiones en unas setenta naciones, aunque a finales de año el número total de países sería de 120. En 2014, una nota de prensa del Departamento de Defensa señaló de pasada que entre 2011 y 2014 «las fuerzas de operaciones especiales fueron desplegadas en más de 150 países». (En 2011, Naciones Unidas enumeró 193 países acreditados.) Al igual que las demás operaciones estadounidenses realizadas antes de la guerra contra el terror, las misiones de estos despliegues abarcaban todo el espectro, desde el asesinato y la tortura hasta el espionaje y el contraespionaje, desde el entrenamiento y apoyo a fuerzas extranjeras hasta la ayuda humanitaria.[4]

La administración Obama, bajo la cual proliferaron las operaciones especiales, también priorizó una iniciativa de contraterrorismo «quirúrgico» que provocó gran controversia: la de los asesinatos selectivos mediante drones. Hasta la nomenclatura de estas operaciones era siniestra. Las dos «aeronaves teledirigidas» (RPA)* implicadas recibieron el nombre de Predator [predador], y Reaper [segador]; transportaban misiles Hellfire [fuego del infierno], y los objetivos fueron seleccionados en la Casa Blanca a partir de una «lista de objetivos a eliminar».

Los vehículos aéreos no tripulados ya se emplearon en algunas misiones de bombardeo en la segunda guerra mundial, y para la vigilancia del campo de batalla con cámaras fijas en Vietnam. Sin embargo, hasta 1995 los drones no fueron perfeccionados tecnológicamente y equipados con cámaras de vídeo, y hasta después del 11 de septiembre no se les convirtió en asesinos de precisión. Para sus operadores, en su mayoría estadounidenses, los Predator y los Reaper simbolizaban tanto la revolución en los asuntos militares como el compromiso para minimizar las bajas en combate estadounidenses y los «daños colaterales».[5]

Los primeros ataques armados con Predators se lanzaron en Afganistán a finales de 2001, como parte de la guerra aérea contra el movimiento fundamentalista islámico de los talibanes que gobernó el país desde 1996 hasta diciembre de 2001. El primer asesinato selectivo de un dron, dirigido

por la CIA, tuvo lugar en Afganistán el mes de febrero del año siguiente. El objetivo era un «hombre alto» erróneamente identificado con Osama bin Laden, y en su lugar el dron abatió a tres pobres campesinos. En 2002, los ataques con drones fueron dirigidos contra presuntos terroristas en Yemen; en 2004, la CIA empezó a seleccionar objetivos sospechosos en Pakistán; y en 2007 la campaña de asesinatos se extendió a Somalia.[6]

Las estimaciones sobre la cantidad de ataques con drones y la de individuos asesinados difieren, pero no son muy elevadas. En abril de 2015, una fuente solvente calculó que 3.852 personas habían sido asesinadas durante un total de 522 ataques. 476 de las personas fallecidas fueron identificadas como «civiles». No obstante, a diferencia de lo que los encargados de formular las políticas en Washington preveían, la naturaleza espectacular de estos ataques les confería una concreción e intimidad que ponían de relieve el carácter indiferente, deshumanizado y mecánico de los asesinatos teledirigidos. En vez de recabar la aprobación de los mismos por intentar minimizar los daños colaterales, los ataques con drones se convirtieron en un símbolo de un terrorismo secreto, irresponsable y sin riesgo por parte de los estadounidenses. Como señaló un articulista, los drones no solo eran «las armas de un verdugo», sino también una paradójica y ejemplar «arma de contragolpe». Provocaron ira, crearon un miedo constante entre las poblaciones sobre las cuales se cernían los Predator y los Reaper, invitaron a la represalia y contribuyeron a atraer reclutas para la causa terrorista.[7]

Las operaciones militares en aproximadamente tres cuartos de todos los estados soberanos del mundo, junto a los asesinatos con alta tecnología incluso en países con los que EE. UU. no estaba en guerra, dieron a entender que el metafórico arco de inestabilidad se había transformado en algo más. ¿Pero en qué? ¿En un océano de inestabilidad? ¿En un desplazamiento de las placas tectónicas geopolíticas que amenazaba con desestabilizar cada confín del mundo?

A mediados de 2014, el *Wall Street Journal* anunciaba que Estados Unidos se enfrentaba a una «oleada de inestabilidad global» no vista «desde finales de la década de 1970 [...] cuando la Unión Soviética invadió

Afganistán, los revolucionarios islamistas tomaron el poder en Irán y el sudeste asiático se tambaleaba a consecuencia de la retirada estadounidense de Vietnam».[8] Inicialmente, la formulación del «arco de inestabilidad» minimizaba la posibilidad de conflictos potenciales entre las grandes potencias y se centraba básicamente en zonas de Oriente Medio, África y Asia. Ahora, el miedo al terrorismo islamista, sumado a los «estados fallidos» y a los problemáticos «estados canallas», se complementaba con las perspectivas de amenazas de grandes potencias de una China en ascenso, de una Rusia enérgica y, hasta 2015, un Irán casi nuclearizado.

Esta ansiedad exacerbada se intensificó aún más por el resurgimiento, bajo una nueva apariencia, de un viejo temor tecnológico, nada menos que el fantasma de un «arco de inestabilidad atómico». Quince años después del derrumbamiento de la Unión Soviética y del fin de la carrera armamentística nuclear, el terror nuclear volvía a entrar en escena. Esta vez, tal como lo formularon los pensadores estratégicos estadounidenses allá en 2005, este temor adoptó la forma de «un sólido frente de estados provistos de armas nucleares», que se extendía sobre más de 6.500 kilómetros «desde el golfo Pérsico hasta el mar de Japón, atravesando Irán, Pakistán, India, China y Corea del Norte, con una amenazante Rusia desde arriba». Este inquietante arco de estados nucleares (y de estados con capacidad de convertirse en nucleares), no estaba solo. A él se añadía la aterradora posibilidad de que terroristas no estatales también pudieran adquirir armas nucleares.[9]

Como era de prever, en todos estos pronósticos tan alarmantes no constaba el hecho de que la política nuclear estadounidense en sí misma era, y sigue siendo, una gran provocación en el arco de inestabilidad atómica. Un grave escollo de la inmersión obsesiva en el pensamiento centrado en la «autodefensa» es que las políticas resultantes son, por lo general, y no sin razón, consideradas amenazantes por otros. El perpetuo afán estadounidense por mantener una gran «asimetría tecnológica» militar garantiza el mantenimiento activo de las carreras armamentísticas de cualquier tipo.

La disolución de la Unión Soviética no hizo que se desestimase la teoría de la disuasión. En cambio, lo que sustituyó a la doctrina de la disuasión en la planificación estratégica estadounidense fue una proyección profundamente revisada de amenazas y objetivos. En el nuevo paradigma nuclear, Rusia quedó eclipsada por los «estados canallas» y por China. (La expresión «estados canallas» fue popularizada por oficiales de alto rango de la administración del presidente Bill Clinton a mediados de la década de 1990 y reencarnada como el famoso «eje del mal» de Georg W. Bush, que apuntaba a Irak, Irán y Corea del Norte.) Al mismo tiempo, la «disuasión» y la «contraproliferación» se reinterpretaron para que incluyeran también «las armas de destrucción masiva» químicas, biológicas y radiológicas y no solo las potenciales amenazas nucleares.[10]

La redefinición de esta misión provocó debates internos, pero el resultado del nuevo paradigma fue de largo alcance. Como la Agencia de Defensa con Armas Especiales del Pentágono observó en 1997, el ambiente internacional había «evolucionado desde un "entorno rico en armas" a un "entorno rico en objetivos"». Las armas nucleares podían reducirse en número, pero aumentaba el papel que se les asignaba. Se puso un mayor énfasis en «el empleo no estratégico de la fuerza nuclear» y en operaciones nucleares limitadas y regionales, lo que significaba centrarse más en mejorar las armas nucleares tácticas que implicasen menos «daños colaterales». Esto incluía, entre otras cosas, el desarrollo de «miniarmas nucleares».[11]

Un memorándum secreto, fechado en 1995, de los planificadores del Mando Estratégico estadounidense comunicaba sin rodeos esta nueva perspectiva. «Como creemos que es imposible "desinventar" las armas nucleares o impedir la fabricación clandestina de cierto número de ellas», decía el memorándum, estas armas estaban destinadas a seguir siendo el elemento central de la disuasión estratégica. Además, su efectividad se mejoraría si Estados Unidos se abstuviera de «garantías de seguridad negativas» (como no ser los primeros en usarlas, o prometer que nunca emplearía armas nucleares contra estados no nucleares). El reto era saber

«cuál era la mejor forma de actuar para inducir el terror en la mente de un adversario» y así disuadirle de usar cualquier tipo de arma de destrucción masiva, ya fuese nuclear o de otra clase.

Para este fin, proseguía el memorándum, era deseable crear un clima de incertidumbre y tener presente que «nos duele retratarnos a nosotros mismos como absolutamente racionales e imperturbables en exceso... Que Estados Unidos pueda llegar a ser irracional y vengativo si sus intereses vitales son atacados debería ser parte de la imagen nacional que proyectamos a todos los adversarios».[12] Esencialmente, esto equivalía a una reformulación de la vieja «teoría del loco» de la era Nixon. Como de costumbre, se prestó poca atención a la posibilidad de convencer a los miembros del floreciente club nuclear y persuadirles de que pensasen y actuasen de manera similar.

Mantener la disuasión nuclear y aumentar su aplicabilidad estratégica no requería mantener los arsenales al mismo nivel que durante la guerra fría. Por el contrario, empezando en 1989 —dos años antes de la disolución de la Unión Soviética y de que fuese sustituida por Rusia, su menguada sucesora— las otrora superpotencias adversarias acordaron iniciar drásticos recortes en la tríada estratégica de misiles balísticos intercontinentales, misiles balísticos transportados por submarinos y bombarderos estratégicos. Estados Unidos dejó la producción de nuevas armas nucleares en 1990, y en octubre de 1992 el primer presidente Bush firmó una ley de declaración unilateral de renuncia a los ensayos nucleares a gran escala.[13]

Las estimaciones de los arsenales nucleares soviético y estadounidense varían, pero el cálculo aproximado es bastante claro. Según un minucioso conjunto de datos, en 1991, cuando se disolvió la Unión Soviética, el arsenal nuclear estadounidense ascendía a unas 20.400 cargas nucleares y el soviético a unas 34.600. En cuanto a la crucial tríada de cargas nucleares estratégicas, las cifras eran de 9.300 para Estados Unidos (más aproximadamente unas 2.500 cargas nucleares radicadas en el extranjero, sobre todo en Europa), y de 9.202 para la Unión Soviética, que mantenía más de 23.000 cargas nucleares estratégicas desarrolladas teniendo en mente un posible conflicto futuro en Europa. En 2001, el arsenal estratégico

estadounidense se había reducido hasta 6.196 cargas nucleares (más otras 460 cargas aún en el extranjero), y las cargas nucleares estratégicas rusas a 5.263.[14]

El 11 de septiembre y sus caóticas secuelas acentuaron la tensión entre un desarme nuclear verdaderamente exhaustivo y el replanteamiento de la disuasión nuclear para posibles conflictos localizados. Por una parte, el *shock* de los ataques terroristas convenció a los defensores de una misión nuclear flexible que ahora era más urgente que nunca reequipar el arsenal para su uso potencial contra posibles amenazas múltiples. Sin embargo, por otro lado —y en un sentido contrario—, el fantasma de las armas nucleares cayendo en manos de terroristas no estatales persuadió finalmente a muchos estrategas a invertir el curso y a argumentar que la «teoría de la disuasión» ya no solo era irrelevante, sino peligrosa. Según esta última perspectiva, el reto más urgente era eliminar totalmente esas armas mortíferas antes de que cayesen en manos de un adversario suicida que no respetaba las reglas del juego.

La administración de George W. Bush, que asumió el poder en enero de 2001, siguió el proceso de reducir gradualmente los arsenales nucleares al mismo tiempo que Rusia. Al propio tiempo, Bush abrazó la doctrina del dominio de espectro completo que se había convertido en la «matriz conceptual» del Departamento de Defensa mediada la década de 1990. Que este fantasma significaba que el nuevo paradigma nuclear impregnaba los círculos del Pentágono quedó claro en las claras directrices formuladas en el informe *Nuclear Posture Review* enviado al Congreso a finales de 2001.

Este informe desestimaba confiar en una fuerza nuclear ofensiva como única estrategia de disuasión de la nación porque era «inapropiada para disuadir a los adversarios potenciales a los que nos enfrentaremos en el siglo XXI». Aunque Rusia, y aún más amenazante, China, seguían figurando como objetivos, en la lista de potenciales adversarios identificados por el nombre y que ahora se consideraban posibles constaban Irak, Corea del Norte, Irán, Siria y Libia. Además, entre otros «peligros actuales bien identificados» que podrían entrañar la disuasión o el posible uso nuclear se contaban un conflicto interestatal en Oriente Medio, o en la Corea dividida,

o relacionada con «el estatus de Taiwán».[15] (Y, aunque no era explícito, en el fondo se cernía el temor a que Pakistán, la India o Israel fueran los primeros en usar armas nucleares.)

Para responder a este «diverso conjunto de adversarios potenciales y amenazas inesperadas» no era necesaria una capacidad de represalia masiva, sino más bien una «nueva mezcla» flexible de capacidades nucleares, no nucleares y defensivas. En los documentos de planificación esta mezcla se identificaba como la capacidad de dar un «golpe global» que implicase «la amenaza de ataques anticipatorios (o reales) sobre objetivos de alto valor, que solo quedarían expuestos en breves períodos». Esta combinación para el «ataque global» se basaría, «fundamentalmente, en el largo alcance, la alta velocidad, los efectos cinéticos (convencionales avanzados y nucleares), y no cinéticos, sistemas no tripulados, cibersistemas, y/o un número reducido de fuerzas de operaciones especiales utilizadas en largas distancias».[16]

La opción de responder anticipadamente a las presuntas amenazas no era nueva. Desde el principio había estado implícita en la teorización nuclear sobre el «primer golpe». Combinar el factor disuasivo nuclear con las armas convencionales, y posiblemente responder con ambas a amenazas localizadas y no nucleares también tuvo sus defensores desde el principio (como revelan los recuerdos de William Perry), si bien, con todo, fue un cambio sustancial en lo concerniente a la planificación a alto nivel. Dicha opción convirtió las cargas nucleares en potenciales armas de combate, y por ello la atención se centró en la producción de cargas de baja potencia que pudieran usarse en las operaciones tácticas. También se dio más importancia —según la descripción de *Nuclear Posture Review*— a la creación de «un nuevo complejo militar-industrial para las armas nucleares» que, bien dirigido, sería «capaz, de diseñar, desarrollar, manufacturar y certificar nuevas cargas nucleares, respondiendo así a las nuevas necesidades nacionales». De ello se siguen varias conclusiones: era necesario cultivar una nueva generación de diseñadores de cargas nucleares; era deseable conservar un importante «*stock* inactivo de armas nucleares», cuya magnitud estaba aún por determinar, y era necesario «mantenerse en

condiciones para reanudar los ensayos nucleares subterráneos cuando fuese preciso».

Junto con otros planes y pronunciamientos militares, la *Nuclear Posture Review* también dejó claro que la administración Bush se había comprometido con dos políticas nuevas y polémicas. Una era el fortalecimiento de la defensa contra los misiles nucleares, que todas las naciones nucleares, incluyendo Estados Unidos, siempre habían considerado una amenaza a su propia defensa. La otra era la resistencia a comprometerse en acuerdos de control de armamentos.[17]

Esta reafirmación nuclear tras el 11-S no quedó sin réplica, incluso desde sectores inesperados. En enero de 2007, cuatro antiguos miembros del clero nuclear —Henry Kissinger, William Perry, George Shultz y Sam Nunn— publicaron conjuntamente un ensayo titulado «A World Free of Nuclear Weapons» en el *Wall Street Journal*. Este resultó ser el preludio de otros cuatro artículos conjuntos entre 2008 y 2013. Según estos cuatro hombres, la acelerada proliferación de armas, conocimientos técnicos y materiales habían llevado al mundo a un «punto de inflexión nuclear», y ahora existía «una posibilidad muy real de que las armas más mortíferas jamás inventadas pudieran caer en manos peligrosas».[18] En diciembre de 2008, más de cien dirigentes mundiales siguieron esta línea y lanzaron en París una campaña internacional, denominada «Global Zero», cuyo objetivo era que en 2030 se hubieran eliminado progresivamente todas las cargas nucleares.

El presidente Obama respaldó la campaña Global Zero cuando asumió el poder en 2009, e incluso ganó un premio Nobel por su retórica sobre la cuestión nuclear y otros problemas globales. Pero esto no duró mucho, porque su administración se apresuró a dejar claro que el desarme nuclear total era inalcanzable. La *Nuclear Posture Review* de abril de 2010 se distanció de la administración anterior al afirmar que no se producirían ensayos nucleares ni se desarrollarían nuevas armas. Ese mismo año, Washington y Moscú concluyeron el llamado nuevo START,* en el que se

acordaban nuevas reducciones de cargas nucleares estratégicas. Sin embargo, el tratado no limitaba las armas estratégicas ni las cargas nucleares no desplegadas, como tampoco afectaba al mantenimiento de la tríada estratégica. En un mensaje dirigido al Senado sobre el nuevo tratado START, Obama aseguraba que se proponía mantener la plataforma en la que se asentaba la base industrial de la nación y «modernizar o sustituir la tríada de sistemas estratégicos de lanzamiento nuclear»; es decir, los bombarderos pesados y armados con misiles de crucero, los misiles balísticos intercontinentales terrestres y los misiles balísticos lanzados por submarinos.[19]

En vez de convertirse en otro paso hacia «un mundo sin armas nucleares» —según las palabras de Obama en un celebrado discurso pronunciado en Praga en abril— el nuevo START supuso la victoria de los planificadores estratégicos posteriores a la guerra fría que defendían un paradigma revisado de la disuasión nuclear. Los enormes arsenales que caracterizaron el equilibrio del terror entre Estados Unidos y la Unión Soviética se reducirían sustancialmente, aunque no desaparecerían del todo. Las cifras oficiales publicadas en marzo de 2015 sitúan el número de cargas nucleares estratégicas desplegadas por EE. UU. en 1.597 y de 1.592 para Rusia. (Otras fuentes dan unas cifras ligeramente superiores.)

Si consideramos que la suma de los arsenales de ambas superpotencias ascendía a más de 60.000 cargas nucleares en el momento álgido de la guerra fría, este repliegue de la «destrucción mutuamente asegurada» fue impresionante. No obstante, este logro se vio debilitado por el hecho de que en aquel momento nueve naciones poseían armas nucleares y ninguna tenía la intención de deshacerse de ellas. El número de naciones con capacidad para producir armas nucleares era muy elevado, y la probabilidad de un uso accidental o deliberado de estas terribles armas iba en aumento. El «arco de inestabilidad atómica» era aún más inquietante que cuando empezó a utilizarse esta frase diez años atrás.[20]

Las previsiones nucleares específicas a largo plazo de la administración Obama fueron reveladas en septiembre de 2014. Dichas proyecciones recomendaban modernizar la tríada nuclear mediante la construcción de

nueve submarinos capaces de albergar y transportar misiles balísticos, hasta cien nuevos bombarderos de largo alcance, y cuatrocientos misiles balísticos terrestres nuevos o reacondicionados. Las previsiones reflejaban incluso el exorbitante coste previsto: 335.000 millones de dólares durante la década siguiente, y algo más de 1 billón durante los treinta años posteriores. Gran parte de esta proyectada fuerza nuclear estaría plenamente operativa en la década de 2020, en vísperas de 2030, año en el que los patrocinadores del Global Zero esperaban ver cumplido su sueño.[21]

A principios de 2015, fuentes no gubernamentales estimaron que el inventario de las cargas nucleares en todo el mundo rondaba las 15.700. De ellas, 4.100 se consideraron operativas, con «unas 1.800 cargas nucleares estadounidenses y rusas en estado de alerta máxima». Cada uno de estos países conservaba una reserva de varios miles de cargas nucleares no desplegadas; y cada una de ella tenía importantes inventarios de cargas retiradas cuyo desmantelamiento estaba programado (unas 3.000 en Rusia y 2.500 en Estados Unidos). Los inventarios estimados de las otras siete naciones nucleares eran como sigue: Francia, 300; China, 250; Reino Unido, 215; Pakistán, de 100 a 120; la India, de 90 a 100; Israel, 80; y Corea del Norte, menos de 10.[22]

Un artículo de portada sobre «la nueva era nuclear» publicado por la revista *Economist* en marzo de 2015 concluía afirmando que: «Aunque ahora hay menos armas nucleares que en el apogeo de la guerra fría [...] la posibilidad de que algunas de ellas sean usadas es mayor y sigue aumentando». Rusia había comprometido un tercio de su presupuesto militar a la modernización nuclear. China hacía grandes inversiones para desarrollar su capacidad de réplica. Pakistán se centraba en las armas nucleares de combate para compensar la inferioridad de sus fuerzas convencionales respecto a las de la India (y el control militar que ejercía sobre su arsenal estaba bajo sospecha). Tanto Pakistán como la India desarrollaban la capacidad de lanzar dichas armas desde submarinos. Se creía que Corea del Norte desarrollaba un misil capaz de alcanzar la costa oeste de Estados Unidos. Irán estaba a punto de unirse al club de las armas nucleares (una situación impedida por la firma de un acuerdo con los

miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a mediados de 2015). Se especulaba que si la tensión en la guerra fría hubiera aumentado aún más, otras naciones habrían decidido avanzar por la vía nuclear, entre ellas Arabia Saudí, Egipto, Japón y Corea del Sur.[23]

En la primera década del siglo XXI, cuarenta y seis países ya poseían uranio para fabricar armas y otras trece naciones, plutonio idóneo para el mismo fin. Según un cálculo muy general, este material fisionable disperso y apto para usos bélicos bastaba para fabricar «más de 200.000 armas nucleares». Añadamos a ello el intento de los terroristas suicidas de comprar, robar o construir una pequeña arma e introducirla ilegalmente (como las drogas), en un país designado y el nuevo equilibrio del terror nuclear era, de esta manera retorcida, tan delicado y terrorífico como el viejo.[24]

9

Setenta y cinco años de siglo americano

El año 2016 marcó el septuagésimo quinto aniversario del «siglo americano», el concepto acuñado por Henry Luce. Si el editor de la revista *Life* hubiera estado vivo, ¿cómo hubiera respondido?

Sin duda, a cierto nivel Luce se hubiera dado cuenta de que su visión de Estados Unidos como «la nación más poderosa y vital del mundo» se había confirmado. El aislacionismo era una manera de pensar propia del pasado. La segunda guerra mundial se había encargado de ello. «Un internacionalismo verdaderamente americano» abarcaba gran parte del globo, aunque el auge de manifestaciones de identidad e intolerancia sectaria lo cuestionasen. Los «principios democráticos», la «libertad bajo la ley», la «igualdad de oportunidades» —valores que él ensalzó como la esencia de la Declaración de Independencia, la Constitución y la Declaración de Derechos— ahora eran moneda corriente en todo el mundo. A menudo esto no era más que retórica, pero igualmente a menudo ocupaban un lugar en la mente y el corazón de la gente. Este no fue el caso

en 1941, cuando la guerra más terrible de la historia moderna estuvo a punto de asolar el planeta.

El espectáculo de un mundo lleno de florecientes sociedades de consumo hubiera sido muy de su agrado. (El ensayo de 1941 se refería a la «vida más rica» que «es una de las promesas genuinamente estadounidenses».) También le hubiera complacido la disolución de la Unión Soviética. En cambio, el auge de China, donde nació y creció hasta mediada su adolescencia, seguramente le hubiese atormentado: una gran cultura y un pueblo que había sufrido tanto tiempo y que al fin reconquistaba su fuerza y su prosperidad, pero que seguía bajo la férula de comunistas ateos y autoritarios.

El ensayo sobre el «siglo americano» reflejaba un celo de misionero que en el caso de Luce era literal, hijo como era de una familia presbiteriana cuya vida estaba dedicada a difundir la palabra de Dios a los paganos. Transfigurado en patriotismo, este celo equivalía a lo que hoy llamamos el evangelio del excepcionalismo estadounidense. Según este evangelio, los estadounidenses superan a todos los demás en la virtud y en la práctica, pero esto se puede —y se debe— compartir. El mensaje era y sigue siendo idealista, generoso, moralista, paternalista, condescendiente, lleno de dobles raseros e hipocresía, y especialmente carente de introspección y autocrítica. En este sentido, al Henry Luce de 1941 le hubiera parecido que esta certeza en la justicia y en la retórica misionera de su país, setenta y cinco años después, le resultaba familiar y probablemente reconfortante. La guerra fría y la posterior guerra contra el terror exacerbaron esa retórica nacionalista, pero sus raíces son profundas.

Sin embargo, nadie que escribiese en 1941 hubiera podido anticipar la aceleración exponencial del cambio que tuvo lugar tras la segunda guerra mundial. Y nadie que hubiera muerto en 1967, como en el caso de Luce, habría podido imaginar cómo Estados Unidos saldría de la guerra de Vietnam (que él apoyaba fervorosamente), tan mancillado y humillado, o cómo la revolución digital transformaría el mundo, incluso los asuntos militares, o cómo a las anteriores confrontaciones históricas entre naciones les sucedería una época de violencia y terror no estatal e irregular que

consiguió que el miedo se convirtiera en una piedra angular de EE. UU. y del siglo americano.

No hay manera de saber cómo el hombre que en 1941 escribió «categóricamente» que la misión de Estados Unidos no era «comprometerse a patrullar todo el mundo» hubiera respondido a las misiones encubiertas que la CIA y las fuerzas de operaciones especiales llevaban a cabo en unos 150 países, o a que Estados Unidos mantuviera más de ochocientas bases militares en el extranjero. ¿Qué hubiera dicho sobre el gasto militar anual de su país, cercano al billón de dólares, y sobre que el «presupuesto base» anual del Pentágono fuese superior al conjunto de los ocho países siguientes? ¿O sobre un estamento militar cuya misión actual consistía en mantener un «dominio de espectro completo» no solo por tierra, mar y aire, sino también en el espacio exterior y el ciberespacio? ¿O sobre el hecho de que Estados Unidos fuera el principal proveedor de armas del mundo, representando casi la mitad de todos los suministros de armas en términos de valor entre 2007 y 2014?[1]

Dada su hostilidad ideológica a cualquier tipo de «colectivismo», aun el del tipo New Deal, solo podemos suponer lo que Luce hubiera dicho sobre la transformación de su país en un estado de seguridad nacional y un estado vigilante. Probablemente, hubiera aplaudido la resistencia al desarme nuclear total y aprobado la modernización del arsenal reducido, pero ni siquiera podemos afirmarlo con certeza. Al fin y al cabo, muchos miembros del clero nuclear de la guerra fría finalmente llegaron a considerar que la disuasión nuclear era una insensatez en una era de fragmentación global.

No es difícil imaginar a Luce atónito y confundido por el caos del siglo XXI, que tan poco se parece a la titánica colisión de naciones e ideologías que le impulsaron a escribir su optimista visión de un inminente siglo americano en 1941. Setenta y cinco años después hubiera encontrado a su querido país militarmente enfangado en dos pequeños países, Afganistán e Irak, en conflictos que ya duraban tres veces más que el intervalo entre Pearl Harbor y el fin de la segunda guerra mundial. Además de esto, el ejército estadounidense estaba simultáneamente implicado en conflictos en

otros cinco países en el gran Oriente Medio (Pakistán, Siria, Libia, Yemen y Somalia), a los cuales tampoco se les veía un final.

A primera vista, los nombres de estos lugares hubieran podido sugerir una apariencia de continuidad con los conflictos entre naciones-estado del pasado, aunque esta impresión hubiera desaparecido rápidamente. El nombre de los países simplemente ocultaba un disparatado mosaico de estados patrocinadores y guerras por sustitución, fuerzas de alquiler, insurgencias, terroristas rivales y organizaciones milicianas, odios sectarios, conflictos étnicos y tribales y, lisa y llanamente, crímenes y corrupción. No podía esperarse que un espectador corriente descifrase quién luchaba contra quién.

Según las versiones oficiales, las guerras de Irak y Afganistán acabaron antes de 2016. Estados Unidos anunció la retirada de sus fuerzas de combate en Irak en diciembre de 2011, y dos años después el presidente Obama declaró que su país ya no seguiría librando una «guerra global contra el terror» *per se*. En 2014, Estados Unidos y la OTAN terminaron formalmente sus misiones de combate en Afganistán. Estos acontecimientos fueron importantes desde el punto de vista organizativo y simbólico, pero en la práctica real no pusieron fin a la intervención militar en los dos atormentados países, ni tampoco a la actividad que desarrollaban en ellos los varios miles de contratistas privados, estadounidenses y extranjeros, que figuraban en la nómina del Pentágono. La antigua campaña de la guerra contra el terror continuó en nuevas circunstancias y bajo nuevos nombres. [2]

Las fuerzas extranjeras dirigidas por Estados Unidos nunca se retiraron completamente de Afganistán. A mediados de 2016, cerca de 7.000 miembros del personal militar estadounidense entrenaban y ayudaban a las tropas afganas; otros 2.850 soldados de las fuerzas de operaciones especiales en el país estaban implicados en misiones clandestinas de «contraterrorismo»; más de 5.850 soldados de la OTAN estaban desplegados en Afganistán, y el número de contratistas militares ascendía por lo menos a 26.000. El personal militar estadounidense empezó a regresar a Irak a mediados de 2014 como respuesta al surgimiento, allí y en

la vecina Siria, del militante Estado Islámico de Irak y del Levante (EIIL), una organización que se remontaba a la oposición a la invasión encabezada por EE. UU. en 2003. El EIIL derrotó a las fuerzas gubernamentales iraquíes entrenadas por EE. UU. en ciudades clave a principios de 2014, y en junio se proclamó audazmente como califato. A mediados de 2016, el número de fuerzas estadounidenses en Irak era aproximadamente de 5.000 personas, entre las que se contaban unidades de operaciones especiales y de aviación que participaban en misiones de bombardeo en Irak y en Siria. Entre agosto de 2014 y abril de 2016, los ataques aéreos dentro y fuera de Irak lanzaron más de 40.000 bombas.[3]

En Siria, donde había estallado una brutal guerra civil en 2011, los estragos del EIIL exacerbaron un ya anárquico escenario de muerte y destrucción en el que el gobierno sirio, apoyado por Irán y por los aviones de combate rusos, bombardeó zonas urbanas densamente pobladas en manos de los rebeldes con todo tipo de municiones, desde las bombas de barril hasta las bombas incendiarias y las de fósforo blanco; bombas de racimo, enormes «bombas antibúnker», y ataques con gas de cloro. Las estimaciones sobre el número de rebeldes, civiles y fuerzas del gobierno muertos tras cinco años de lucha rondaban el medio millón, y grandes ciudades como Alepo estaban en ruinas. En un país cuya población antes de la guerra oscilaba entre los 22 y 23 millones, al menos 6,6 millones fueron desplazados internamente y unos 4,9 millones huyeron y se convirtieron en refugiados. Estos individuos desarraigados —que ascendían a la mitad de la población antes de la guerra— solo eran, naturalmente, una parte de los más de 65 millones de personas desplazadas por la fuerza en todo el mundo, según los cálculos dados a conocer por Naciones Unidas a principios de 2016.

Imaginar qué «hubiera podido pensar» Henry Luce setenta y cinco años después de la publicación de su ensayo no es más que un juego, por supuesto, pero un juego que puede ayudar a definir mejor el pasado y el presente de una manera cercana y provocativa. En 2016, la respuesta militar estadounidense al 11-S ya tenía quince años y había sufrido varios cambios de nombre —desde GGCT a «operaciones de contingencia en el extranjero»

(un nuevo bautizo burocrático realizado en 2009 a efectos presupuestarios) hasta «la larga guerra» (común en círculos militares), e incluso «la guerra eterna» (en los comentarios críticos populares). Se tenían al alcance de la mano, como nunca antes, convincentes acumulaciones de datos y cuesta imaginar que a Luce no le hubieran parecido alarmantes e inquietantes: el trágico número de personas desplazadas en todo el mundo, solo superado en la segunda guerra mundial y su posguerra inmediata; la extraordinariamente elevada incidencia de los trastornos mentales y emocionales crónicos entre los veteranos estadounidenses de las guerras posteriores, incluyendo también el teóricamente bajo número de víctimas de la guerra del Golfo en 1991; el perjuicio político que causó a la democracia la creación de un gigantesco estado de seguridad nacional dedicado a perpetuar un estado de semiguerra; los enormes costes fiscales en los que se había incurrido para las décadas venideras debido a una respuesta soberbia y desproporcionada a un solo día de terror.

Sin embargo, al mismo tiempo, seguramente Luce hubiera señalado que gran parte de la violencia que asolaba al gran Oriente Medio tenía raíces indígenas. Nadie podría negarlo seriamente, pero del mismo modo ningún observador sensato podría negar que las temerarias respuestas de Washington (y de Londres), al 11-S fueron un gran detonante de esta desestabilización y desintegración. La paradoja de la situación fue que gran parte de la retórica que acompañó el desencadenamiento de la desastrosa guerra contra el terror sonaba como un plagio de su propia formulación de 1941 sobre la misión y el destino manifiesto de Estados Unidos.

En lo referente a Londres, en 2016 Luce hubiera tenido acceso a la publicación en ese año del «informe Chilcot», compuesto por trece volúmenes, que recogía los resultados de una larga investigación, que se prolongó siete años, sobre la implicación británica en la invasión y la ocupación de Irak. El informe condenaba sin paliativos la decisión del gobierno de unirse a Estados Unidos para desencadenar una guerra preventiva y de la ineptitud militar británica a la hora de definir y llevar a cabo su misión. Tal vez (o tal vez no), Luce hubiera preguntado por qué en Estados Unidos jamás se emprendió ninguna investigación oficial

comparable que tuviese autoridad para presentar documentos, movilizar testimonios, evaluar la toma de decisiones y determinar la responsabilidad individual e institucional. En realidad, la pregunta más candente es por qué en Estados Unidos es políticamente imposible llevar a cabo una investigación semejante. ¿Es que la responsabilidad es consustancial al excepcionalismo?[4]

No hay ninguna razón para imaginar que, al observar toda esta violencia y sufrimiento —y todo el caos y el derramamiento de sangre después de 1945 que les precedió— la fe de Luce en Estados Unidos como la última y mejor esperanza del mundo se hubiera debilitado. Es fácil imaginarle uniéndose al coro de observadores indiferentes que sostienen que la violencia ha disminuido en comparación con los horrores de la segunda guerra mundial y otras épocas pretéritas y que incluso la muerte, el dolor y la agonía que hemos visto desde el 11-S en realidad reflejan, por parte de Estados Unidos, un encomiable giro tecnológico y psicológico en favor de la precisión, la moderación y la preocupación por evitar víctimas civiles.

En la mística de la virtud excepcional no ha lugar para pensar seriamente en la irresponsabilidad, la provocación, la embriaguez con la fuerza bruta, la paranoia, la soberbia, las acciones temerarias y criminales, y ni siquiera en la negligencia criminal.

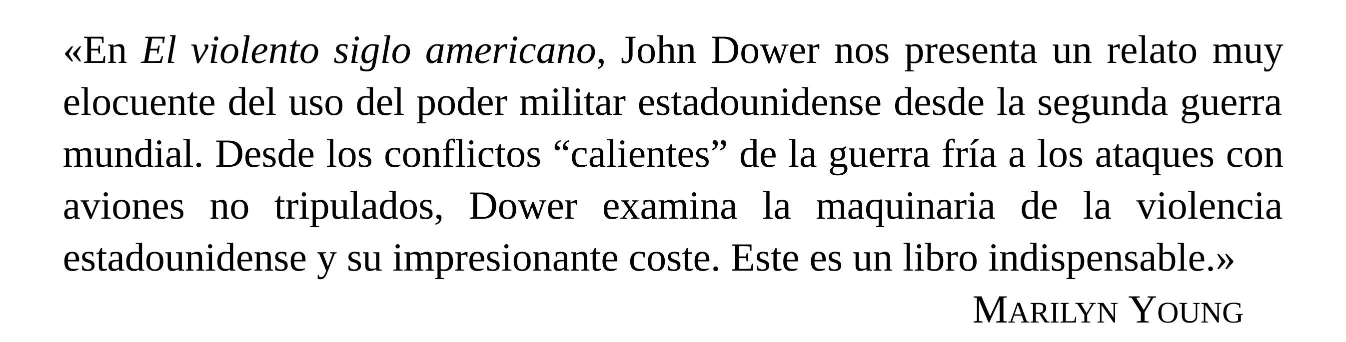
Elogios

«John Dower acaba este crudo relato de setenta y cinco años ininterrumpidos de guerras, intervenciones, asesinatos y otros crímenes pidiéndoos que “pensemos seriamente” por qué la nación más poderosa de la historia del mundo se entrega con tanto afán a estas prácticas sin tener en cuenta la naturaleza de sus acciones y las consecuencias de las mismas; una petición que no puede ser más oportuna o necesaria a medida que el “arco de inestabilidad” se convierte en un “océano de inestabilidad” e incluso en un “arco de inestabilidad atómica” según sus agudas reflexiones sobre el escalofriante mundo de hoy.»

NOAM CHOMSKY

«Ningún historiador comprende el coste humano de la guerra, con su paranoia, locura y violencia, como lo hace John Dower, y en este volumen sumamente documentado nos explica cómo, desde el fin de la segunda guerra mundial, Estados Unidos se ha apartado de sus ideales y de su humanidad para convertirse en una cerilla que ha incendiado el planeta. La “guerra global contra el terror” proclamada por George W. Bush tras el 11-S no fue una nueva aventura, sino más de lo mismo.»

SEYMOUR HERSH



«En *El violento siglo americano*, John Dower nos presenta un relato muy elocuente del uso del poder militar estadounidense desde la segunda guerra mundial. Desde los conflictos "calientes" de la guerra fría a los ataques con aviones no tripulados, Dower examina la maquinaria de la violencia estadounidense y su impresionante coste. Este es un libro indispensable.»

MARILYN YOUNG

«John Dower es nuestro guía más juicioso en el oscuro submundo del poder estadounidense en el mundo desde la posguerra. Quienes se centran en Europa y Norteamérica hablan de una *pax americana*. Esto supone dejar de lado las tecnologías de la violencia que Washington desplegó meticulosamente en Asia y el Sur global, desde la guerra total hasta la "conmoción y el pavor", de los cuales Dower es nuestro analista inquebrantable.»

JUAN COLE

Notas

Capítulo 1: La magnitud de la violencia

[1] El general Martin Dempsey al Comité de Servicios Armados del Senado en febrero de 2013; también se dirigió de manera similar al Comité de Servicios Armados del Congreso el día siguiente, así como en unas declaraciones en 2012.

[2] Steven Pinker, *The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined*, Penguin, 2011, XXI. Los comentarios en línea de y sobre Steven Pinker son numerosísimos. Pinker reconoce haber adoptado la expresión «larga paz» del historiador John Gaddis. La cita a la «era más pacífica» aparece en el primer párrafo de su libro, y se repite con esencialmente las mismas palabras en muchas de sus presentaciones. De hecho, el argumento sobre la disminución de la violencia quedó bien expuesto con anterioridad al libro de Pinker. Una reseña académica publicada en 2003, por ejemplo, comentaba que «prácticamente es un lugar común decir que la guerra se está convirtiendo en algo obsoleto». Véase Meredith Reid Sarkees, Frank Whelon Wayman y J. David Singer, «Inter-State, Intra-State, and Extra-State Wars: A Comprehensive Look at Their Distribution over Time, 1816-1997», *International Studies Quarterly*, 47, 2003, pp. 49-50.

[3] Véanse las tablas compiladas por Genocide Watch: The International Alliance to End Genocide, en «Genocides, Politicides, and Other Mass Murder Since 1945», 2010, en www.genocidewatch.org. Sus cantidades totales de los «acumulados de víctimas civiles» están redondeadas y no proporcionan estimaciones de mayor/menor.

[4] Es un punto de vista muy citado. Véase, por ejemplo, Steven Pinker y Andrew Mack, «The World Is Not Falling Apart», *Slate*, 22 de diciembre de 2014.

[5] Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), *Global Trends: Forced Displacement in 2015*, junio de 2016. Para informes anteriores, véase UNHCR*: Mid-Year Trends 2015* y UNHCR, *Global Trends: Forced Displacement in 2014*.

[6] David Rieff, «Were Sanctions Right», *New York Times Magazine*, 27 de julio de 2003.

[7] «Minefield: Mental Healh in the Middle East», *Economist*, 21 de mayo de 2003.

[8] Terri Tanielian y Lisa H. Jaycos, comps., *Invisible Wounds of War: Psychological and Cognitive Injuries, Their Consequences, and Services to Assist Recovery*, Rand Center for Military Health Policy Research, 2008, especialmente las páginas xxi, 3-5. Véase tambien el capítulo 7 de nuestro libro, en el que se exponen datos más recientes sobre el TEP, las LCT y otros trastornos mentales relacionados.

[9] Institute for Economics and Peace, *Global Terrorism Index* 2015, publicado en noviembre de 2015, en www.economicsandpeace.org; Chicago Project on Security and Terrorism (CPOST), «Suicide Attack Database», actualizado el 19 de abril de 2016, en www.cpostdata.uchicago.edu.

[10] Para una concisa exposición de este argumento, por el director del Belfer Center for Science and International Affairs de la Harvard Kennedy School of Government, véase Graham Allison, «Fear Death from Tree Limbs, Not Terrorists», *Boston Globe*, 22 de febrero de 2016.

[11] En cuanto se refiere a las «tres D», Scott Atran cita a un general no identificado que declaró lo siguiente: «Fui entrenado para las tres D —derrota, destrucción y devastación— y ahora me dicen que somos responsables de las tres R —reconstruir, reformar, renovar—. Pues bien, nunca fui entrenado para ello, y ahora, ¿qué diablos esperan que haga? ¿Destruir correctamente para después reconstruir?». Citado en Atran, «Pathways to and from Violent Extremism: The Case for ScienceBased Field Research. A presentation before the Senate Armed Services Subcommittee on Emerging Threats and Capabiities», el 3 de marzo de 2010. Más adelante, en el capítulo sexto, nos ocuparemos del «dominio de espectro completo» y de otros lemas y declaraciones de objetivos. El mantra del «espectro completo» aparece en dos publicaciones del Estado Mayor Conjunto: *Joint Vision 2010* (1996) y *Joint Vision 2020* (2000). El Mando de Ataque Global de la Fuerza Aérea fue activado en 2009, como sucesor del Mando Aéreo Estratégico de la guerra fría (desactivado en 1992), después de varios incidentes alarmantes como la mala gestión de las armas nucleares. En cuanto a las bases en ultramar, véase *Base Structure Report - Fiscal Year 2015 Baseline*, (especialmente la página DoD-6), publicado por el Departamento de Defensa. Para el recuento no oficial (unas ochocientas bases en ochenta países), véase David Vine, «The United States Probably Has More Foreign Military Bases Than Any Other People, Nation, or Empire in History», *Nation*, 14 de septiembre de 2015; y también el estudio más pormenorizado de David Vine, *Base Nation: How U.S. Bases Abroad Harm America and the World* , Metropolitan Books / Henry Holt, 2015, en el que examina las instalaciones temporales denominadas «nenúfares». En el capítulo octavo se abordará el despliegue de las Fuerzas de Operaciones Especiales en el extranjero. Nick Turse es el principal investigador que publica estudios sobre este asunto, a menudo en la página web *Tom Dispatch*, www.tomdispatch.com. En 2016, William D. Hartung calculó que Estados Unidos «está contribuyendo al armamento y al entrenamiento de fuerzas de seguridad en ciento ochenta países»; véase su «The Pentagon’s War on Accountability», en *Tom Dispatch*, 24 de mayo de 2016.

[12] Los datos actualizados acerca de los ataques estadounidenses con drones, especialmente sobre Pakistán, Yemen y Somalia están disponibles en la página web del Bureau of Investigative Journalism (www.thebureauinvestigates.com). Los datos actualizados sobre los ataques con drones del Reino Unido están tabulados en la web del Drone Wars UK. Sobre los mortíferos ataques israelíes con drones en Gaza en 2014, véase Ann Wright, «Two Years Ago Israel Attacked Gaza for 51 Days as Drone Warfare Becomes the Norm», 8 de junio, en la página web de *Alternet*, www.alternet.org.

[13] Stockholm International Peace Research Institute, «Global Nuclear Weapons: Downsizing but Modernizing», 13 de junio de 2016, accessible en la web www.sipri.org.

[14] Alan Robock y Owen Brian Toon, «Let's End the Peril of a Nuclear Winter», *New York Times*, 11 de febrero de 2016; también su anterior artículo «Local Nuclear War, Global Sufferig», *Scientific American*, 302, enero de 2010, pp. 74-81. Los autores son científicos que se dedican a la investigación sobre el invierno nuclear. Sobre las naciones con «potencial armamentístico nuclear», véanse los capítulos 2 y 8 de este libro.

[15] Para un breve resumen de las armas nucleares estadounidenses y la agenda de modernización de las mismas, véase Hans M. Kristensen y Robert Norris, «United States Nuclear Forces, 2016», *Butlletin of the Atomic Scientists*, 72, n.º 2 («Nuclear Notebook»), marzo de 2016, pp. 63-73.

[16] Esas ocho naciones, no identificadas en el discurso del presidente, son las siguientes (en orden descendente de gasto militar en defensa): China, Rusia, Arabia Saudí, Francia, Reino Unido, Alemania, Japón e India. Véase Anthony H. Cordesman, *The FY 2016 Defense Budget and US Strategy: Key Trends and Data Points*, Center for Strategic and International Studies, 2 de marzo de 2015, pp. 3-12, especialmente la tabla de la página 12 basada en datos de 2014 y compilados por el Stockholm International Peace Research Institute. La cifra del presupuesto base anual del Departamento de Defensa que aparece en esta tabla es de 640.000 millones de dólares; el total de las ocho naciones mencionadas es de 607.000 millones.

[17] Para un desglose tabulado del presupuesto del billón de dólares, basado en fuentes gubernamentales, véase Mandy Smithberger, «Pentagon’s 2017 Budget Was Mardi Gras for Defense Contractors», *Defense Monitor,* enero-marzo de 2016, accesible en el Project on Government Oversight, www.pogoarchives.org. Melvin Goodman presenta un examen histórico crítico del gasto militar estadounidense después de la segunda guerra mundial en *National Insecurity: The Cost of American Militarism*, City Lights, 2013. Véase también William D. Hartung, «The Pentagon’s War on Accountability», *Tom Dispatch*, 24 de mayo de 2016.

[18] Las tres publicaciones de gran tirada de Luce, *Time*, *Life* y *Fortune*, tenían gran repercusión en la opinión pública, y Luce ejercía una influencia considerable, aunque no total, sobre su inclinación política. Para una panorámica bien documentada, véase Alain Brinkley, *The Publisher; Henry Luce and His American Century*, Knopf, 2009.

[19] Brinkley, *The Publisher*, capítulo 12, «Cold Warriors». Véanse especialmente las páginas 365, 367, 377, 445-447 (convertir los conflictos de Corea y Vietnam en una guerra con China), y 366, 372-373, 375-376 (uso anticipatorio de armas nucleares contra la Unión Soviética y China).

[20] Véanse, por ejemplo, los diversos cálculos en Andrew Bacevich, ed., *The Short American Century: A Postmortem*, Harvard University Press, 2012.

Capítulo 2: Los legados de la segunda guerra mundial

[1] Departament of Veterans Affairs, «America's Wars», mayo de 2015, en www.va.gov. Este informe no contempla la categoría «otras muertes en servicio (fuera del campo de batalla)», una categoría estándar y muy amplia que se estableció en la guerra hispano-estadounidense de 1898-1902.

[2] George Orwell empleó el término «guerra fría» en un ensayo de octubre de 1945 titulado «You and the Atom Bomb», pero por lo general la popularización del mismo se atribuye a un discurso de Bernard Baruch pronunciado en abril de 1947 que fue recogido y difundido por Walter Lippmann y otros periodistas.

[3] B. V. A. Röling, «The Tokyo Trial and the Quest for Peace», en *The Tokyo War Crimes Trial: An International Symposium*, C. Hosoya *et al.* eds., Kodansha y Kodansha International, 1986, p. 130.

[4] Richard Overy, «Total War II: The Second World War», en *The Oxford Illustrated History of Modern War*, editada por Charles Townshend, Oxford University Press, 1997, pp. 129-131; véase también el capítulo de Overy titulado «Air Warfare», en la misma obra.

[5] La aparición de la política estadounidense de atacar poblaciones civiles se aborda con todo detalle en el capítulo octavo, titulado «Air War and Terror Bombing in World War Two», en John W. Dower, *Cultures of War: Pearl Harbor / Hiroshima / 9-11 / Iraq*, Norton and New Press, 2010. [Traducción al castellano, *Culturas de guerra. Pearl Harbor, Hiroshima*, *11-S*, *Irak,* Pasado y Presente, Barcelona, 2012.]

[6] Para un corto resumen empleado por el Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial estadounidense, véase David Mindell, «The Science and Techonology of World War II», accesible en la página web www.learnnc.org.

Capítulo 3: El terror nuclear de la guerra fría

[1] Esta contradicción se aborda en Tom Engelhardt, *The End of Victory Culture*, segunda edición actualizada, University of Massachusetts Press, 2009; publicado originalmente en 1995.

* *Duck Hook* es un término propio del golf que se aplica a los efectos de un golpe que se desvía de manera imprevista. (*N. de la t.*)

[2] La «teoría del loco» fue objeto de gran atención desde, aproximadamente, 1998, y los documentos secretos de la operación *Duck Hook* fueron desclasificados en noviembre de 2005. Véanse especialmente las fuentes siguientes: William Burr y Jeffrey P. Kimball, ed., «Nixon White House Considered Nuclear Options Against North Vietnam, Declassified Documents Reveal: Nuclear Weapons, the Vietnam War, and the "Nuclear Taboo"», National Security Archive, 31 de julio de 2006, accessible en la página web www.nsarchive.gwu.edu; Burr y Kimball, *Nixon's Nuclear Specter: The Secret Alert of 1969, Madman Diplomacy, and the Vietnam War*, University of Kansas Press, 2015; Robert G. Kaser, «The Disaster of Richard Nixon», *New York Review of Books*, 21 de abril de 2016; H. R. Haldeman, *The Ends of Power*, Times Books, 1978; citado en Kaiser, «Disaster of Richard Nixon»; Scott D. Sagan y Jeremi Suri, «The Madman Nuclear Alert: Secrecy, Signaling, and Safety in October 1969», *International Security*, 27, n.º 4, primavera de 2003, pp. 150-183. La última de estas fuentes emplea la teoría del loco como estudio de caso para examinar la bibliografía de ciencia política sobre la «diplomacia de las armas nucleares».

[3] El texto desclasificado NSC 162/2 «A Report to the National Security Council by the Executive Secretary on Basic National Security Policy», 30 de octubre de 1953, es accessible en la página web de la Federation of American Scientists, www.fas.org.

** El acrónimo MAD, que se empleará en lo sucesivo, corresponde a *mutually assured destruction*, y resulta inquietante porque, en inglés, *mad* significa «loco». (*N. de la t.*)

[4] Albert Wohlstetter, «The Delicate Balance of Terror», *Foreign Affairs*, enero de 1959.

*** El acrónimo SAC, que se empleará en lo sucesivo, corresponde a Strategic Air Command. (*N. de la t.*)

[5] El dudosamente redactado documento del SAC fue desclasificado en 2015, con un útil y breve comentario, por el National Security Archive en la George Washington University (en adelante www.nsarchive.gwu.edu). Véase William Burr, ed., «U.S. Cold War Nuclear Target Lists Declassified for First Time», National Security Archive Electronic Briefing Book n.º 538, accessible en www.nsarchive.gwu.edu.

[6] El físico Wm. Robert Johnston ha compilado un amplio archivo, «Nuclear Weapons», que forma parte de su extenso sitio web Johnston's Archive en www.johnstonsarchive.net. Las principales tablas que detallan la carrera armamentística nuclear se basan fundamentalmente en las estimaciones del National Resource Defense Council y en el *Butlletin of the Atomic Scientists.* Las tablas de Johnston incluyen cronologías que empiezan en 1945, y que distinguen entre las cargas nucleares estratégicas y no estratégicas, y también detallan el megatonelaje de los arsenales estadounidense y soviético. Toda esta información está disponible en una sección titulada «Nuclear stockpiles: Cumulative estimates». Véase también Hans M. Kristensen y Robert S. Norris, «Global Nuclear Weapons Inventories, 1945-2013», *Butlletin of the Atomic Scientists*, 69, n.º 5, septiembre-octubre de 2013. La tabla acumulativa de la página 76 de esta visión de conjunto recoge los arsenales estadounidense y soviético hasta 2013, sin distinguir entre cargas estratégicas y tácticas. La estimación de los arsenales nucleares presenta algunas variaciones en función de la fuente. Las cantidades que figuran en el texto se atienen a los útiles informes de Johnston.

[7] Joint Chiefs of Staff, «Memorandum for the Secretary of Defense: Berlin Contingency Planning», 26 de junio de 1961, especialmente las páginas 1-5, 20. (Este memorándum, de 53 páginas, daba las proyecciones de bajas en porcentajes, que he aplicado a las poblaciones soviética y china en 1960.) El texto fue desclasificado para el National Security Archive en la George Washington University y es accesible en línea. Para los ataques nucleares a China, véase Hans M. Kristensen, Robert S. Norris y Matthew G. McKinzie, *Chinese Nuclear Forces and U.S. Nuclear Planning* (Federation of American Scientists and Natural Resources Defense Council, noviembre de 2006), sobre todo el capítulo 3 («China in U.S. Nuclear War Planning»), accessible en la página web www.fas.org. Erich Schlosser proporciona vívidos detalles, basados en los archivos, del extremismo paranoide de la planificación nuclear estadounidense en su excelente estudio *Command and Control: Nuclear Weapons, the Damascus Accident, and the Illusion of Safety*, Penguin Press, 2013; véanse especialmente las páginas 202-207 (sobre la génesis, entre 1960 y 1961, del SIOP, el plan ultrasecreto y regularmente actualizado Single Integrated Operational Plan que, esencialmente, definía los objetivos nucleares hasta principios del siglo XXI), y 351-356 (sobre las apocalípticas proyecciones secretas sobre el devastador impacto de los ataques con todas las armas nucleares).

[8] El tonelaje total de todas las bombas lanzadas por las fuerzas aéreas estadounidenses y británicas en la segunda guerra mundial fue, aproximadamente, de 3,4 millones, y cada una de las bombas convencionales típicas transportaba una carga útil equivalente a una tonelada de TNT. El ensayo nuclear realizado en las Bikini en 1954 que irradió un barco de pesca japonés desencadenó el tardío desarrollo del movimiento antinuclear en el Japón de la posguerra.

[9] Kristensen y Norris, «Global Nuclear Weapons Inventories, 1945-2013». Para una lista completa de los ensayos nucleares estadounidenses, véase el US Department of Energy, Nevada Operations Office, *United States Nuclear Tests: July 1945 through September 1992*, diciembre de 2000. Este informe, de 185 páginas, puede consultarse en la web www.nnsa.energy.gov.

[10] Véanse las tablas en Johnston, «Nuclear Stockpiles».

[11] Amy F. Woolf, *U.S. Strategic Nuclear Forces: Background, Developments, and Issues*, Congressional Research Service, 18 de marzo de 2015, accessible en la web www.fas.org.

[12] Las fuentes secundarias clave sobre los despliegues estadounidenses de armas nucleares en ultramar, basadas en documentos desclasificados, son las siguientes: 1) Dos artículos en el *Butlletin of the Atomic Scientists*, de Robert S. Norris, William M. Arkin, y William Burr: «Where They Were», (noviembre-diciembre de 1999, pp. 26-35), y «Where They Where: How Much Japan Know?», (enero-febrero de 2000, pp. 11-13, 78-79). 2) Robert S. Norris, «United States Weapons Deployments Abroad, 1950-1977», Carnegie Endowment for International Peace (30 de noviembre de 1999). He utilizado la ilustrativa tabla «Pacific Ashore» en esta presentación para algunas de las cifras mencionadas en estos párrafos. 3) Hans Kristensen, *Japan Under thee US Nuclear Umbrella*, Nautilus Institute for Security and Sustainability, julio de 1999, en www.nautilus.org.

[13] S. L. Simon y W. L. Robinson, «A Compilation of Nuclear Weapons Test Detonation Data for U.S. Pacific Ocean Tests», *Health Physics*, 73, julio de 1997, pp. 258-264.

[14] Para la moderada valoración del efecto del tratado por parte del Departamento de Estado, véase Office of the Historian, «Milestones: 1961-1868. The Limited Test Ban Treaty, 1963», en la web www.history.state.gov. China y Francia no firmaron el TNP hasta 1992. El TNP allanó el camino para posteriores negociaciones sobre el control de armas, especialmente las SALT 1 (Strategic Arms Limitation Talks), iniciadas en 1969 y que llevaron, entre otros acuerdos, a un Tratado Bilateral sobre Misiles Antibalísticos en 1972.

[15] Sobre los estados con capacidad para crear armas nucleares, véase Arms Control Association, «The Status of Comprehensive Test Ban Treaty: Signatories and Ratifiers», marzo de 2014, en su web www.armscontrol.org, que enumera cuarenta y cuatro de esos estados, de los cuales treinta y seis han ratificado el CTBT. Véanse también las presentaciones tabulares, especialmente la figura 1.1 y la tabla 1.1, en *Universal Compliance: A Strategy for Nuclear Security*, (Carnegie Endowment for International Peace, junio de 2007), adheridas a www.carnegieendowment.org. Para más detalles, véanse capítulos 2 y 8.

[16] El concepto del «tabú nuclear» equivale a una corrección o complemento de los denominados argumentos realistas que postulan que las reflexiones sobre la disuasión son la clave para evitar la guerra nuclear. El principal estudio sobre el tema es el de Nina Tannenwald, *The Nuclear Taboo: The United States and the Non-Use of Nuclear Weapons Since 1995,* Cambridge University Press, 2007. Asímismo, la autora presenta su argumento en un artículo anterior: «Stigmatizing the Bomb: Origins of the Nuclear Taboo», *International Security*, 29, n.º 4, 2005, pp. 5-49.

[17] «General Lee Butler's Speech and His Joint Statemet with General Goodpaster», 4 de diciembre de 1996, transcrita en la página web www.pbs.org de la PBS «American Experience»; Robert Green, «On Seredipity, Enlightened Leadership and Persistence», reseña de la autobiografía autopublicada del general Butler, *Uncommon Cause: A Life at Odds with Convention*, 2015; Robert Kazel, «General Lee Butler to Nuclear Abolition Movement: "Don't Give Up"», entrevista realizada en 2015. Las dos últimas citas pueden consultarse en la página web www.wagingpeace.org, en la que figuran muchas otras alocuciones de Butler.

[18] William J. Perry, *My Life at the Nuclear Brink*, Stanford University Press, 2015, especialmente las páginas 33, 55.

[19] Schlosser, *Command and Control*, 327. Para una larga recensión del incisivo estudio de Schlosser de los accidentes nucleares reales y potenciales, véase Louis Menard, «Nukes of Hazard», *New Yorker*, 30 de septiembre de 2013.

[20] Seth Baum, «Nuclear War, the Black Swan We Can Never See», *Butlletin of the Atomic Scientists*, 21 de noviembre de 2014. Una cronología más concreta de las ocasiones en las que se estuvo a punto de la confrontación nuclear describe veintiséis incidentes entre 1956 y 2010, de los cuales veintitrés tuvieron lugar entre 1956 y 2010 (nueve de ellos durante la crisis de los misiles en Cuba en octubre de 1962); véase «Accidental Nuclear War: A Timeline of Close Calls», en la web de www.futureoflife.org.

* El título original de la película es *Dr. Strangelove or: How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb* (*N. de la t.*).

[21] Medio siglo después, la colisión aérea sobre Palomares fue objeto de un largo artículo en el *New York Times*. Véase Dave Phillipps, «Decades Later, Sickness Among Airmen After a Hydrogen Bomb Accident», *New York Times*, 20 de junio de 2016, y Raphael Minder, «Even Without Blast, 4 Hydrogen Bombs from ’66 Scar Spanish Village», *New York Times*, 20 de junio de 2016. El incidente llama la atención sobre otra gran cuestión, la de los «veteranos atómicos» y los «downwinders» que quedaron expuestos a la radiación durante los ensayos nucleares estadounidenses así como en las operaciones de limpieza como la que siguió al accidente de Palomares.

[22] Peter Hayes y Nina Tannenwald, «Nixing Nukes in Vietnam», *Butlletin of the Atomic Scientists*, mayo-junio de 2003. Véase también Tannenwald, *The Nuclear Taboo*. El informe secreto —y actualmente desclasificado— *Tactical Nuclear Weapons in Southeast Asia* puede encontrarse en diversas páginas web.

CAPÍTULO 4: LAS GUERRAS DE LA GUERRA FRÍA

[1] De los 3,4 millones de toneladas de bombas lanzadas por las fuerzas aéreas estadounidenses y británicas en la segunda guerra mundial, 654.000 toneladas fueron lanzadas en el teatro de operaciones del Pacífico y el resto, en Europa. En las incursiones aéreas estadounidenses que destruyeron sesenta y cuatro ciudades japonesas antes de Hiroshima y Nagasaki, el tonelaje total lanzado fue de 160.800 (el 24 % de todas las que se lanzaron en la zona del Pacífico); U.S. Strategic Bombing Survey, *Summary Report (Pacific War*), 1 de julio de 1946, p. 16. Bruce Cummings sitúa el tonelaje lanzado sobre Corea en 667.557 toneladas (incluyendo 32.557 toneladas de napalm); *The Korean War: A History*, Modern Library, 2010, p. 159. La terminante declaración de LeMay aparece en Curtis E. LeMay y MacKinlay Kantor, *Mission with LeMay: My Story*, Doubleday, 1960, p. 382.

[2] La estimación comúnmente aceptada de las bombas lanzadas por Estados Unidos en Vietnam, Camboya y Laos es de siete millones de toneladas. La cita de Kissinger se encuentra en Elizabeth Becker, «Kissinger Tipes Describe Crisis, War and Stark Photos of Abuse», *New York Times*, 27 de mayo de 1004. El comentario de Engelhardt aparece en su página web *TomDispatch*, 7 de junio de 2016.

[3] Para una breve cronología del agente naranja, desde la segunda guerra mundial pasando por la guerra de Corea y la emergencia malaya, véase Judith Perera y Andy Thomas, «This Horrible Natural Experiment», *New Scientist*, 18 de abril de 1985. Las enfermedades crónicas y las discapacidades sufridas por los veteranos de guerra estadounidenses como consecuencia de la exposición al agente naranja, incluyendo los posibles efectos sobre su descendencia, son reconocidos por el Departamento de Asuntos de Veteranos bajo el epígrafe «presuntas enfermedades» relacionadas con la guerra.

[4] Alex P. Schmidt y Ellen Berends, *Soviet Military Interventions since 1945*, Transaction Books, 1985. Los autores identifican, generalizando un poco, cuarenta y cuatro «intervenciones» soviéticas, aunque solo se centran en unos cuantos estudios de caso. Además de los episodios mencionados, más la última y fatal intervención en Afganistán, entre estas intrusiones se encuentran las «no intervenciones» en la guerra civil griega (1944-1949); Irán (1945-1946); la ocupación de Austria (1945-1955), y la guerra de Corea (1950-1953). La «lista de guerras 1945-1989» de la Wikipedia menciona a la Unión Soviética como participante en las diez guerras siguientes: Alemania Oriental (1953), Hungría (1956), Eritrea (1961), Checoslovaquia (1968), conflicto fronterizo chino-soviético (1969), guerra indo-paquistaní (1971, apoyando a la India), la guerra civil en Etiopía (1974-1991), la guerra civil angoleña (1975-2002), la guerra etíope-somalí (1977-1978, apoyando a Etiopía), y la de Afganistán (1979-1989).

[5] Ahmed Rashid, «Pakistan: Worse than We Knew», *The New York Review of Books*, 5 de junio de 2014.

[6] Aunque en la guerra entre Irán e Irak apoyaban a Irak, en 1985 y 1986 Estados Unidos emprendieron una transacción clandestina para vender más de dos mil misiles antitanque y antiaéreos a Irán a través de Israel. Pronto revelado y publicitado como el «Irán-Contra affair» o «Irangate», la esperanza de EE.UU. se cifraba en 1) persuadir a Irán para que liberase a los siete rehenes estadounidenses que retenía, y 2)emplear los beneficios de la venta de esas armas para financiar a las «contras» de derechas que combatían al gobierno sandinista de izquierdas en Nicaragua.

[7] La dificultad de calcular el número total de bajas de combatientes y no combatientes en las guerras de Corea, Vietnam y soviético-afgana puede deducirse a partir de las largas anotaciones de las entradas de la Wikipedia; véanse las páginas web Civilian casualty ratio, Korean War, Vietnam War, Vietnam War Casualties y Soviet War in Afghanistan. Sobre la guerra Irán-Irak, véase Charles Kurzman, «Death Tolls of the Iran-Iraq War», 31 de octubre de 2013, publicada en www.kurzmanunc.edu. Kurzman proporciona enlaces a las fuentes principales sobre el cálculo de bajas, y sugiere que estos datos censales demuestran que el total real puede haber sido inferior incluso a las relativamente bajas estimaciones oficiales iraníes e iraquíes. Los aspectos conceptuales y cuantitativos se abordan en Bethany Lacina y Nils Petter Gleditsch, «Monitoring Trends in Global Conflict: A New Dataset of Battle Deaths», *European Journal of Population* 21, 2005, pp. 145-166.

[8] La entrada en la Wikipedia sobre la Chinese Civil War, por ejemplo, emplea el evasivo término «bajas» en vez de «muertos», citando un total de «6 millones (incluyendo los civiles)» para el período entre 1945 y 1949. Un análisis de las «muertes en combate» que incluye bajo este epígrafe «todas las personas, soldados y civiles, muertas en combate», o en el transcurso de «operaciones militares» sitúa el total en 1,2 millones; Lacina y Gleditsch, «Monitoring Trends in Global Conflict», p. 154.

[9] La Convención para la Previsión y la Sanción del Delito de Genocidio (CPSDG), adoptada por las Naciones Unidas en 1948, define el genocidio como «los actos perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso». La Resolución 96 introducida por las Naciones Unidas describe los «crímenes de genocidio» como aquellos que se producen «cuando grupos raciales, religiosos, políticos u otros han sido destruidos parcial o totalmente». La supresión del término «político» en el CPSDG se debió a las presiones de la Unión Soviética y de algunas otras naciones, pero muchos estudiosos y activistas políticos siguen defendiendo la definición original de 1946; véase, por ejemplo, Ervin Staub, *The Roots of Evil: The Origins of Genocide and Other Group Violence*, Cambridge University Press, 1989, p. 8. Por esta razón muchas listas de genocidios ocurridos después de 1945 incluyen los asesinatos políticos masivos que han tenido lugar en China, la antigua Unión Soviética, Indonesia y Corea del Norte. Algunos grupos de vigilancia dedicados a poner freno a los genocidios se cuidan mucho de que en los títulos de sus informes reflejen de manera inequívoca que en ellos figuran los asesinatos políticos. Véase, por ejemplo, The International Alliance to End Genocide, «Genocides, Politicides, and Other Mass Murder Since 1945» (*c.* 2010), accessible en la página web www.genocidewatch.org. Los listados actuales identifican como genocidios treinta o más incidentes ocurridos en la posguerra. Véase, por ejemplo, Inter-Parliamentary Alliance for Human Rights and Global Peace (IPAHP), «Acts of Genocide since World War II» (*c.* 2014), en la web www.ipahp.org.

[10] Monty G. Marshall, comp., «Major Episodes of Political Violence, 1946-2013», Center for Systemic Peace, Virginia; accessible en la web www.systemicpeace.org. La financiación de la CIA se reconoce en las notas finales de esta lista detallada, que fue actualizada el 27 de marzo de 2014.

[11] Meredith Reid Sarkees, Frank Whelon Wayman, y J. David Singer, «Inter-State, Intra-State, and Extra-State Wars: A Comprehensive Look at their Distribution Over Time, 1816-1997», *International Studies Quarterly*, 47, n.º 1, 2003, pp. 49-70. Dicho artículo ofrece un análisis detallado de los datos y la metodología del Correlates of War Project.

[12] El criterio de Uppsala para considerar que se trata de una «guerra» es de mil muertes relacionadas con el combate durante un año natural. Véase Lotta Themner y Peter Walensteen, «Armed Conflict, 1946-2013», *Journal of Peace Research*, 51, n.º 4, 2014, para acceder a los datos del UCDP así como para conocer sus conceptos y términos clave que se aplican en la cuantificación.

[13] La cita aparece en Richard F. Grimmett, «Instances of Use of United States Armed Forces Abroad, 1798-2004», Congressional Research Service Report (informe RL30172), 5 de octubre de 2004; a la que se accedió en la web del Naval Historical Center en www.au.af.mil. Este informe del CRS fue actualizado (como RL 32170) por Grimmett el 27 de enero de 2010, para abarcar los años 1789-2009, y vuelto a actualizar (como RL42738) el 7 de octubre de 2016 por Bárbara Salazar Torreón para cubrir 1789-2016. La versión más reciente está disponible en www.fas.org.

[14] «Covert Operations», en la web de Global Security (www.globalsecurity.org), proporciona comentarios descriptivos sobre ochenta y una operaciones encubiertas. Véase también William Blum, «A Brief History of U.S. Interventions: 1945 to the Present», *Z Magazine*, junio de 1999, que se centra en treinta y dos intervenciones. En *Killing Hope: US Military and CIA Interventions Since World War II*, Common Courage Press, 1995, Blum llama la atención sobre setenta «intervenciones sumamente graves». Véase también Tim Weiner, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Doubleday, 2007.Como su título sugiere, Weiner es crítico con la CIA, tanto por su incompetencia como por su implicación en actividades censurables.

[15] El opúsculo original del OSS *Simple Sabotage Field Manual* fue desclasificado por la CIA en 2012 y es accesible en línea. El manual ilustrado de sabotaje preparado por la CIA para su distribución en Nicaragua se comentará en el capítulo 5.

[16] La Operación CAOS acabó en 1973 y fue desvelada públicamente en un largo artículo de Seymour Hersch, «Huge C.I.A. Operation Reported in U.S. Against Antiwar Forces, Other Dissidents in the Nixon Years», *New York Times*, 22 de diciembre de 1974. Finalmente, la vigilancia se cebó sobre unas mil organizaciones, aproximadamente.

[17] Coleman McCarthy, «The Consequences of Covert Tactics», *Washington Post*, 13 de diciembre de 1987. El grupo se llamaba Association for Responsible Dissent y su director era John Stockwell, que había sido operativo de la CIA en Angola, el Congo y Vietnam, y que en un momento formó parte de un subcomité de la Agencia Nacional de Seguridad. A mediados de la década de 1980, Stockwell pronunció en diversos foros un largo discurso titulado «Secret Wars of the CIA», accesible en línea en diversas formas. La vaga estimación de seis millones de víctimas debidas a las operaciones de la CIA citada por el *Washington Post* parece referirse a la complicidad con grandes derramamientos de sangre como la guerra del Vietnam y la masacre de los presuntos comunistas en Indonesia en 1965-1966.

[18] El pasaje clave del discurso sobre el estado de la Unión de Carter reza así: «La región que ahora está amenazada por las tropas soviéticas en Afganistán es de una gran importancia estratégica: esta zona contiene más de dos tercios del petróleo exportable del mundo. El esfuerzo soviético para dominar Afganistán ha llevado a las fuerzas soviéticas a 300 millas del océano Índico y cerca de los estrechos [*sic*] de Ormuz, un canal a través del cual debe fluir la mayor parte del petróleo del mundo. Ahora la Unión Soviética está intentando consolidar una posición estratégica, por lo tanto, esto plantea una grave amenaza a la libre circulación del petróleo de Oriente Medio». Más avanzado su discurso, Carter señaló que «las crisis en Irán y Afganistán han representado una lección muy importante: nuestra excesiva dependencia del petróleo extranjero es un peligro claro y presente para la seguridad de nuestra nación». La doctrina Carter fue redactada en gran medida por Zbigniew Brzezinski, el consejero de Seguridad Nacional del presidente.

[19] Michael A. Palmer, «The Navy: The Transoceanic Period, 1945-1992», un apartado de la «History of the U.S. Navy», (sin fecha), en la web www.history.navy.mil del Naval History and Heritage Command.

[20] Para la explicación de Brzezinski de la operación antisoviética en Afganistán, véase «Interview with Dr. Zbigniew Brzezinski (13/6/97), en www.nsarchive.gwu.edu.

[21] Ronald Reagan, «PEACE: Restoring the Margin of Safety», discurso en la convención de los Veteranos en Guerras en el Extranjero en Chicago, el 18 de agosto de 1980. Este discurso está disponible en la web de la Reagan Library (www.reaganlibrary.archives.gov), y también en la de The American Presidence Project de la Universidad de California, Santa Bárbara www.presidency.ucsb.edu. El argumento sobre el «síndrome de Vietnam», celebrado en los círculos conservadores hasta hoy, pasaba por alto varias cosas. Una de ellas era la naturaleza atroz de la manera en que EE. UU. dirigió la guerra en Vietnam, que la televisión y el periodismo de investigación transmitía diariamente a los hogares estadounidenses. Otra era el constante goteo del número de estadounidenses muertos en combate que aumentaba año tras año, a lo que se añadían los trastornos psicológicos que el conflicto infligió a muchos de los supervivientes. La tercera era el incesante goteo de revelaciones sobre la corrupción y la venalidad de los gobiernos sudvietnamitas en cuyo nombre, presuntamente, Estados Unidos luchaba. A medida que la guerra se prolongaba se erosionaban la disciplina y la moral entre las tropas estadounidenses que participaban en el combate, lo que llevó a una creciente discordia y temor a la desintegración entre los propios mandos militares. A todo ello cabe añadir la inesperada tenacidad y resiliencia del enemigo vietnamita, tanto de los soldados de Vietnam del Norte como los de las fuerzas del Frente de Liberación Nacional, el Vietcong, en el sur.

[22] Greg Schneider y Renae Merle, «Reagan's Defense Buildup Bridged Military Eras: Huge Budgets Brought Life Back to Industry», *Washington Post*, 9 de junio de 2004.

[23] «Launching the Missile that Made History», *Wall Street Journal*, 1 de octubre de 2011.

[24] Francis X. Clines, «Military of U.S. "Standing Tall", Reagan Asserts», *New York Times*, 13 de diciembre de 1983. Un breve texto del ejército sobre la invasión de Granada publicado un cuarto de siglo después reitera esta celebración de haber escapado de la funesta sombra de Vietnam. Una frase del último párrafo del texto afirma que, pese a los problemas de la colaboración entre los diversos cuerpos del ejército, «la operación logró sus objetivos y sirvió de símbolo para los cuerpos del ejército y para el mundo de que Estados Unidos había empezado a recuperarse del "síndrome de Vietnam"». *Operation Urgent Fury: The Invasion of Grenada, October 1983*, U.S. Army Center on Military History, 2008, p. 36.

Capítulo 5: Guerras por sustitución y terror vicario

[1] John H. Coatsworth, «The Cold War in Central America, 1979-1991», en Melvin Lefler y Odd Arne Westad, ed., *The Cambridge History of the Cold War*, vol. 3, Cambridge, 2010, p. 220.

[2] «Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders», informe provisional del Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, US Senate, 1975, p. 71. El comité es más conocido como el Church Committee por el nombre de su presidente, el senador Frank Church.

* Siglas en inglés de la School of Americas.

[3] Timothy J.Kepner, «Torture 101: The Case Against the United States for Atrocities Committed by the School of the Americas», *Dickinson Journal of International Law*, 19, primavera de 2001. Este texto comenta la voluminosa bibliografía sobre la SOA. En 1996, un festival de cine organizado por Amnistía Internacional en Ámsterdam se proyectó un documental sobre la SOA titulado «Inside the School of Assassins». Para otras fuentes que ilustran estas incriminaciones con un carácter más jurídico, véase Bill Quigley, «The Case for Closing the School of the Americas», *Bringham Young University of Public Law*, 20, n.º 1, mayo de 2005.

[4] Para un análisis detallado que sitúa el apoyo estadounidense a la operación Cóndor en el contexto más amplio del terror de estado y el «terror vicario», véase J. Patrice McSherry, «Operation Condor: Clandestine Inter-American System», *Social Justice*, invierno de 1999, disponible en línea. Véase también el conciso resumen del artículo «Operation Condor: Cross Border Disappearance and Death», TeleSUR, 25 de mayo de 2015, en la página web de TeleSUR, www.telesurtv.net. Esta página incluye un excelente mapa de Sudamérica con un detallado informe país por país de las cincuenta mil personas que se calcula han muerto o «desaparecido» debido a las actividades realizadas por la Operación Cóndor. La gran mayoría de estas atrocidades se cometieron en Argentina y Chile. McSherry es el autor de *Predatory States: Operation Condor and Covert War in Latin America*, Rowman and Littlefield, 2005. Para un aclamado reportaje de investigación sobre la complicidad y encubrimiento estadounidense de una de las masacres más desgraciadamente famosas de la «guerra sucia» en El Salvador, véase Mark Danner, *The Massacre at El Mozote: A Parable of the Cold War*, Vintage-Random House, 1994.

[5] Los manuales en castellano de la SOA que comentamos en el texto son todos accesibles en la página web de la School of Americas Watch, www.soaw.org. Para un resumen crítico de dichos manuales, con numerosas citas traducidas, véase Latin American Working Group, «Declassified Army and CIA Manuals», en la web www.lawg.org.website. Alguna de las citas incluidas aquí y más adelante proceden de esa última fuente. La cita sobre «la causa de los pobres» aparece en Gail Lumet Buckley, «Left, Right and Center», *America*, 9 de mayo de 1998.

[6] *Psychological Operations in Guerrilla Warfare*, traducido para las contras con el título *Operaciones sicológicas en guerra de guerrilla*, puede consultarse en la página web de la CIA o, como se ha empleado aquí, una versión subida en www.fas.org. Evan Thomas, «How to “Neutralize” the Enemy», *Time*, 29 de octubre de 1984.

[7] La edición en formato de tebeo del *Manual del combatiente por la libertad* (*The Freedom Fighter's Manual* en las referencias inglesas), está disponible en diversas páginas web, incluyendo versiones traducidas al inglés.

[8] Estos recursos están disponibles íntegra o parcialmente en línea en las siguientes páginas web:

1. Para los manuales desclasificados de la CIA *KUBARK Counterintelligence Interrogation*, julio de 1963, y *Human Resources Exploitation Training Manual* de 1983, véase la publicación del National Security Archive de mayo de 2014 en www.nsarchive.gwu.edu, titulada «Prisoner Abuse: Patterns from the Past». Se incluye una versión del manual KUBARK lanzado en 2014 que sigue conteniendo textos de la CIA pero que es menos aséptico que una versión anterior desclasificada en 1997.

2. La publicación de The National Security Archive incluye también dos breves entradas correspondientes a siete «manuales de tortura» de la SOA. Una de ellas, de 1991, recoge una conversación con el mayor Victor Tise, que fue instructor de la SOA desde 1982 y preparó los llamados manuales del terror. Véase «Document 4: DOD, USSOUTHCOM CI Training – Supplemental Information, CONFIDENTIAL, 31 July, 1991». Tise comenta que la administración Carter paralizó los cursos de formación en contrainteligencia «por miedo a que el entrenamiento contribuyese a las violaciones de derechos humanos en otros países».

3. Los siete manuales en castellano de la SOA están disponibles en el «SOA Manuals Index» en www.soaw.org.

4. Los dos manuales de la CIA y los siete de la SOA se analizan y se citan extensamente en Latin America Working Group, «Declassified Army and CIA Manuals», www.lawg.org.

5. Entre otros análisis pormenorizados se cuenta el de Linda Haugaard, «Textbook Repression: US Training Manuals Declassified», *c.* 1997, en www.mediafilter.org.

6. «Report on the School of the Americas», 6 de marzo de 1997, en la web de la Federation of American Scientists, www.fas.org.

7. El *Washington Post* informó de que los siete manuales de la SOA se distribuyeron a «miles» de oficiales en once países. Dana Priest, «U.S. Instructed Latins on Executions, Torture», *Washington Post*, 21 de septiembre de 1996.

[9] Estas citas de la «diplomacia pública» proceden de diversas fuentes. A modo de muestra, véase la respuesta formal del Departamento de Defensa cuando los manuales de la SOA fueron sometidos a examen en 1991 y 1992: «Fact Sheet Concerning Training Manuals Containing Materials Inconsistent with U.S. Policy», reimpreso en National Security Archive, «Prisoner Abuse». Véase también Kepner, «Torture 101».

[10] Barbara Jentzsch, «School of Americas Critic», *Progressive*, 1 de julio de 1992.

[11] He abordado la movilización de los conocimientos de las ciencias sociales aplicadas a los estudios del «carácter nacional» de los japoneses en la segunda guerra mundial en *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*, Pantheon, 1986. Para un excelente análisis que sitúa a estos manuales en su contexto histórico, mirando tanto al pasado como al futuro, véase James Hodge y Linda Cooper, «Roots of Abu Ghraib in CIA Techniques», *National Catholic Reporter*, 5 de noviembre de 2004.

[12] McSweeny, «Operation Condor»; Kepner, «Torture 101».

[13] Coatsworth, «The Cold War in Central America», pp. 216-221.

CAPÍTULO 6: EL NUEVO ORDEN MUNDIAL Y EL VIEJO: LA DÉCADA DE 1990

[1] Frank N. Schubert y Theresa L. Kraus, ed., *The Whirlwind War: The United States Army in Operations DESERT SHIELD and DESERT STORM*, Center or Military History, United States Army, 1995.

[2] En palabras de Anthony H. Cordesman, un influyente experto en estrategia estadounidense, antes del 11-S, «La guerra del Golfo cambió la faz de la guerra moderna. Este conflicto demostró con creces la importancia de las operaciones conjuntas, las operaciones relámpago aéreas y blindadas, los sistemas de armas de precisión guiada, la capacidad de visión nocturna y en cualquier circunstancia climática, la sofisticada guerra electrónica y la capacidad de comandar y controlar, así como la de seleccionar el objetivo y atacar desde detrás de la primera línea, señalando lo que podría ser el principio de una revolución en los asuntos militares». Véase su «The Persian Gulf War», en John Whiteclay Chamberts II, ed., *The Oxford Companion to American Military History*, Oxford University Press, 2000.

[3] Para un minucioso análisis oficial (296 páginas), que pone de relieve la mezcla de prácticas convencionales e innovaciones tecnológicas en las operaciones aéreas que llevaron el peso de la contienda, véase Thomas A. Keaney y Eliot A. Cohen, *Gulf War Air Power: Summary Report*, Historical Studies Division, Department of the Air Force, 1993, especialmente el capítulo 10 («Was Desert Storm a Revolution in Warfare?»), pp. 235-251, accesible en línea.

[4] Michael G. Vickers y Robert C. Martinage, *The Revolution in War*, Center for Strategic and Budgetary Assessments, diciembre de 2004. Este largo informe de 227 páginas proporciona una panorámica excelente de la revolución en los asuntos militares. Las citas de este párrafo aparecen al principio, en el «Executive Summary». Para una reevaluación elaborada por el mismo laboratorio de ideas, véase Barry D. Watts, *The Maturing Revolution in Military Affairs*, Center for Strategic and Budgetary Assessments, 2011.

[5] Para las pérdidas de aeronaves de la coalición, véase Department of Defense, «The Operation Desert Shield/Desert Storm Timeline», 8 de agosto de 2000; accesible en la web del DoD, www.defense.gov. Las estimaciones sobre el equipamiento iraquí destruido en la guerra terrestre de las «100 horas» son diversas, pero todas ellas coinciden en que la destrucción del mismo fue generalizada. Cordesman, en «The Persian Gulf War», cifra estas pérdidas en 3.200 tanques iraquíes, más otros 900 vehículos blindados, y más de 2.000 piezas de artillería.

[6] Eric Rouleau, «The View from France: America's Unyielding Policy toward Iraq», *Foreign Affairs*, 74, no. 1, enero-febrero de 1995, pp. 61-62.

[7] Keaney y Cohen, *Gulf War Air Power Survey*, especialmente las páginas 46, 49, 71-77, 118-119, 218-221, 248-251; los comentarios sobre el «derramamiento innecesario de sangre» aparecen en la página 250.

[8] Las estimaciones de las bajas estadounidenses difieren ligeramente según la fuente.

[9] Beth Osborne Daponte, «A Case Study in Estimating Casualties from War and Its Aftermath: the 1991 Persian Gulf War», *PSR Quarterly*, junio de 1993, pp. 57-66, accessible en línea. Daponte, que durante la guerra sirvió como demógrafa del gobierno, fue entrevistada por periodistas en 2003, cuando Estados Unidos volvió a invadir Irak. Véase «Toting the Casualties of War», *Businessweek*, 5 de febrero 2003; también Jack Kelly, «Estimates of deaths in first war still in dispute», *Pittsburg Post-Gazette*, 16 de febrero de 2003, accessible en la web www.old.post.gazette.com. Cuando a la guerra del Golfo le siguió más de una década de sanciones económicas contra Irak, la cuestión de la morbilidad excesiva (sobre todo la morbilidad infantil), se convirtió en una gran fuente de polémica. Esta cuestión se aborda, debidamente anotada, en John W. Dower, *Cultures of War: Pearl Harbor / Hiroshima / 9-11 / Iraq*, Norton and New Press, 2010, pp. 90-93. [Traducción al castellano, *Culturas de guerra: Pearl Harbor, Hiroshima, Iraq*, Pasado y Presente, Barcelona, 2010.]

[10] *War in the Persian Gulf: Operations Desert Shield and Desert Storm 1990-1991*, Center of Military History, U.S. Army, 2010; las citas aparecen en las páginas v y 1.

[11] *Public Papers of the Presidents of the United States: George H. W. Bush, 1991*, Government Printing Office, 1992, pp. 197, 207.

[12] Los discursos de Bush del 11 de septiembre de 1990 y de los días 16 y 29 enero de 1991, están disponibles en diversas páginas web que ofrecen un acceso exhaustivo a los discursos públicos de los presidentes estadounidenses. Estos incluyen los «Public Papers of the Presidents», que pueden consultarse en los National Archives, www.archives.gov, y www.presidency.ucsb.edu.

[13] Estos párrafos sobre la retórica de la «revolución en los asuntos militares» propia de la década de 1990, se basan en una serie de fuentes en línea, como, por ejemplo: General Accounting Office, *Joint Military Operations: Weaknesss in DOD'S Process for Certifying C41Systems Interoperability*, marzo de 1998; Vickers y Martinage, *The Revolution in Wars*; Watts, *The Maturing Revolution in Military Affairs:* U. S. Navy, *Copernicus–Forward: C41 for the 21st Century*, junio de 1995, disponible en www.fas.org; Defense Technical Information Center, *C41 for the Warrior-Global Command & Control System: From Concept to Reality*, 1996, disponible en la web www.dtic.mil; almirante William A. Owens, «The Emerging U. S. System-of-Systems», Institute for National Strategic Studies, National Defense University, *Strategic Forum*, n.º 63, febrero de 1996, también en www.dtic-mil; vicealmirante Arthur K. Cebrowski y John J. Garstka, «Network-Centric Warfare: Its Origin and Future», *U. S. Naval Institute of Proceedings*, enero de 1998, disponible en la web www.usni.org; William H. J. Manthorpe Jr., «The Emerging Joint System of Systems: Engineering Challenge and Opportunity for APL», *Johns Hopkins APL Technical Digest*, 17, n.º 3, 1996 [APL es el acrónimo de Advanced Physics Laboratory], accessible en la web www.huapl.edu; Central Security Service, National Security Agency, *Maritime SIGINT Architecture Technical Standards Handbook, Version 1.0: Maritime Information Dominance for America*, marzo de 1999, accesible en www.tscm.com.

[14] Ambos documentos del Estado Mayor Conjunto son accesibles en línea. En *Joint Vision 2010: America's Military–Preparing for Tomorrow*, véanse especialmente las páginas 2, 11-14, 25-28. La cita que hemos mencionado figura en la página 6 de *Joint Vision 2020*.

[15] Manthorpe, «Emerging Joint System of Systems»; Owens, «Emerging U. S. System-of-Systems».

[16] Para un comentario anotado que explota esta bibliografía militar alarmista y comercial, véase el siguiente artículo desclasificado entregado al Marine Corps Command and Staff College en 1996: Major Charles L. Hudson, «Remaining Relevant in the 21st Century», Defense Technical Information Center, accesible en la web www.dtic.mil.

[17] John A. Tures, «United States Military Operations in the New World Order», *American Diplomacy*, abril de 2003. Según Tures, el 48 % de las operaciones militares una vez finalizada la guerra fría fueron aprobadas por Naciones Unidas, y el 28 % fueron realizadas conjuntamente con la OTAN (a menudo con el consentimiento solapado de Naciones Unidas).

[18] Andrew J. Bacevich, «Even If We Defeat the Islamic State, We’ll Still Lose the Bigger War», *Washington Post*, 3 de octubre de 2014.

[19] Chalmers Johnson, «America's Empire of Bases», en línea en *TomDispatch*, 15 de enero de 2004. La fuente de la evaluación de Johnson sobre el Pentágono es del Department of Defense, *Base Structure Report* para el año fiscal de 2003. Este artículo resume el argumento que Johnson desarrolló en *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy, and the End of Republic*, Metropolitan Books, 2004.

[20] Entre las publicaciones básicas de la marina que se refieren a la nueva misión «litoral» se cuentan las siguientes: *From the Sea: Preparing the Naval Service for the 21st Century*, un libro blanco disponible en la página web www.au.af.mil; *Forward... from the Sea*, 1994, accesible en la web www.dtic.mil; y *Forward... from the Sea: The Navy Operational Concept*, marzo de 1997, disponible en la web www.navy.mil. En el cuerpo de marines, la formulación del «caos en los litorales» del general Myatt, ayudó a poner las bases para la operación Urban Warrior, un programa de entrenamiento introducido por el Warfighting Laboratory del cuerpo en 1997. Esto se centraba en el combate en el «litoral urbano» (también llamado la «jungla de cemento»), donde podían anticiparse complejos enfrentamientos políticos, sociales, religiosos y tribales. (El logo del Urban Warrior es un feroz monstruo marino que acecha un litoral muy poblado.) Un estudio de 1990 realizado por un oficial de los marines indica que por «el litoral» se entiende áreas terrestres «a 300 kilómetros del mar»; Hudson, «Remaining Relevant».

[21] La operación «zona de exclusión aérea», cuyo nombre en clave era Operation Southern Watch, dependía del Mando Central estadounidense y despachó más de 150.000 vuelos sobre Irak entre 1992 y 2001. Unos cinco mil soldados estadounidenses fueron apostados en Arabia Saudí. Bin Laden, nacido en ese país, expresó su indignación por la blasfemia de que allí se guarnecieran tropas estadounidenses varias veces, la más conocida de las cuales fue la larga *fatwa* lanzada en 1996. «La última y mayor de las agresiones sufridas por los musulmanes desde la muerte del profeta», declaró, «es la ocupación de la tierra de dos lugares sagrados [La Meca y Medina»], los cimientos de la casa del islam.» El texto está disponible en línea en www.pbs.org, entre otras páginas web.

CAPÍTULO 7: EL 11 DE SEPTIEMBRE Y «UN NUEVO TIPO DE GUERRA»

* Las siglas en inglés de *global war on terror* (*N. de la t.*)

[1] La «matriz de ataque global», bien conocida en la literatura periodística relacionada con el 11 de septiembre, fue revelada por primera vez por Bob Woodward y Dan Balz en «At Camp David, Advise and Dissent» *Washington Post*, 31 de enero de 2002. En cuanto a Rumsfeld, véase «America Widens "Crusade" on Terror», en línea en BBC News, 16 de septiembre de 2001. El famoso comentario de Cheney sobre el «lado oscuro» fue pronunciado en una entrevista televisiva en la NBC el 16 de septiembre de 2001.

[2] Louise Richardson, *What Terrorists Want: Understanding the Enemy, Containing the Threat*, Random House, 2006, p. 167. En 2011, *lady* Eliza Manningham-Buller, anterior directora general del MI5, la agencia de inteligencia de seguridad nacional del Reino Unido, expresó un sentimiento similar describiendo los ataques del 11 de septiembre como «un crimen, no como un acto de guerra», y declaró que ella «nunca hubiera creído en la utilidad de hablar de una guerra contra el terror». Siguió diciendo que las campañas terroristas nunca pueden resolverse militarmente; Richard Norton-Taylor, «MI5 Former Chief Decries "War on Terror"», *Guardian*,1 de septiembre de 2011.

[3] En las primeras fases del conflicto —desde el 11 de septiembre hasta las invasiones de Afganistán e Irak hasta más o menos 2004, cuando quedó claro que la guerra contra el terror se había convertido en un cenagal— los altos mandos evocaban la segunda guerra mundial con toda una serie de falsas analogías que les parecían sinceramente adecuadas. Las «armas de destrucción masiva» ocupaban un lugar central en estas evocaciones, reforzadas con alusiones coreografiadas al espectro de una «nube champiñón». El presidente Bush conjuró el «eje enemigo» de la segunda guerra mundial con su famosa declaración de que la verdadera amenaza global era un «eje del mal» compuesto por Irak, Irán y Corea del Norte. La invasión de Irak estuvo acompañada por comparaciones con las ocupaciones aliadas de Alemania y Japón posteriores a 1945. La desastrosa purga de funcionarios y burócratas suníes y del partido Baaz en el Irak ocupado, que efectivamente borró la gobernanza y sembró la futura insurgencia, fue explícitamente modelada según el programa de «desnazificación» aplicado en la Alemania ocupada. El 2 de mayo de 2003, cuando el presidente Bush proclamó prematuramente la victoria sobre Irak bajo una bandera en la que se leía «misión cumplida», sus directores de escena situaron el escenario en un portaaviones en la costa de California, imitando claramente la escenografía del general Douglas MacArthur aceptando la rendición japonesa en el acorazado Missouri en la bahía de Tokio en septiembre de 1945.

[4] El modismo *cakewalk* se debe a Ken Adelman, un miembro neoconservador de la Junta de Política de Defensa; véanse sus editoriales en el *Washington Post* del 13 de febrero de 2011, «Cakewalk in Iraq», y del 10 de abril de 2003, «Cakewalk Revisited». [La expresión «cakewalk» se ha traducido en el texto como «pan comido».]

[5] Donald Rumsfeld, «A New Kind of War», *New York Times*, 27 de septiembre de 2001. John Esterbrook, «Rumsfeld: It Would Be a Short War», CBS News, 15 de noviembre de 2002, en la web www.cbsnews.com.

[6] Para una muestra de los numerosos comentarios críticos sobre Rumsfeld y el fiasco de Irak, véase el artículo de Mark Danner «Rumsfeld: Why We Live in His Ruins», *New York Review of Books*, 6 de febrero de 2014. La crítica aborda la entrevista documental de Errol Morris *The Unknown Known*, la autobiografía de Rumsfeld, *Known and Unknown: A Memoir*, y Bradley Graham, *By His Own Rules: The Ambitions, Successes, and Ultimate Failures of Donald Rumsfeld.*

[7] El texto íntegro en inglés titulado *The Management of Savagery* y traducido por William McCants está disponible en línea. Expertos como Scott Atran, Malise Ruthven y Jason Burke aciertan al cuestionar el enfoque del «choque de civilizaciones» para analizar el terrorismo y al llamar la atención sobre las presiones seculares, «racionales», preceptivas y sociológicas —así como irracionales, dogmáticas y atroces— en el terrorismo global.

[8] Anthony H. Cordesman, «The Real Revolution in Military Affairs», Center for Strategic and International Studies, 2014, accessible en la web www.csis.org.

[9] Tim Shorrock, «The Corporate Takeover of U. S. Intelligence», *Salon*, 1 de junio de 2007, disponible en la web www.salon.com. Dana Priest y William M. Arkin, «Top Secret America: A Hidden World, Growing Without Control», *Washington Post*, 19 de julio de 2010. Este reportaje de investigación, incluyendo cuadros y otros elementos gráficos, puede consultarse en www.washingtonpost.com/topsecretamerica.

[10] Véase la tabla en Ulrich Petersohn, «Privatizing Security: The Limits of Military Outsourcing», *CSS Analysis in Security Policy*, Center for Security Studies, ETH Zurich, septiembre de 2010, accessible en la web www.css.ethz.ch.

[11] Ester Pan, «Iraq: Military Outsourcing», Council on Foreign Relations, 20 de mayo de 2004, disponible en la web www.cfr.org. Para los datos, véanse los dos informes siguientes del Congressional Research Service: Moshe Schwarz y Joyprada Swain, «Department of Defense Contractors in Afghanistan and Iraq: Background and Analysis», 13 de mayo de 2011; Heidi M. Peters, Moshe Schwartz y Lawrence Kapp, «Department of Defense Contractor and Troop Levels in Iraq and Afghanistan: 2007-2016», 15 de agosto de 2016. La bibliografía sobre la privatización de los servicios militares es ingente.

[12] Para una primera e influyente exposición de las «entregas extraordinarias», veáse Jane Mayer, «Outsourcing Torture: The Secret History of America's "Extraordinary Rendition" Program», *New Yorker*, 14 de febrero de 2005. Para un detallado análisis posterior (de 216 páginas), véase Open Society Justice Initiative, *Globalizing Torture: CIA Secret Detention and Extraordinary Rendition*, Opening Society Foundations, 2013, accesible en la web www.opensocietyfoundations.org. Este informe enumera cincuenta y cuatro países que se confabularon con la CIA en esta operación secreta e identifica 136 individuos que fueron interrogados.

[13] David M. Herszenhorn, «Estimates of Iraq War Costs Were Not Close to Ballpark», *New York Times*, 10 de marzo de 2008. El principal consejero económico del presidente Bush, Lawrence B. Lindsey, fue criticado por declarar al *Wall Street Journal* en septiembre de 2002 que los costes de la guerra serían muy superiores a lo que otros decían. Rumsfeld, en primer lugar, quitó importancia a estas declaraciones y dijo que la oficina presupuestaria había calculado «una cifra algo inferior a los 50.000 millones». Para estos cálculos a la baja de Rumsfeld y otros, véase Martin Wolk, «Cost of Iraq War Could Surpass $ 1 Trillion», *NBC News*, 17 de marzo de 2006, accesible en www.nbcnews.com.

[14] Linda J. Bilmes, «The Financial Legacy of Iraq and Afghanistan: How Wartime Spending Decisions Will Constrain Future National Security Budgets», marzo de 2013, Harvard Kennedy School Research Working Paper (RWP13-006), accesible en www.hks.harvard.edu. Para un análisis complementario y detallado de los habitualmente ocultos costes de estas guerras, véase Neta C. Crawford, «U. S. Costs of War Through 2014: $ 4.4 Trillion and Counting», 25 de junio de 2014, subido a la web del Brown University's Watson Institute for International and Public Affairs, www.watson.brown.edu. Ambos informes están exhaustivamente documentados en las notas. Estos textos, junto a la conservadora contabilidad de la Oficina Presupuestaria del Congreso y del Servicio de Investigaciones del Congreso, se abordan en Anthony H. Cordesman, *The FY2016 Defense Budget and US Strategy: Key Trends and Data Points*, Center for Strategic and International Studies, 2 de marzo de 2015, pp. 45-52. Un muy citado análisis convencional de los costes consignados de la guerra es el de Amy Belasco, «The Cost of Iraq, Afghanistan, and Other Global War on Terror Operations Since 9/11», Congressional Research Service Report RL33110, 8 de diciembre de 2014, accesible en la web www.fas.org.

[15] Watson Institute for International and Public Affairs, Brown University, «US & Allied Killed», web de Costs of War, actualizada en febrero de 2015; también «The Costs of War Since 2001: Iraq, Afghanistan, and Pakistan», actualizada en abril de 2015. Ya en enero de 2016, la web Iran Body Count sitúa el total de muertes violentas en Irak en 251.000 incluyendo a los combatientes. Su base de datos de más de 47.000 casos «documentados» desde enero de 2003 sitúa las muertes de civiles a causa de la violencia entre 160.033 y 178.849. Sobre los desplazamientos de la población, véase el detallado «Annex Table 1» en UNHCR, *Global Trends: Forced Displacement in 2015*, pp. 57-60.

[16] *Body Count: Casualty Figures after 10 Years of the “War on Terror” – Iraq, Afghanistan, Pakistan*, 1.ª edición internacional, marzo de 2015. Las organizaciones que colaboraron en este informe son International Physicians for the Prevention of Nuclear War (Alemania), Physicians for Social Responsibility (EE. UU.), y Physicians for Global Survival (Canadá). El informe está disponible en la web de Physicians for Social Responsibility, www.psr.org. El informe se basa en una versión de octubre de 2014 elaborada por el grupo alemán. Por supuesto, también hay estimaciones más bajas; la entrada «War on Terror» de Wikipedia cita y anota una larga lista de estimaciones de «bajas» para Irak y Afganistán.

[17] Watson Institute for International and Public Affairs, Brown University, «US Veterans & Military Families», web de Costs of War, actualización de enero de 2015. Acerca de las investigaciones más recientes sobre el daño cerebral traumático, véase Alan Schwarz, «Research Traces Link Between Combat Blasts and PTSD», *New York Times*, 9 de junio de 2016; también Robert F. Worth, «What If PTSD Is More Physical Than Psychological?», *New York Times*, 10 de junio de 2016.

[18] National Center for PSTD, «How Common is PTSD?», Department of Veterans Affairs, sin fecha, accessible en la web www.ptsd.va.gov (para los porcentajes estimados de la incidencia del TEP en las guerras de Vietnam, del Golfo, Irak y Afganistán). Un estudio del gobierno fechado en 2015 incluye una tabla en la que se detallan 327.299 «Traumatic Brain Injury Incidents» entre los años 2000 y 2015, la gran mayoría de los cuales son calificados como «moderados»: Hannah Fischer, *A Guide to U.S. Military Casualty Statistics: Operation Freedom's Sentinel, Operation Inherent Resolve, Operation New Dawn, Operation Iraqi Freedom, and Operation Enduring Freedom*, Congressional Research Study, 7 de agosto de 2015, p. 4. Véanse también los datos del TEP y del LCT en el capítulo 1 del libro citado.

[19] Bilmes, «The Financial Legacy of Iraq y Afganistán», pp. 4-9.

[20] La corta guerra del Golfo también tiene un generalizado malentendido legado de discapacidad denominado «síndrome de la guerra del Golfo». La administración de Veteranos describe este fenómeno como «un conjunto de síntomas crónicos médicamente inexplicados que pueden incluir fatiga, dolor de cabeza, dolor articular, indigestión, insomnios, mareo, trastornos respiratorios y problemas de memoria». Las posibles causas que se indican son la exposición a los incendios de los pozos petrolíferos, quemaduras, pesticidas, vacunas u otros productos químicos.

[21] El presidente Bush solía referirse a la guerra contra el terror en estos términos. Véase sus «Remarks to the National Endowment for Democracy», 6 de octubre de 2005 («esta lucha se parece a la lucha contra el comunismo»), accesible en la web www.georgewbush-whitehouse.ar chives; también «Remarks on the Anniversary of Operation Iraqi Freedom», 19 de marzo de 2004, a la que se ha accedido a través de la US Government Publishing Office en www.gpo.gov («No hay ningún terreno neutral —ningún terreno neutral— en la lucha entre la civilización y el terror, porque no hay terreno neutral entre el bien y el mal, la libertad y la esclavitud, la vida y la muerte»).

[22] El documental de 2003 al que me refiero es de Errol Morris, que obtuvo un premio con *The Fog of War: Eleven Lessons from the Life of Robert S. McNamara*. Hay una trascripción en línea en www.errolmorris.com. En esa entrevista, McNamara también comenta su participación como joven analista de sistemas en el bombardeo de saturación de Japón en 1945, un bombardeo que ahora consideraba un crimen de guerra.

[23] Department of the Army, *Counterinsurgency* (FM 3-24), diciembre de 2009; la misma página 282 del manual de campo fue enviada al cuerpo de marines (MCWP 3-33.5). Este texto desclasificado es accesible en línea.

[24] El no aprender de la derrota soviética en Afganistán, desatender la contrainsurgencia, y no hacer caso de las advertencias de los militares y civiles de rango medio sobre la invasión de Irak se abordan en Dower, *Cultures of War*, pp. 127-132. En cuanto a que la información inoportuna no fue tenida en cuenta a alto nivel, el largo «informe Chilcot», *The Report of the Iraq Inquiry*, publicado en Inglaterra en julio de 2016 llegó a una conclusión similar: «Los riesgos de luchas internas en Irak, el que Irán persiguiese activamente sus intereses, la inestabilidad regional, y la actividad de Al Qaeda en Irak, fueron explícitamente identificados todos ellos antes de la invasión» pero obviados por el primer ministro Tony Blair y sus principales responsables de formular las políticas. Véase la declaración del 6 de julio de 2016 de sir John Chilcot con ocasión de la publicación del informe, en la web www.iraninquiry.org.uk; véase también Jonathan Steele, «Trouble at the FCO», *London Review of Books*, 28 de julio de 2016.

[25] General Jack Keane en una entrevista televisada en *NewsHour with Jack Lehrer*, 18 de abril de 2006. John A. Nagel cita esta entrevista en su prólogo al nuevo manual *Counterinsurgency*, pp. xiii-xv.

Capítulo 8: Arcos de inestabilidad

[1] El asunto de Japón como la última ficha del dominó se aborda en John W. Dower, «The Superdomino in Postwar Asia: Japan In and Out of the Pentagon Papers», en Noam Chomsky y Howard Zinn, ed., *The Pentagon Papers: The Senator Gravel Edition*, vol. 5, Beacon Press, 1972, pp. 101-142.

[2] National Intelligence Council, *Mapping the Global Future: Report of the National Intelligence Council's 2020 Project*, diciembre de 2004, pp. 97, 117, 118.

[3] Muchos estudios críticos recientes refuerzan este punto. A modo de ejemplo, véase Patrick Cockburn, «The Age of Disintegration: Neoliberalism, Interventionism, the Resource Curse, and a Fragmenting World», *TomDispatch*, 28 de junio de 2016.

[4] Karen DeYoung y Greg Jaffe, «U. S. “Secret War” Expands Globally as Special Operation Force Take Larger Role», *Washington Post*, 4 de junio de 2010 («setenta y cinco países»). Para los «150 países» véase Claudette Roulo, «Votel Takes Charge of Special Operations Command», *DoD News*, en la web www.defense.gov. El periodista de investigación Nick Turse, escribiendo en la página web *TomDispatch*, es el observador crítico más incisivo de tales operaciones estadounidenses abiertas y encubiertas durante la administración Obama. Véase su «A Secret War in 120 Countries», 3 de agosto de 2011; «Obama’s Arc of Instability», 18 de septiembre de 2011; «The Special Ops Surge: America’s Secret Wars in 134 Countries», 16 de enero de 2014; «The Golden Age of Black Ops», 20 de enero de 2015; e «Iraq, Afghanistan and Other Special Ops “Successes”», 25 de octubre de 2015.

* Siglas correspondientes a *remotely piloted aircraft*. (*N. de la t.*)

[5] John Sifton, «A Brief History of Drones», *Nation*, 27 de febrero de 2012, es un texto muy esclarecedor sobre los orígenes, la nomenclatura y la compleja psicología de los asesinatos teledirigidos con alta tecnología.

[6] Sobre la operación «hombre alto», véase Sifton, «A Brief History of Drones». Datos actualizados regularmente sobre los ataques de drones en Pakistán, Yemen y Somalia aparecen en la web del Bureau of Investigative Journalism británico, www.thebureauinvestigates.com.

[7] Scott Shane, «Drones Strikes Reveal Uncomfortable Truth: U. S. Is Often Unsure About Who Will Die», *New York Times*, 23 de abril de 2015 (para lo que se refiere a las cifras); Tom Engelhardt, «Who Counts: Body Counts, Drones and "Collateral Damage" (aka "Bug Splat")», *Tom Dispatch*, 3 de mayo de 2015 (para lo referente a las frases).

[8] Jay Solomon y Carol E. Lee, «Obama Contends with Arc of Instability Unseen since '70s» *Wall Street Journal*, 13 de julio de 2014.

[9] Andrew F. Krepinevich, *The Quadrennial Defense Review: Rethinking the US Military Posture*, Center for Strategic and Budgetary Assessments, 24 de octubre de 2005, p. 4; véase también el testimonio de Krepinevich en «The Quadriennial Defense Review» (una declaración estratégica del gobierno) ante el Comité de Servicios Armados de la Cámara de Representantes de EE. UU., 14 de septiembre de 2005. Los influyentes informes de Krepinevich pueden consultarse en la web del Center for Strategic and Budgetary Assessments (CSBA), www.csbaonline.org. El CSBA es un laboratorio de ideas estratégicas independiente, estrechamente vinculado con el gobierno y el ejército estadounidenses.

[10] Hans Kristensen, *Nuclear Futures: Proliferation of Weapons of Mass Destruction ad US Nuclear Strategy*, «Basic Research Report 98.2», British American Security Information Council, marzo de 1998, accessible en la web www.nukestrat.com. Este informe, densamente anotado, ofrece un minucioso análisis del replanteamiento de la misión nuclear, incluyendo el debate en los círculos del Pentágono. Véase también Kristensen, «Targets of Opportunity», *Butlletin of the Atomic Scientists*, septiembreoctubre de 1997, pp. 22-28.

[11] Kristensen, *Nuclear Futures*, pp. 12, 17, 20 y 21 (daños colaterales); 19-20 (miniarmas nucleares); 22 («entorno rico en armas»).

[12] Policy Subcommitee, Strategic Advisory Group, US Strategic Command, «Essentials of Post-Cold War Deterrence», 1995. El memorándum original mecanografiado de ocho páginas está disponible en la web www.nukestrat.com. Las «armas de destrucción masiva» hacen referencia a la inclusión de las armas químicas y biológicas, a cuyo uso Estados Unidos había renunciado previamente.

[13] Véanse, por ejemplo, entradas de las START I en las páginas de la Arms Control Association, www.armscontrol.org, Nuclear Threat Initiative, www.nti.org, y Federation of American Scientists, www.fas.org.

[14] Estas cifras derivan de tablas de la sección «Nuclear Weapons» de la web del Johnston Archive, en www.johnstonarchive.net.

[15] El *Nuclear Posture Review* de 2002 era clasificado, pero el Congreso dispuso de amplios resúmenes el 31 de diciembre de 2001, y están disponibles en la web de www.globalsecurity.org. Para la política hacia China, véase Kristensen, Norris y McKenzie, *Chinese Nuclear Forces and U.S. Nuclear Policy.*

[16] Hans Kristensen, basándose en los documentos inherentes al caso, preparó dos cronogramas de estos planes e informes: «The Role of Nuclear Weapons in Regional Counterproliferation and Global Strike Scenarios», University of New Mexico workshop, septiembre de 2008 (del cual proceden las citas sobre el «ataque global» que figuran en este párrafo), disponible en la web www.fas.org; «U.S. Nuclear Weapons Guidance», Nuclear Information Project, 2008; disponible en la web www.nukestrat.com.

[17] Para un breve resumen del compromiso estadounidense con los tratados nucleares, que no abordamos aquí, véase Jonathan E. Medalia, *Comprehensive Nuclear Test-Ban Treaty: Background and Current Developments*, Congressional Research Service, 29 de septiembre de 2014, pp. 2-3, disponible en la web. www.fas.org.

[18] Las citas de este párrafo proceden de los dos primeros de los cinco artículos conjuntos publicados en el *Wall Street Journal*: «A World Free of Nuclear Weapons», 4 de enero de 2007, y «Toward a Nuclear Free World», 15 de enero de 2008.

* El acrónimo START corresponde a Strategic Arms Reduction Treaty (Tratado de Reducción de Armas Estratégicas). (*N. de la t.*)

[19] «Message from the President on the New Start Treaty», 2 de febrero de 2011.

[20] Para las cifras oficiales de marzo de 2015, véase Arms Control Association, «Nuclear Weapons: Who Has What at a Glance», abril de 2015, en la web de www.armscontrol.org. Para unos datos de 2015 ligeramente superiores, con esclarecedores apuntes críticos, véase Federation of American Scientists, «Status of World Nuclear Forces», actualización del 28 de abril de 2015 en la web www.fas.org.

[21] William J. Broad y David E. Sanger, «U. S. Ramping Up Major Renewal in Nuclear Arms», *New York Times*, 22 de septiembre de 2014.

[22] Federation of American Scientists, «Status of World Nuclear Forces.»

[23] «The New Nuclear Age: Why the Risks of Conflict Are Rising», *Economist* 7-13 marzo de 2015; véase también «Still on the Eve of Destruction», *Economist*, 20 de noviembre de 2014, número especial sobre «The World in 2015».

[24] Carnegie Endowment, *Universal Compliance: A Strategy for Nuclear Secutiry*, tablas 4.2 y 4.4 (cifras sobre el uranio y el plutonio). Graham Allison ha abordado la posibilidad de terrorismo nuclear en varios lugares. Véase «A Response to Nuclear Terrorism Skeptics», *Brown University Journal of World Affairs*, otoño-invierno 2009, pp. 31-44; también «Nuclear Terrorism Fact Sheet», Belfer Center for Science and International Affairs, Harvard Kennedy School, abril de 2010, accessible en la web www.belfercenter.kgs.harvard.edu.

CAPÍTULO 9: SETENTA Y CINCO AÑOS DE SIGLO AMERICANO

[1] En cuanto a las ventas de armas, véase Catherine A. Theohary, *Conventional Arms Transfers to Developing Nations, 2007-2014*, Congressional Research Service, 21 de diciembre de 2015, especialmente los diagramas circulares para 2007-2010 y 2011-2014 en la página 20.

[2] Había cierto embeleso en los nombres utilizados para declarar el fin de unas guerras que en realidad no acababan. Oficialmente, la operación estadounidense en Afganistán fue llamada Operación Libertad Duradera y duró desde el 7 de octubre de 2001 hasta el 28 de diciembre de 2014. Efectiva desde el 1 de enero de 2015, la nueva misión en Afganistán fue denominada Operación Centinela de la Libertad (que a su vez formaba parte de la Operación Apoyo Resuelto). La guerra en Irak, denominada Operación Libertad Iraquí, se desarrolló desde el 19 de marzo de 2003 hasta el 31 de agosto de 2010, fecha en la cual el presidente Obama anunció el fin de la misión de combate estadounidense. Efectiva desde el 1 de septiembre de 2010, la operación militar en Irak fue denominada Operación Nuevo Amanecer. El 31 de diciembre de 2011, la guerra en Irak se declaró oficialmente concluida. Para una cronología, véase Barbara Salazar Torreon, «U. S. Periods of War and Dates of Recent Conflicts», Congressional Research Service, 27 de febrero de 2015. El intento del presidente Obama de retirar la terminología GWOT se produjo durante un discurso en la National Defense University el 23 de mayo de 2013, en el que declaró: «Debemos definir nuestro esfuerzo no como una “guerra global contra el terror” ilimitada, sino como una serie de esfuerzos continuados y dirigidos para desmantelar redes concretas de extremistas violentos que amenazan América». El texto completo está disponible en la web de la Casa Blanca, www.whithouse.gov.

[3] «War in Afghanistan: The General's Words», *Economist*, 11 de junio de 2016; Peters, Schwartz y Kapp, «Department of Defense Contractor and Troop Level in Iraq and Afghanistan»; Tom Vanden Brook, «New Rules Allow More Civilian Casualties in Air War against ISIS», *Military Times*, 19 de abril de 2016 («cuarenta mil bombas»).

[4] El informe Chilcot completo consta de un resumen ejecutivo de 150 páginas y de doce volúmenes de documentación. John Chilcot, presidente del comité de investigación, hizo unas declaraciones el 6 de julio de 2016, fecha en la que se publicó el informe, que puede consultarse en la web www.iraqinquiry.org.uk. El informe aborda la política del Reino Unido en Irak desde 2001 a 2009. Sin embargo, no aborda la cuestión de la legalidad de la invasión de Irak. Sobre este asunto, véanse, por ejemplo, Philippe Sands, «A Grand and Disastrous Deceit», *London Review of Books*, 28 de julio de 2016; también Richard Falk, «Is Genocide a Controversial International Crime?», 30 de julio de 2016, disponible en la web www.richardfalk.wordpress.com, en el sitio web de Global Justice in the 21st Century.

El violento siglo americano. Guerras e intervenciones desde el fin de la segunda guerra mundial
John W. Dower

Título original: *The Violent American Century. War and Terror Since World War II*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-9199-051-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com